



“La región del águila, del nopal y la serpiente”

p. 175-260.

Román Piña Chan

Una visión del México prehispánico

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

341 p. + LXXIV

Mapas, cuadros, ilustraciones

(Serie Culturas Mesoamericanas 1)

ISBN 968-36-2785-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de diciembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/113/mexico_prehispanico.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



V. LA REGIÓN DEL ÁGUILA, DEL NOPAL Y LA SERPIENTE

EL ALTIPLANO CENTRAL

En términos generales la región del Altiplano Central comprende los Estados de México, Morelos, Puebla y Tlaxcala, el Distrito Federal y una pequeña prolongación del Estado de Guerrero; habiendo sido una especie de foco de atracción para varios grupos y pueblos desde la etapa de los cazadores nómadas hasta tiempos de los mexicas, quienes extendieron sus conquistas más allá de estos límites regionales.

Para el estudio de las culturas que florecieron en el Altiplano Central, comenzaremos con la zona de la Cuenca de México, en donde se asentaron primero algunos grupos del Preclásico, luego los teotihuacanos y por último los mexicas; intercalando el estudio de los toltecas de Tula, Hidalgo, que también tuvieron su inicio de alta cultura en tierras de la Cuenca de México. Después trataremos brevemente algunas de las particularidades de Puebla y Morelos, esperando que en conjunto se tenga una visión general del desarrollo histórico-cultural de la región.

LA CUENCA DE MÉXICO

LAS CULTURAS PRECLÁSICAS O FÓRMATIVAS

Aunque por 1907 la investigadora Zelia Nuttall había recogido figurillas de apariencia arcaica debajo de la lava del Pedregal de San Ángel, y el obispo Plancarte y Navarrete había hecho lo propio unos años después, tanto en el Valle de México como en el Estado de Morelos, puede decirse que el conocimiento formal de la cerámica del Horizonte Preclásico o Formativo del centro de México se inició en 1911, ya que por ese año Franz Boas, entonces director de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americana, había clasificado en tres grandes grupos millares de tuestos recolectados en el Valle de México.



Por ese tiempo el grupo más antiguo fue denominado “tipo de los Cerros”, ya que el material cerámico provenía de lugares como el Cerro de La Estrella, Zacatenco, Ticomán, Culhuacán, Clavería, etcétera, es decir, de sitios enclavados en la serranía, por lo regular; fue reproducida buena parte de ese material en el “Álbum de Colecciones Arqueológicas”, entre 1911 y 1912.¹

El continuador de los estudios cerámicos fue don Manuel Gamio, quien al hacer excavaciones en San Miguel Amantla, Azcapotzalco, encontró en los estratos más profundos los mismos materiales del tipo de los Cerros; pero fue en las canteras de Copilco en donde obtuvo nuevas evidencias de esta cultura, entre ellas algunos sepulcros, pavimentos y objetos de barro y piedra.

Al ir tomando forma esta nueva cultura, se la designó con los nombres de cultura “de los Cerros”, “de montaña”, “arcaica” y aun “subpedregalense”, vinieron luego los trabajos de Kroeber, en 1924, el cual estudió los materiales de Copilco, Teotihuacán, Cerro de la Estrella, Sierra de Guadalupe y Cuicuico, y estableció una tipología que luego fue mejorada por Vaillant.

Por los materiales estudiados Kroeber dividió a la cultura arcaica en dos periodos principales: un “arcaico temprano” o “subpedregal”, caracterizado por el predominio de la incisión, por la pobreza de los diseños pintados y por un predominio de la cerámica tipo rojo sobre blanco; así como un “arcaico tardío”, “postpedregal” o “preteotihuacán”, marcado por la falta de incisión, gran elaboración de los diseños pintados y predominio de la cerámica café o rojo sobre amarillento.²

Las atinadas conclusiones de Kroeber se reforzaron con las excavaciones sistemáticas de Vaillant, realizadas de 1928 a 1933; este investigador estableció dos culturas principales, que se denominaron Zacatenco-Copilco y Ticomán-Cuicuico, así como una tercera en Gualupita, Morelos.³

En 1951 el término de “Culturas Medias”, aplicado por Vaillant, se cambió por el de “Culturas Preclásicas”, ya que era evidente que estos grupos estaban a un paso de la civilización, que es lo que caracteriza al Horizonte Clásico; estableciéndose tres periodos fundamentales que se denominaron Inferior, Medio y Superior, cada uno de ellos con tipos de cerámica y figurillas características, asociados a otros rasgos culturales.⁴

El Preclásico Inferior. Entre 1800 y 1300 a.c., algunos grupos descendientes de los recolectores y agrícolas incipientes comenzaron a

¹ Gamio, 1920.

² Kroeber, 1925.

³ Vaillant, 1935.

⁴ Piña Chan, 1951.



desarrollar una cultura propiamente sedentaria, asentándose principalmente en lugares elevados de la serranía para protegerse de las inundaciones periódicas del gran lago, y de los ríos que desembocaban en la Cuenca de México; aprovechando los terrenos bajos y las terrazas o márgenes de los ríos para la práctica de la agricultura.⁵

El sitio más antiguo descubierto hasta ahora es El Arbolillo, el cual queda situado en las faldas de la serranía de Guadalupe, y tenía en sus orillas las aguas del gran lago de la cuenca de México; un poco después se pobló Zacatenco, situado cerca del anterior, y más tarde Tlatilco, enclavado en las márgenes del Río Hondo y rodeado de una serie de lomeríos, aptos en aquellos tiempos para los cultivos.

Las condiciones ideales que tenía la cuenca por esta época, y la situación estratégica de los sitios mencionados, permitió el cultivo de las plantas, la recolección, la caza y la pesca, con mayor énfasis de algunas de estas ocupaciones según el habitat escogido; y así, El Arbolillo y Zacatenco han de haber dependido más de la pesca y la caza, mientras que Tlatilco fue más agrícola.

Durante el Preclásico Inferior las gentes dependían de varias plantas comestibles domesticadas, lo cual permitió el crecimiento de las poblaciones y la integración de las aldeas agrícolas plenamente sedentarias; a la vez que completaban su alimentación con los productos de la caza, la pesca y la recolección, integrando una economía mixta autosuficiente. Los cultivos se hacían principalmente en los terrenos bajos, inundados periódicamente por las aguas del gran lago y de los ríos, es decir, por el sistema de humedal o de avenida, y en las temporadas estacionales de las lluvias; se contaba con el maíz, la calabaza, el frijol, y tal vez el chile.

La caza del venado, las aves y otras especies menores, se hacía con el lanzadardos y con trampas; la pesca se practicaba en los ríos y en el lago, posiblemente empleando nasas o cestas de forma cónica, y dardos o jabalinas; obsérvase que tecnológicamente las gentes aprovecharon piedra, cantos de río, hueso y asta de venado, obsidiana, barro y tal vez madera, para hacer metates en los que molían el maíz; morteros para machacar semillas y pulverizar la arcilla; perforadores, raederas y raspadores para el trabajo de las pieles; puntas de proyectil para la caza; pulidores de cerámica; alisadores; navajas, martilladores, y cerámica tanto doméstica como funeraria.

En realidad el utillaje básico de estos grupos muestra poca división del trabajo por oficios, pues salvo la alfarería y la lapidaria, las demás actividades de las gentes podían ser realizadas por ambos sexos; y así, la mujer intervenía en las faenas agrícolas y la recolección, preparaba los alimentos, atendía a los niños, cuidaba del vestido y ayudaba en la alfarería; en tanto que el hombre se dedicaba a la

⁵ Piña Chan, 1955 a.

caza, la pesca, la agricultura, la alfarería y el tallado de la piedra y el hueso.⁶

A través de las figurillas de este periodo se puede decir que las gentes andaban desnudas, pero acostumbraban pintarse la cara y el cuerpo, perforarse el lóbulo de las orejas y el tabique nasal para colgarse orejeras y narigueras, llevar brazaletes, ajorcas y collares; a la vez que usaban sandalias y huaraches hechos de cuero y tal vez de fibra de maguey, se pintaban el pelo y se adornaban con tocados de bandas entrelazadas que insinúan el inicio del tejido de las fibras vegetales como el algodón.⁷

Los entierros encontrados muestran que estos grupos tenían la costumbre de inhumar a sus muertos en agujeros irregulares excavados por las cercanías de sus campos de cultivo, o por debajo de los pisos de las chozas, en posición extendida, por lo regular, y con escasos objetos personales colocados como ofrenda; pero todo ello implica la creencia en otra vida, poca demografía y una sencilla organización social, la cual no ha de haber rebasado el plano de la comunidad local, pero en la que la mujer pudo jugar todavía un papel importante, semejante a como sucede en los clanes matrilineales.

Y junto a las creencias sobre el culto a los muertos, parece que hubo también un culto a la fertilidad de la tierra, vinculado con la agricultura; pues todas las figurillas de barro representan mujeres desnudas, y a veces se las enterraba en los terrenos de cultivo como ofrendas aisladas.

Entre las principales características de la alfarería de este periodo pueden mencionarse el predominio de la cerámica monocroma, en colores negro, café negruzco, bayo o rojizo y blanco, toda ella bien pulida y con superficies bastante brillantes; a la vez que el uso de la incisión fina en forma de motivos geométricos, vasijas con fondos o bases esféricas, decoración continua alrededor de la pieza, y formas de silueta sencilla y compuesta, por lo regular.

El tipo café negruzco es frecuente en El Arbolillo, por lo cual podría llamarsele El Arbolillo Café Negruzco; hay cuencos trípodes con soportes cónicos y silueta compuesta; cuencos o cajetes sencillos; vasijas con base anular y asa de cinta, a manera de copas con asas, y vasos o jarras de paredes cóncavas o divergentes y bases globulares o esféricas. La principal característica es el uso frecuente de la incisión fina, en diseños continuos en forma de triángulos rellenos de líneas paralelas, las cuales se frotaban con polvo de hematita o cinabrio, tal vez para colocarlas como ofrendas en los enterramientos.

El tipo bayo o café rojizo es más abundante en Zacatenco, y se le utilizó preferentemente para usos domésticos; hay ollas de cuellos

⁶ Barba de Piña, 1956.

⁷ Piña Chan, 1960.

vagos; cuencos o cajetes sencillos; vasijas o tecomates con los bordes reforzados, y grandes cántaros o tinajas para el almacenamiento de semillas, y para el agua.

El tipo negro pulido es de paredes gruesas, un poco parecido al café negruzco de El Arbolillo, sólo que con tonalidad francamente negra y en forma de cajetes sencillos, cuencos de silueta compuesta, jarras de paredes divergentes y ollas pequeñas; mientras que el tipo blanco pulido tiene una apariencia blanca o marfil brillante, con la pintura firme y con magnífico pulimento, en forma de cuencos sencillos y de silueta compuesta, cuencos con base anular y asa de cinta, jarras o vasos de paredes divergentes y ollas en menor cantidad. En este tipo la decoración incisa es rara.

Asociada a la cerámica está la producción de figurillas, las cuales se hicieron a mano y por la técnica del pastillaje, o sea indicando los rasgos faciales y adornos por medio de filetes, tiras y bolitas de barro adicionales; habiendo una evolución estilística o tipológica en la que se incluyen los tipos c3, c1 y F antiguo fundamentalmente, con sus respectivas variantes. El tipo c3 se caracteriza porque los ojos, nariz y boca están hechos con bolas de barro superpuestas al plano de la cara, y porque la barba se confunde con la boca; mientras que el tipo c1 está mejor equilibrado anatómicamente, y la boca se centra entre la nariz y la barba. El tipo F se distingue por su mayor tosqueza, y la cara es más parecida a la de un ave que a la de una persona.

Durante esta época las gentes han de haber vivido en jacales o chozas construidas con materiales perecederos, agrupadas en aldeas o comunidades rurales cuya población no pasaría de unos 200 individuos; y las viviendas se hallaban distribuidas sin ninguna planeación, como no fuera el impuesto por la fisiografía y las necesidades de los campos para el cultivo. Lo anterior se ve reforzado por el escaso número de entierros correspondientes a esta época, y por la localización de ellos en lugares distantes unos de otros, es decir, porque todavía no hay cementerios propiamente dichos; a la vez que por las escasas y pobres ofrendas, que nos indican también una economía de subsistencia principalmente.

El Preclásico Medio. Entre 1300 y 800 a.c., algunas aldeas rurales se van transformando en villas, como consecuencia del aumento demográfico y de un mayor equilibrio en la producción alimenticia; concóncense por ahora sitios como El Arbolillo, Zacatenco, Tlatilco, Atoto, Tlapacoya, Chalco, Xico, Xaloztoc, Copilco, Coatepec y Lomas de Becerra, los cuales tienen rasgos culturales de este periodo, y muestran una ocupación mayor en la Cuenca de México.

En términos generales algunos de estos sitios continuaron desarrollando la tradición cultural del periodo anterior, sin estímulos forá-

neos como no fueran las interrelaciones comerciales e ideas que pasaban de un grupo a otro en el ámbito de la cuenca; mientras que otros recibieron el impacto de los olmecas costeros, que se habían ido desplazando de la Costa del Golfo hacia Puebla y Morelos, pasando finalmente a la Cuenca de México.

En otras palabras, sitios como El Arbolillo, Zacatenco, Xaloztoc, Copilco, etcétera, siguieron desarrollando su cultura sin ninguna influencia exterior; en tanto que Tlatilco y Tlapacoya recibieron una fuerte influencia de la cultura olmeca, lo cual las hizo sobresalir en la Cuenca de México, y a su vez influir tenuemente sobre sus vecinos más cercanos.

A reserva de ir enfatizando los rasgos culturales que introdujeron los olmecas, podemos hablar en general de la cultura de este periodo considerándola como un todo; así, en el aspecto tecnológico se observa la continuación del utillaje de la época anterior, pero aparecen hachas y azuelas para el trabajo de los campos de cultivo, cuchillos, agujas de hueso, cinceles, abrasores y algunos más, lo mismo que nuevas materias primas como serpentina, jade, hematita especular, cuarzo, turquesa, concha, algodón, caolín, etcétera.

La presencia de hachas de serpentina nos indica que la agricultura se hace ahora por el sistema de milpa, aclarando las partes boscosas con esos implementos y con la ayuda del fuego; en tanto que las representaciones cerámicas de peces, jabalí, tlacuache, armadillo, pato, conejo, iguana, tortuga, etcétera, y los huesos de aves, perro, venado y otros animales, nos muestran no sólo la fauna de la época, y la motivación artística de esos grupos, sino que indican también los aspectos de la caza y pesca, cuyos productos completaban la dieta alimenticia.⁸

Además, las representaciones de guajes y calabazas que se ven en algunos botellones, indican con seguridad que la trilogía maíz-calabaza-frijol era cultivada por esas gentes; mientras que las materias primas como el algodón, el caolín, la serpentina, el jade, la concha y la turquesa, implican nexos comerciales o intercambios entre grupos de la Cuenca de México y gentes de Morelos, Guerrero y la Costa del Golfo.

Durante el Preclásico Medio se nota una mayor división del trabajo, pues hay talladores o lapidarios de piedras duras y objetos suntuarios, alfareros más especializados, talladores de ornamentos de concha y tejedores de petates y fibras textiles; obsérvase un verdadero progreso cultural no sólo en el aspecto de las artesanías, sino también en las relaciones comerciales, organización social, ideas religiosas, culto a los muertos y arte en general.

⁸ Barba de Piña, 1956.

La artesanía principal fue la alfarería, que a diferencia del periodo anterior se caracteriza por la bicromía de las vasijas; ocurriendo la intrusión de la tradición alfarera olmeca, caracterizada por las bases planas, decoración en zonas o paneles y motivos simbólicos relacionados con el jaguar. En Tlatilco y Tlapacoya es donde se desarrolla e influye más el estilo y formas que luego pasan a otros lugares de la Cuenca de México. Entre los tipos típicamente olmecas tenemos la cerámica negra gruesa pulida, negra con bordes o manchas blancas, blanca pulida, gris, y vasijas hechas de caolín; mientras que de la tradición local de la cuenca hay blanco sobre rojo, roja pulida, rojo sobre blanco, amarillenta, negra delgada y otras modalidades.

El tipo blanca incisa es una continuación de la cerámica blanca del periodo anterior, pero con el uso frecuente de la incisión y excavado o excisión, que se adoptó de los olmecas; habiendo platos trípodes y platos sencillos con los bordes incisos; vasos o platos de base plana; platos de base plana con pico vertedera; cuencos sencillos, a veces con decoración incisa; tecomates de base plana y decoración excavada; vasijas con acanaladuras, y vasos con decoración raspada o excisa. Las vasijas zoomorfas son raras.

El tipo negro pulido es un variante de la cerámica negra gruesa del periodo anterior, el cual adopta elementos de la alfarería olmeca; habiendo cajetes o cuencos sencillos con decoración incisa o acanalada; cuencos ovales; a veces con acanalado cerca del borde; platos con bases anulares; botellones zoomorfos; cajetes de silueta compuesta; vasos de base plana con decoración excisa y motivos felinos; cuencos sencillos; platos de base plana con decoración en el fondo; cajetes trípodes con decoración interna, y platos de base plana con decoración incisa y estampado de mecedora o *rocker-stamp*.

El tipo negro con bordes blancos es característico de los olmecas y se presenta en formas de cajetes sencillos, a veces con decoración incisa o *rocker-stamp*; lo mismo que en forma de platos de silueta compuesta; vasos de base plana con decoración excisa y motivos felinos, y platos de base plana. El tipo gris pulido es también de tradición olmeca; habiendo principalmente vasos de base plana y cajetes sencillos, a veces con decoración incisa.

Aunque no frecuente, y debido a la influencia olmeca, hay un tipo que ha sido llamado “pseudo-fresco”, debido a que sobre la superficie negra pulida de las vasijas se aplicó un baño de cal, y sobre esta capa se pintó con colores azul o verde turquesa. La forma común son vasos de base plana.

El tipo rojo pulido puede presentarse en forma de cuencos sencillos, con apariencia roja sólo en el exterior; habiendo también cajetes sencillos con decoración incisa o de mecedora, cuencos con acanaladuras, botellones, ollas, tecomates y vasos de base plana, a veces con decoración punzonada. El tipo negro delgado tiende por lo

común al café negruzco, y se caracteriza por el uso frecuente de la incisión; habiendo cajetes sencillos, vasijas con gajos modelados, cuencos de silueta compuesta con decoración cuneiforme o de uña, y raras veces vasijas efigie.

El tipo blanco sobre rojo tiene cajetes sencillos, platos de silueta compuesta, cajetes ovales o arriñonados y raras veces tecomates; los motivos son geométricos y pintados de blanco sobre un fondo rojo pulido. El tipo amarillento laca o blanco amarillento tiene una base de color blanco y sobre ella un baño de pintura amarilla; predominando los cuencos sencillos y tecomates, ocasionalmente con alguna línea incisa.

También corresponden al Preclásico Medio los tipos: rojo sobre blanco, el cual se caracteriza por los cajetes sencillos y de silueta compuesta, con el interior rojo pulido o café y el exterior rojo sobre blanco en forma de motivos geométricos; el tipo naranja laca, en forma de cajetes sencillos y tecomates, rara vez con decoración incisa; el tipo rojo sobre negro, en forma de botellones, y el tipo rojo sobre café, en el cual sobresalen los botellones con gajos como de calabaza, los vasos de base plana, los botellones con asa de estribo, las vasijas silbadoras zoomorfas, los cajetes con acanaladuras y las vasijas en forma de pie humano.

Por los finales del periodo se inicia el tipo negativo, en dos tonalidades; o sea que los motivos aparecen de color blanquecino sobre un fondo grisáceo oscuro, y puede ser llamado “negativo bicromo”, a diferencia del negativo policromo que es característico del Preclásico Superior. Las formas son, por lo regular, sencillas.

En las figurillas de esta época se observan también dos modalidades: las que corresponden a la tradición alfarera de la cuenca, y las que pertenecen a la tradición olmeca; habiéndose fusionado en Tlatilco y Tlapacoya para dar nuevos tipos que luego alcanzan una gran dispersión. A la primera tradición corresponden los tipos **c5**, **b**, **f** y **κ**; a la segunda, u olmeca los tipos **c9**, **c10**, **a**, y olmecas puras; mientras que a la fusión de ambas pertenecen los tipos **d**, *baby face* o “cara de niño”, y algunas olmecoides.

Las figurillas **f** tienen expresiones como de ave en la cara; las figurillas **b** tienen los ojos hundidos sobre la pasta de la cara; las tipo **c5** presentan caras abultadas y complicados tocados; en tanto que el tipo **κ** tiene grandes ojos fileteados, con expresiones de rana y cuerpos aplanados.

Las figurillas **a** tienen los ojos perforados y la boca abultada con las comisuras hacia abajo, semejantes a las de la Costa del Golfo; las figurillas tipos **c9** y **c10** son bien equilibradas anatómicamente, y al parecer fueron una continuación del tipo **c1**, al cual se le agregaron los ojos perforados y una boca olmecoide; salieron de ellas el tipo **d**,

o de la mujer bonita, dentro de algunas variedades, como el D2, D3, D4, y figuras huecas pintadas de rojo pulido.

Las figurillas típicamente olmecas presentan por lo regular una postura sedente, son de color blanco pulido, y tienen los ojos oblicuos hechos por una fina ranura y bocas triangulares con las comisuras hacia abajo; de allí el tipo “cara de niño” o *baby face*; figuras huecas sedentes que muestran la deformación del cráneo y la mutilación dentaria.

A través de las figurillas de esta época se nota una gran cantidad de aspectos culturales, que ha permitido tener una visión de cómo vivían las gentes de esos tiempos; y así, podría hablarse de un avance considerable en el terreno de la indumentaria y el adorno, lo cual implica también el desarrollo del tejido y las artes textiles. Por las figurillas vemos el uso de faldillas con dibujos geométricos, bragueros o taparrabos, cofias y turbantes, vendas faciales y barbiquejos, sacos o camisas, sombreros, gorros y otras prendas, a la vez que tuvieron hilos para los collares, listones y petates para la casa y para amortajar a los muertos.

Lo anterior indica que aprovecharon el algodón silvestre y fibras de yuca o maguey, que hilaban con ayuda de rodajas de barro o malacates, que tenían telares de cintura colgados de los troncos de los árboles, y que obtenían telas con dibujos coloreados. Los petates se hacían de tule, y hay agujas de hueso con un extremo perforado, que servían para coser las prendas de vestir.

La pintura facial y corporal adquiere ahora una mayor expresión artística, pues en las figurillas se observan diseños geométricos y naturalistas, entre ellos grecas, triángulos, huellas de pies humanos círculos, bandas, etcétera; parece que estos motivos se imprimían por medio de sellos o pintaderas de barro, en colores negro, rojo, blanco y amarillo. Estos sellos, encontrados en las excavaciones, pueden ser planos con agarradera, y cilíndricos con una agarradera en cada extremo, o huecos cilíndricos para introducir en ellos un palo a manera de rodillo; hay diseños excavados en su superficie, positivos y negativos, que reproducían huellas de pies humanos, serpientes, aves, motivos simbólicos del jaguar y elementos geométricos.

También se observa la costumbre del tatuaje o escarificación, el cual se hacía sobre los hombros y las piernas, por lo regular, en forma de puntos, flores y otros motivos geométricos sencillos; a la vez que se practicó la deformación del cráneo —tabular erecta y oblicua— y la mutilación dentaria. Otra costumbre muy difundida por los olmecas fue el rapado de la cabeza, total o parcial, dejándose mechones de pelo a los lados de la cabeza; y también usaron trenzas, se pintaban el cabello, usaron tal vez barbas postizas, y llevaban complicados tocados en la cabeza.

En el renglón del adorno personal hay una mayor variedad de los materiales y objetos usados; pueden mencionarse collares con cuentas de barro, hueso, concha y jade; orejeras y pendientes; narigueras; pectorales de concha; brazaletes y ajorcas; espejos de pirita colgados al pecho, y pectorales de concha o pendientes con mosaico de turquesa, bastante raros.

Como decíamos anteriormente, aunque algunos sitios de la Cuenca de México persisten en su condición de aldeas agrícolas, otros van alcanzando el rango de villas, por el aumento y concentración de la población, por los excedentes alimenticios y por una economía y distribución más equilibrada; sobresalen entre ellos Tlatilco y Tlapacoya, en donde se habían asentado algunas gentes olmecas. De hecho, este paso trajo consigo un progreso en la organización de los poblados y de la sociedad en general; aparecen las plataformas de tierra con revestimiento de piedra, sobre las cuales se construían las chozas de bajareque; pisos de lodo pulido; cistas delimitadas con ringleras de piedras para marcar los enterramientos, y cementerios propiamente dichos.

Las figurillas de este periodo muestran ahora a hombres y mujeres dedicados a varias ocupaciones, pues hay representaciones de bailarinas, músicos, shamanes o magos, jugadores de pelota, mujeres cargando a sus hijos, niños en cunas, mujeres en estado de preñez, hombres sentados en bancos, acróbatas, mujeres con cántaros sobre el hombro, etcétera; todo lo cual indica que la sociedad se ha venido transformando, principalmente en las villas como Tlatilco y Tlapacoya.

En estas comunidades más desarrolladas existía una casta de shamanes o hechiceros que tenían a su cargo las funciones directivas de la sociedad; abajo de ellos quedaban los artesanos especializados, músicos, acróbatas, bailarines, comerciantes y jugadores de pelota; en una jerarquía inferior quedaban los campesinos, cazadores, pescadores, etcétera; o sea que la organización social estaba jerarquizada en estamentos con funciones diversificadas.

Y en relación con este tipo de organización social, es factible que la religión tuviera una base esencialmente mágica, pues si bien se continúa con los cultos a la fertilidad, también aparece una deidad felina introducida por los olmecas, relacionada con la agricultura y la lluvia. En Tlatilco esta deidad felina se haya representada por una especie de dragón celeste, con cabeza de serpiente y cola en forma de garra de jaguar; habiéndose formado por la unión de una serpiente acuática —con crestas sobre la cabeza, colmillos y lengua bífida— y las garras del jaguar, o animal totémico de los olmecas.

Para los grupos de la Cuenca de México, la serpiente acuática ha de haber simbolizado el espíritu de las aguas del gran lago, y por extensión, el agua de los ríos, o agua terrestre; mientras que el jaguar

significaba para los olmecas la fuerza de la naturaleza, ligada a la tierra y a la lluvia; o sea que la fusión de ambas implica ya un concepto de agua terrestre y agua celeste, y de allí nacerán más tarde los dioses de la lluvia que tienen características de jaguar-serpiente más atributos de hombre-pájaro.

Además de esta deidad relacionada con la tierra y el agua, por los finales del periodo aparece la representación de un pre-dios del fuego, caracterizado por un jorobado que a veces lleva una vasija a la espalda, dando la impresión de un acróbata con el cuerpo arqueado; y también es posible imaginarnos las festividades que celebraban en relación con la agricultura, las cuales se hacían con música y danzas. Así, hay representaciones de shamanes o hechiceros que llevan máscaras de aves, de jaguar o humanas sobre la cara, que visten con pieles y pelucas, y que llevan sonajas en las manos; lo mismo que músicos tocando tamborcillos, e instrumentos musicales como silbatos, huesos con ranuras o resonadores, sonajas, flautas y ocarinas; y bailarinas con faldillas y pantaloncillos hechos con capullos de mariposas, lo mismo que acróbatas, enanos, bufones y jugadores de pelota.

El juego de pelota se practicaba al aire libre, todavía sin estructuras especiales, pero delimitando el campo o cancha con algunas marcas; la pelota era de hule macizo, por lo cual los jugadores se forraban o protegían las manos, y usaban rodilleras.

Durante el Preclásico Medio el culto a los muertos alcanza mayor desarrollo, pues existen ahora lugares especiales para los enterramientos o cementerios, nuevas prácticas funerarias y mayor riqueza en las ofrendas; predominan los entierros flexionados colocados directamente en el suelo; entierros múltiples de un hombre principal con varias mujeres, de una mujer importante con otras mujeres, de mujeres con niños sacrificados, etcétera; todos ellos con acompañamiento de ofrendas, entre las cuales pueden citarse vasijas de gran calidad, ornamentos, implementos de uso personal, comidas y bebidas, yugos pequeños, y en ocasiones perros sacrificados que servían como acompañantes.

Los entierros flexionados eran envueltos en petates y a veces en mantas o telas de algodón o de yuca, amarrados con cordeles o rociados con polvo rojo de hematita o cinabrio; acostumbábase también el sacrificio humano cuando moría alguna persona de importancia, y también se hacían grandes ofrendas colectivas de cerámica.

En el terreno del arte se aprecia cierto auge de la escultura menor en barro, como se observa en las figuras huecas sedentes de influencia olmeca y en las vasijas zoomorfas y antropomorfas, llenas de gran realismo; a la vez que se desarrolla la lapidaria, el dibujo y la pintura, implícitos en los pequeños yugos labrados con motivos olmecas, en los espejos de piritita y pequeños objetos de jade, en los diseños de

las vasijas y pintura facial y corporal, en los sellos de barro y otros objetos.

La influencia olmeca sobre lugares como Tlatilco y Tlapacoya contribuyó al desarrollo mayor de esos grupos, al establecimiento de un nuevo estilo artístico que luego se propagó a otros grupos, y por ello, durante el Preclásico Medio, la cultura de la Cuenca de México sobresalió entre todos los demás pueblos del Altiplano Central, dejando las bases para el progreso de los grupos del Preclásico Superior.

El Preclásico Superior. Entre 800 y 200 a.c. la Cuenca de México se puebla densamente, pues sitios como Zacatenco, San Cristóbal Ecatepec, Cerro del Tepalcate, Cuicuilco, Ticomán, Tetelpan, Tlapacoya, Chimalhuacán, Azcapotzalco, Contreras, Cuanalán, Papalotla, Xico y varios sitios cercanos a Teotihuacán, muestran rasgos culturales de este periodo; lo cual nos indica que la demografía ha aumentado, que la economía es estable, y que la organización social y la distribución de los excedentes alimenticios es efectiva.

Los grupos asentados en estos sitios siguen dependiendo básicamente de la agricultura del maíz, el frijol, la calabaza y el chile, la cual se practica por el sistema de milpa y con ayuda del bastón plantador, coas o azadas y hachas de serpentina; pero en algunos lugares se construyen muros de contención en las laderas de los cerros, o especies de terrazas escalonadas, tanto para evitar la erosión como para aprovecharlas en la agricultura.

También se complementa la dieta alimenticia con los productos de la caza, la pesca y la recolección; es decir, que la economía sigue siendo de tipo mixto; y por medio del comercio se siguen intercambiando las materias primas de las que carecían, entre ellas, algodón, serpentina, jade, concha, y algunos objetos de lujo para la clase dirigente.

En el aspecto tecnológico las herramientas e implementos no cambian, sino que, al contrario, se introducen algunos nuevos que se asocian al desarrollo de las construcciones civiles y religiosas de la época; hay ahora cinceles para el corte de la piedra, taladros para perforar, aplanadores o alisadores de pisos y paredes, y tal vez cuñas de madera, martillos o mazos, y plomadas.

En algunos lugares, como en el Cerro de Tepalcate, se construyen plataformas para templos; en Cuicuilco y Tlapacoya se levantan basamentos escalonados para el culto religioso; en Zacatenco y Ticomán hay muros de contención y plataformas para casas; y por los finales del periodo, Teotihuacán comienza a construir sus grandes pirámides; o sea que el Preclásico Superior se distingue por el inicio de las construcciones duraderas y comienzos de los centros no planificados, en los cuales puede estudiarse la evolución de los basamentos para templos que fueron característicos de Mesoamérica.

Así, los poblados del Preclásico Superior se componen de cierto número de chozas construidas con materiales perecederos, como troncos, paja y lodo, asentadas sobre plataformas de tierra con revestimiento de piedras irregulares; naciendo de ahí la idea de construir mejores plataformas para base de los templos, siguiendo la técnica constructiva en boga, pero que puede ser considerado como el embrión de la arquitectura prehispánica.

En el Cerro del Tepalcate las gentes construyeron una plataforma de regulares dimensiones, con relleno de tierra y muros revestidos de piedras y tepetate, a la cual se subía por medio de uno o dos escalones situados al frente de la misma; y en la parte superior, sobre un piso de lodo pulido, se construyó un templo de bajareque, con techo a dos aguas, parecido a las construcciones que se ven en las maquetas de barro de Nayarit.⁹

A través del tiempo la estructura sufrió varias ampliaciones, por razones del culto y deficiencia en la construcción; habiéndose observado que en cada nueva ampliación se quemaba el templo, luego se agrandaba en anchura y altura la plataforma, y por último se construía otro templo; colocándose una ofrenda propiciatoria al nuevo edificio. Aprovechando la ampliación se hacían algunos enterramientos de gente importante, con pobres ofrendas; y en el interior del templo se construían hogares para el fuego. Una fecha de carbono 14 recogida en uno de esos hogares dio la fecha aproximada de 450 A.C.

Las pequeñas y bajas plataformas se fueron superponiendo o asentando las unas sobre las otras, para dar el concepto de basamento escalonado sobre el cual se asentaron los templos y cobraron una nueva significación; o sea que si al principio los templos eran abrigo de la divinidad, concebida a semejanza del hombre y capaz de habitar en una choza a baja altura, ahora la deidad se alza por sobre el nivel humano y demanda una estructura especial de mayor jerarquía.

Así, en Cuicuilco se inician los basamentos escalonados, primero de planta circular y con bajos cuerpos hechos de lodo pulido, a manera de plataformas superpuestas; viene luego la construcción de basamentos escalonados de piedra, tanto de planta circular como rectangular, construidos sobre plataformas y con altares y habitaciones por sus contornos.

El basamento circular más conocido de Cuicuilco fue originalmente de tres cuerpos, construidos con relleno de tierra y muros de contención para evitar el deslizamiento de los materiales; y las paredes exteriores de los cuerpos eran de piedra volcánica unidas con lodo, en pendiente o inclinadas, y tal vez con revestimiento de lodo. El basamento tenía una altura de 17 metros, ya que el primer cuerpo era de 8.50 m. de alto, el segundo de 5 m., y el tercero de 3.50 m.;

⁹ Piña, Romano y Pareyón, 1952.

había en la parte central superior un templo circular de bajareque, el cual tenía un altar de lodo en su interior. El acceso a la parte superior se hacía por medio de rampas y escalinatas colocadas en los lados poniente y oriente.

Los constructores de Cuicuilco escogieron sabiamente el lugar para su construcción ceremonial, pues a la orilla de una loma natural construyeron una plataforma de nivelación en el terreno bajo y otra más elevada que niveló la loma, o sea que cuando se construyó el basamento su mitad oriente quedó en el terreno bajo y su mitad poniente hacia la loma natural. Ello originó que el primer cuerpo tuviera una altura de 8.50 metros en el oriente, mientras que hacia el poniente sólo alcanzaba una altura de cerca de 1.50 metros. Así también la rampa del poniente descansaba sobre la loma natural, salvando prácticamente la altura del segundo y tercer cuerpo; mientras que la del oriente abarcaba a los tres cuerpos.

Posteriormente se agregó al primer basamento un cuarto cuerpo, el cual tapó al altar de lodo y sobre él se construyó otro templo circular de bajareque, el cual tenía altares revestidos con cantos de río y pintado de rojo; viniendo por último un quinto cuerpo, recubierto en parte con cantos de río, el cual tapó a los altares anteriores. Sobre este último cuerpo se construyó una estructura rectangular, tal vez como base de otro templo; alcanzándose la altura total de unos 20 metros.

Al frente del basamento, tanto en el oriente como en el poniente, había algunos altares circulares todavía no explorados; y casi al frente de la rampa poniente se construyó un cuarto-habitación también circular, y una especie de kiva o estructura religiosa secreta, hecha con grandes losas pintadas en su interior con motivos serpentinos en rojo. Esta pequeña estructura tiene un pasillo estrecho de entrada, y está descansando sobre el corredor o pasillo del primer cuerpo, hacia el sur.

Por los finales del Preclásico Superior se construyó en Cuicuilco otra estructura de planta rectangular, semejante a una pirámide escalonada y con revestimiento de piedra; tal vez cesó la actividad constructiva por la erupción del Xitle, pequeño volcán del sistema del Ajusco, lo cual obligó a que emigrara la población hacia otros lugares. Algunas fechas de carbono 14 colocan a Cuicuilco de 450 a 0 a.c.

Habiéndose llegado al concepto del basamento escalonado piramidal, en la Cuenca de México otros sitios continúan con el desarrollo de esa tradición arquitectónica; y así en Tlapacoya, lugar que había sido ocupado desde el Preclásico Medio, se construye un basamento que pasó también por tres etapas de construcción, y que anuncia el posterior desenvolvimiento de la arquitectura en Teotihuacán.

Inicialmente las gentes de Tlapacoya construyeron una amplia plataforma con una escalinata empotrada al frente, la cual condu-

cía a otra plataforma baja sobre la que descansaba un templo-choza de bajareque; y esta estructura quedaba en la falda de un cerro, expuesta a la erosión del mismo. Posteriormente se construyeron algunos muros de contención en las faldas del cerro, para evitar que los materiales de acarreo cayeran sobre la estructura ceremonial; y se levantaron otros tres cuerpos escalonados, con una escalerilla casi central que conducía a un nuevo templo. Y por último, se construyeron algunos muros de contención o refuerzo, adosándolos a los existentes; con lo cual la estructura adquirió un juego de claros y volúmenes que la hacen más grande de lo que es.

En general, el basamento piramidal de Tlapacoya tiene un relleno de tierra, con muros inclinados y revestidos de piedra con juntas de lodo; alcanza la altura de cinco metros, y tiene un pasillo posterior con una escalinata en cada extremo; y estas escalinatas tienen angostas alfardas hechas de laja basáltica, material que se traía de los cerros cercanos. Su apariencia es la de un basamento piramidal, con cuerpos en talud y revestimiento de lodo; y hay una habitación cercana, tal vez para el servicio del sacerdote encargado del culto.

Aprovechando la ampliación del edificio en su segunda etapa, se construyeron tres tumbas en su interior, con paredes de piedra y techos de laja basáltica; colocáronse en el interior de ellas algunos huesos o entierros secundarios de gentes importantes, junto con ricas ofrendas funerarias. Entre los objetos de ofrenda se encontraron restos de cestería y de tejidos; semillas y guajes pintados al fresco; corteza vegetal; figurillas, cuentas de jade, cuchillos de obsidiana, y multitud de vasijas, algunas pintadas al fresco, con decoración negativa, con impresión de uña, etcétera.¹⁰

El corte y acarreo de la piedra para las construcciones; la dirección de los trabajos; la elaboración de objetos suntuarios; las actividades agrícolas y de caza y pesca; el tejido y la alfarería; el adelanto tecnológico, etcétera, nos indican que durante el Preclásico Superior hay una verdadera división del trabajo y estamentos o categorías sociales con funciones diversificadas, observándose cómo la incipiente clase sacerdotal va absorbiendo las funciones religiosas y administrativas, las artesanías y el comercio, o sea que se está a un paso de la organización teocrática monopolista que caracteriza a la etapa urbana o civilización.

Asociada a los centros cívico-religiosos y al sacerdocio incipiente, está la religión, la cual continúa exaltando a los fenómenos naturales relacionados con la agricultura; pero ahora aparece también el dios viejo del fuego o Huehuetéotl, representado como un anciano jorobado que lleva un brasero sobre la cabeza; lo mismo que el antece-

¹⁰ Barba de Piña, 1956.

dente del dios Tláloc o de la lluvia, rudimentariamente representado sobre el cuello de algunos botellones de Tlapacoya.

Y en relación con las creencias de aquellos tiempos, el culto a los muertos se hace más elaborado; aparecen las tumbas con paredes de piedra y techos de lajas, como en Tlapacoya, o entierros radiales como en Cuicuilco, todos ellos con acompañamiento de ofrendas. En algunos casos los entierros se envolvían en petates, en otros los cadáveres descansaban sobre un lecho de corteza vegetal, rociados con polvo rojo de cinabrio; y en las ofrendas se incluían ornamentos y objetos de uso personal, lo mismo que vasijas, algunas con alimentos.

La artesanía principal siguió siendo la alfarería y la manufactura de figurillas, las cuales permiten distinguir este periodo; habiendo cerámica de color bayo o café rojizo, rojo sobre café amarillento, roja pulida tardía, café negruzco tardío, blanco sucio, policroma, negativa, anaranjada pulida, blanco sobre rojo tardío, pintada al fresco y negra tardía.

En el tipo café rojizo o bayo hay ollas de cuellos enrollados, a veces con asas; cuencos sencillos y de silueta compuesta, a veces con soportes; ollas con los bordes decorados por medio de aditamentos ornamentales, y a veces, botellones; mientras que en el tipo rojo sobre café amarillento hay vasijas trípodes con soportes bulbosos ornamentales, a veces con diseños rojos delimitados por incisión, lo mismo que ollas y botellones, platos de silueta compuesta, a veces con incisiones, y ocasionalmente vasijas con pulimento de palillos.

El tipo rojo pulido es más oscuro que el de periodos anteriores, y se presenta en forma de vasijas efigie con vertedera, cuencos de silueta compuesta, a veces con decoración punzonada, cajetes sencillos, y ocasionalmente, vasos de base plana; en tanto que el tipo café negruzco parece en forma de cajetes trípodes con soportes huecos globulados o estrangulados, vasijas con decoración cuneiforme o de uña en la base, cántaros, tecomates con decoración de uña, copas con alta base anular, platos, ollas vertedera, botellones zoomorfos y antropomorfos, etcétera. Algunas vasijas tienen soportes mami-formes, cónicos, bulbosos, anulares y otras variantes.

El tipo más característico del Preclásico Superior es el policromo, a base de rojo, café amarillento y blanco, este último delimitando los motivos geométricos; hay cajetes o platos trípodes con soportes bulbosos, vasijas rectangulares tetrápodos, cuencos sencillos y de silueta compuesta, ollas, vasos y botellones. De menor frecuencia son las vasijas policromas en colores rojo, negro, blanco y amarillento, a veces con los diseños delimitados por incisión.

En este periodo se introduce la cerámica policroma de Chupícuaro, Guanajuato, la cual puede ser rojo y negro sobre crema, o rojo y café sobre crema; hay también cerámica bicroma en colores negro

sobre rojo, rojo sobre crema y café oscuro sobre crema. Estos tipos fueron traídos por comercio, y se han encontrado en el Cerro del Tepalcate, Cuanalán, Azcapotzalco y otros sitios de la Cuenca de México; los cuales influyeron junto con las figurillas de Chupícuaro en la tradición alfarera del Altiplano Central.

Otro tipo característico es la cerámica negativa, en coloraciones naranja, rojo o café oscuro que contrastan sobre un fondo cafetoso claro; hay cuencos sencillos, platos de silueta compuesta y algunas otras formas de bases esféricas. En los motivos hay bandas, manchas, puntos, círculos y líneas anchas ondulantes; puede llamarse “negativo policromo” para diferenciarlo del negativo bicromo del periodo anterior.

Este tipo se combina con el tipo policromo, para dar la variante policromo-negativo; pudiendo ser de color rojo, negro y blanco sobre café amarillento, combinado con decoración en negativo. Entre las formas hay cuencos y platos de silueta compuesta, ollas y cuencos sencillos. Algunas ollas tienen el fondo rojo, motivos pintados de blanco y decoración negativa.

Por los finales del Preclásico Superior aparece el tipo anaranjado pulido, que podría ser antecedente de la cerámica naranja de Teotihuacán; habiendo vasos con reborde basal y soportes mamiformes trípodes, cuencos sencillos, vasijas zoomorfas, ánforas con tres asas, cántaros y cajetes trípodes o platos de silueta compuesta, con muescas en el ángulo basal.

También aparece el tipo blanco sobre rojo tardío, con la característica de que la pintura blanca tiende a desprenderse con facilidad; hay cuencos sencillos, vasos de base plana, platos de silueta compuesta, a veces con soportes, y los motivos pueden ser geométricos, antropomorfos o naturalistas.

Por último, hay que mencionar el tipo al fresco, el cual se caracteriza porque sobre la superficie pulida de la vasija, o sobre una capa de cal o yeso, se pintaron los diseños en colores rosa, blanco, amarillo, negro y azul turquesa; hay ollas trípodes con soportes cónicos huecos, vasos estrangulados o compuestos, y platos trípodes.

Las figurillas, por su parte, se siguieron haciendo a mano, con los rasgos al pastillaje, principalmente; pueden citarse el tipo ϵ , en forma de figurillas con los cuerpos aplanados y caras triangulares; el tipo ι , con los cuerpos aplanados y pintados de rojo pulido; el tipo η , venido de Chupícuaro, con cuerpos planos y profusión de adornos al pastillaje; y tipos conocidos como ζ , μ , ν , etcétera. También son comunes las orejeras de barro, tanto con un lado ahuecado como sólidas completamente; y aunque no muy comunes, hay figurillas recortadas en concha, compuestas de varias partes y con perforaciones para sujetarse a los vestidos.

Como decíamos anteriormente, el progreso cultural del Preclásico Superior se manifiesta en el inicio de la arquitectura en piedra, en la construcción de basamentos para templos, en el inicio de centros cívico-religiosos no planificados que sirven de foco de atracción a poblaciones vecinas, o sea que funcionan como núcleos de integración regional; a la vez que por una naciente casta sacerdotal, dioses con atributos reconocibles, comercio y tecnología más desarrollados, y un aumento considerable de las poblaciones.

Estos factores, y la presencia de elementos como el uso de cuerpos inclinados superpuestos, angostas alfardas en las escalinatas, técnicas alfareras como el negativo y el fresco, figurillas tipo E, cuchillos con un fino lasqueado a presión, etcétera, contribuyeron al desarrollo de centros más avanzados, como Teotihuacán; iniciándose con ello la civilización prehispánica propiamente dicha.

EL DESARROLLO DE LA TRADICIÓN TEOTIHUACANA

(Periodos Protoclásico y Clásico: 200 A.C. a 650 D.C.)

Por los finales del Preclásico Superior, la Cuenca de México contaba con numerosos grupos que iniciaron la construcción de plataformas, basamentos, cuartos o habitaciones, o simplemente muros de contención como se observa en Ticomán y Zacatenco; pero tanto los grupos de la parte occidental de la cuenca como los de la oriental, tenían alfarería y figurillas semejantes, entre ellos los tipos rojo sobre blanco, café negruzco, policroma, blanco sobre rojo, rojo sobre café amarillento, rojo pulido, blanco sucio, decoración negativa, rojo sobre negro, blanco sobre café y otras variantes; lo mismo que pintura delimitada por incisión, orejeras sólidas de barro, soportes ornamentales y figurillas de los tipos E, C, I, H, M, y otras modalidades.

Algunos lugares como Ticomán, Zacatenco, Cerro del Tepalcate y Cuanalán no prosperaron mucho, y terminaron por los fines del Preclásico Superior, es decir, por 200 A.C.; otros, como Cuicuilco, interrumpieron su desarrollo por la erupción del Xitle, que ha de haber ocurrido por ese tiempo; en tanto que algunos más, como Tlapacoya, El Tepalcate-Chimalhuacán, Xico y varios sitios cercanos a Teotihuacán, rebasaron esa fecha, e hicieron posible el desarrollo de ese gran centro ceremonial.

En Tlapacoya, “la presencia de pintura al fresco, decoración negativa, soportes mamiformes, rebode basal con muescas, vasos pequeños con soportes en forma de botón, botellones con caras felinas o humanas esquematizadas que recuerdan a Tláloc, cerámica policroma-negativa, técnica del lasqueado fino en la obsidiana, trabajo elaborado de la concha, trabajo en pizarra, plataformas o basamento con muros en talud, angostas alfardas en las escalinatas, figurillas

con rasgos del occidente de México, tumbas dentro del basamento, inicio del estuco, etcétera, nos están indicando que las características del Preclásico Superior ya han sido rebasadas y están sufriendo modificaciones; o sea, que aunque persisten muchos rasgos de dicha fase; están apareciendo al mismo tiempo una serie de rasgos nuevos que caracterizan o se muestran en Teotihuacán”.¹¹

“Estos nuevos elementos, que de manera indudable están relacionados con los periodos antes citados, son los que constituyen el periodo o etapa transicional de Tlapacoya”; y este lugar “presenta los rasgos culturales que conectan directamente al Preclásico Superior con la cultura teotihuacana, o sea que registra la fase transicional de ambas culturas, con mayor evidencia que lo que hasta ahora se había encontrado en el centro de México, incluyendo al propio Teotihuacán”.

“Cronológicamente Tlapacoya puede situarse entre los años 1100 A.C. y 100 D.C., aproximadamente. La fecha señalada como límite para su desarrollo cultural corresponde a la declinación y abandono de la pirámide, pero no a un despoblamiento total del sitio”; dando todo ello “la impresión de un primer ensayo de los elementos culturales de Teotihuacán, que después florecen en este último sitio”.

Desde la publicación de los trabajos de Tlapacoya, en 1956, se establecía la existencia de un periodo Protoclásico, en el cual algunos grupos rebasan la etapa del Preclásico Superior, y en él se gestan los elementos que hacen posible un desarrollo posterior, en este caso la integración de un verdadero centro ceremonial; se ha dicho también “que la asociación de varias aldeas dependientes de un centro común, hace posible el desarrollo de lugares como Teotihuacán, que hacia el año 150 A.C. comienza a consolidarse para integrar la gran civilización que hoy conocemos”; o también que “durante la época conocida como Teotihuacán I (200 A.C. a 100 D.C.) algunos grupos del Preclásico Superior se han de haber asentado en el valle y continuado con su misma tradición cultural”, a la vez que “estos grupos habitaron Teotihuacán durante un tiempo bastante largo, lo suficiente para que se acumulara por los campos una gruesa capa sedimentaria de desperdicios de la población . . . todo lo cual fue aprovechado más tarde para construir la importante pirámide del Sol y tal vez la de La Luna”.¹²

Sobre la base de estas mismas ideas formuladas hace varios años, podemos decir que entre 400 y 200 A.C. algunos grupos se asientan por los alrededores del Valle de Teotihuacán, viviendo independientemente los unos de los otros, y en sus lugares de asentamiento se van acumulando los desperdicios de la población, especialmente

¹¹ Barba de Piña, 1956.

¹² Piña Chan, 1960.

fragmentos de cerámica del Preclásico Superior, los cuales más tarde se utilizan para el relleno de las grandes construcciones piramidales; mientras que de 200 a.c. a 100 d.c. algunos de esos grupos comienzan a concentrarse dentro del valle mismo, elaboran nuevos tipos de cerámica derivados del periodo anterior, otros tipos de figurillas, y construyen algunas plataformas y estructuras sencillas, hasta que en los finales se levantan o erigen la pirámide del Sol y tal vez la de La Luna, con materiales de relleno que muestran ambas épocas.

La primera etapa, que podemos llamar Pre-teotihuacana, corresponde al Preclásico Superior, y se muestra en el material de relleno de la pirámide del Sol, en el cual se ha encontrado cerámica blanco sobre café, rojo sobre negro, blanco sucio, rojo sobre blanco, café negruzco, policroma, blanco sobre rojo, rojo sobre café amarillento, rojo pulido, pintura delimitada por incisión, pintura negativa y figurillas derivadas de los tipos ϵ y η principalmente; rasgos que aparecen también en Cuicuilco, Zacatenco Ultimo, Ticomán, Cerro del Tepalcate, Tlapacoya y otros lugares. Las figurillas tienen rasgos faciales y tocados al pastillaje, nariz y ojos hechos por botones adicionales, ojos oblicuos con ranura central, tocados en forma de bandas entrelazadas, cuerpos aplanados y caras prognatas triangulares; todas ellas semejantes al tipo ϵ y a figurillas del occidente de México, tipo η 4.¹³

La segunda etapa, que podemos llamar Proto-teotihuacana, corresponde al periodo Protoclásico, es decir, a una transición entre el Preclásico Superior y el Clásico, también mostrada en el material de relleno de la pirámide del Sol; hay cerámica policroma-negativa, rojo sobre café amarillento con negativo, roja incisa, blanco sobre rojo con negativo, café oscuro con incisiones o acanaladuras, rojo sobre café, negro pulido, anaranjada pulida, pintura al fresco y otras modalidades; aparecen también figurillas con los cuerpos aplanados y rasgos faciales al pastillaje, con los ojos colocados horizontalmente, y algunas parecen tener una venda sobre la cara y sobre ella los ojos incisos, o con los ojos perforados como antecedentes del dios Xipe. También a esta etapa corresponden una figurilla tallada en obsidiana, tal vez antecedente de las que caracterizarán a Teotihuacán en el siguiente periodo, y restos de una estructura encontradas por Millon en el núcleo de la pirámide del Sol.

Como decíamos, en los finales de esta época se construye la pirámide del Sol y tal vez la de La Luna, siguiendo el estilo arquitectónico de cuerpos escalonados en talud, escalinatas de poca anchura limitadas por angostas alfardas, recubrimiento de estuco y relleno en el que se incluyen materiales de ambas épocas; sólo que en forma

¹³ Noguera, 1962.

monumental, sin titubeos, o sea con un completo dominio de la técnica constructiva heredada del Preclásico Superior, pero inspirada al mismo tiempo en Tlapacoya, el cual era el centro más importante de la parte oriental de la Cuenca de México en esos tiempos.

Por eso Barba decía que en su época de transición “Tlapacoya no pudo mantener su importancia frente al centro rival de Teotihuacán y se extinguió”; siendo muy “probable que el mismo pueblo haya creado ambas culturas, pues como ya dije, existe una clara secuencia transicional entre ellas”. Lo anterior podría explicarse en el sentido de que Tlapacoya influyó en buena parte sobre los grupos del valle de Teotihuacán, pues hasta ahora ni El Tepalcate-Chimalhuacán ni los sitios cercanos al valle teotihuacano muestran los elementos arquitectónicos de Tlapacoya, los cuales se siguieron en gran escala en la pirámide del Sol.

A partir de aquí comienza la verdadera cultura teotihuacana, con el desarrollo del centro ceremonial, una población numerosa y una sociedad que comienza a estar fuertemente estratificada; no siendo improbable que en ella haya influido algún grupo de fuerte ascendencia costera como suponía Gamio, pues en las pinturas y decoración de edificios hay representaciones de conchas, caracoles marinos, estrellas de mar y una técnica preciosista en el tallado de la piedra.

Entre 100 y 300 d.c. ocurre la tercera etapa del desarrollo de la cultura teotihuacana, la cual podemos llamar Teotihuacán Temprano, iniciándose el estilo arquitectónico de talud y tablero en la construcción de basamentos escalonados para templos, con decoración en bajorrelieve y escultura monumental casi de bulto, como se observa en el llamado Templo de Quetzalcóatl o de la Serpiente Emplumada y en la subestructura del Palacio de Quetzalpapálotl; a la vez que se construyen edificios con pinturas, con representaciones de agua, semillas, animales, flores, motivos marinos, etcétera, como se observa en el llamado Templo de La Agricultura, en Los Subterráneos y tal vez en otros que deben de existir por debajo de las múltiples estructuras del periodo siguiente.

En esta época se comienza a perfilar lo que será el gran centro urbano o ceremonial de Teotihuacán, alineándose algunos edificios a lo largo de una amplia calzada que hoy se denomina Calle de los Muertos, pero que abarcaría en aquel entonces sólo un espacio comprendido entre las dos pirámides, y con edificios más bien aislados; modificase también la alfarería, que ahora se hace con pulimento de palillos y más bien monocroma, las figurillas, y en general toda la cultura.

De 300 a 650 d.c., o sea en el cuarto periodo de desarrollo que podemos llamar Teotihuacán Medio, ocurre el apogeo del centro ceremonial, cúbrese estructuras del periodo anterior y se completa

la traza urbana de la Calle de los Muertos con basamentos para templos y habitaciones sacerdotales; prolongándose la calzada hasta más allá de la Ciudadela, construyéndose este conjunto y tapándose el Templo de la Serpiente Emplumada, levantándose el Mercado frente a la Ciudadela y construyéndose numerosos barrios con manzanas de múltiples cuartos. También ocurre el auge de la pintura mural en el interior de palacios y habitaciones de la clase dirigente, con representaciones de carácter teocrático o religioso, como se observa en Atetelco, Yahualala, Tetitla, Tepantitla, La Ventilla, Xolalpan y otros barrios del centro ceremonial; lo mismo que la cerámica pintada al fresco o decorada por la técnica del *champlevé*, las figurillas moldeadas tipo retrato, máscaras funerarias y otros aspectos.

Por último, entre 650 y 800 d.c. principalmente, ocurre la decadencia y abandono del lugar, en un periodo que podemos llamar Teotihuacán Último o Tardío; durante él se construyen pequeños cuartos o habitaciones de adobe en el interior de los grandes edificios de la época anterior, se adosan cuartos a los basamentos alineados a lo largo de la Calle de los Muertos, se hacen pobres construcciones en la parte posterior del Templo de Quetzalcóatl, se saquean y desmantelan edificios de piedra, se saquean los enterramientos, y en general la cultura cambia, notándose un retroceso en el modo de vida y en los conceptos fundamentales de la vieja civilización.

La decadencia del centro, que ha de haberse iniciado por los finales del periodo anterior, y la llegada de nuevos grupos que provenían de la región del Bajío guanajuatense y tal vez de Morelos, marcan la existencia del periodo final de Teotihuacán; puede decirse que los recién llegados conviven con el remanente de población teotihuacana, alterando su patrón cultural. Así, la religión agrícola fundamental se cambia por una religión más guerrera relacionada con el fuego y el Sol; se celebra el Quinto Sol; se desarrolla la cerámica Coyotlatelco; y las nuevas gentes ya aculturadas se convierten en los toltecas o artífices, quienes abandonan el centro para ir a Tula y luego a Tula, en donde fundan la capital de su imperio.

En resumen, el desarrollo y fin de Teotihuacán ocurrió a través de cinco periodos principales: en el periodo Pre-Teotihuacán (400 a 200 a.c.) algunos grupos del Preclásico Superior se asientan por los alrededores del valle; en el periodo Proto-Teotihuacán (200 a.c. a 100 d.c.) los grupos se concentran en el valle, y se construyen las pirámides; en el periodo Teotihuacán Temprano (100 a 300 d.c.) se inicia el desarrollo del centro ceremonial; en el periodo Teotihuacán Medio (300 a 650 d.c.) ocurre el auge de la ciudad, y en el periodo Teotihuacán Tardío (650 a 800 d.c.) viene la decadencia y abandono de dicho centro.

LA CULTURA

El Valle de Teotihuacán es prácticamente una continuación de la Cuenca de México, que se prolonga a su vez hasta el Valle de Otumba, después de cruzar un ligero levantamiento que queda entre el Cerro Gordo y el Cerro de Cuauhtlatzingo; teniendo una longitud de este a oeste, de unos 15 kilómetros, y de norte a sur, de cerca de 7 kilómetros.¹⁴

Circunscrito por dos arcos montañosos, el valle está limitado hacia el norte por una cordillera que empieza en el Cerro Gordo, y que cuenta con otros cerros menores como el Tezompa, el Tepetzáyotl, el Malinalco, etcétera; en tanto que hacia el sur hay otra cordillera que comienza en el Cerro de Cuauhtlatzingo y que comprende también el Patlachique, el Xoconoxtepec, el Oztotícpac, el Tezoyuca y otros más. Por los flancos de estas cordilleras se producen numerosos escurrimientos de agua, que regaban tal vez en mayor cantidad el Valle de Teotihuacán en tiempos prehispánicos; quedando todavía el Río de San Juan, que nace en Otumba y va recogiendo las aguas del Cerro Gordo, y el Río o Arroyo de San Martín, que juntaba las aguas del Cerro de Malinalco y del Tepetzáyotl.

Desde el punto de vista geológico, el valle está formado por rocas ígneas de origen volcánico, como basaltos y andesitas; hay también formaciones sedimentarias, entre ellas tobas y arenas, producto de la erosión y acarreo de las primeras. Y desde el punto de vista de los recursos naturales, el Valle de Teotihuacán tenía maderas, piedra, arcilla, pizarra, tezontle, especies animales, bosques, tules, nopales, etcétera; lo cual permitió el asentamiento de los grupos desde los fines del Preclásico Superior.

Al ocuparse el lugar, por 400 a.c., el gran lago de la Cuenca de México llegaba hasta muy cerca del valle teotihuacano, y de las cordilleras bajaban corrientes de agua que regaban las tierras y desaguaban en el Río de San Juan; de tal modo que la población original contó con el líquido vital para la subsistencia, y las tierras aseguraban el cultivo de las plantas fundamentales.

Como las cordilleras estaban cubiertas de espesos bosques de coníferas, y las lluvias eran más abundantes que ahora, el valle tenía un perfecto equilibrio entre la flora y la fauna; lo cual, aunado a la variedad de materias primas no explotadas, permitió el desarrollo de las poblaciones independientes que luego se fueron concentrando para integrar la cultura teotihuacana. Ejemplo de ello son las representaciones de animales y plantas observables en la cerámica, pinturas y otras obras dejadas por los teotihuacanos, entre las cuales

¹⁴ Gamio, 1922.

podrían citarse el guajolote silvestre, el gavilán, el venado, la aguililla real, la liebre, el coyote, el tejón, la lechuza, la mariposa; libélulas, árboles frutales, maíz, maguey, cacao, frijol, flores, etcétera; que dan una idea del ambiente ecológico en que se desarrolló el grupo.

La subsistencia de los teotihuacanos se basó principalmente en la agricultura, la cual se practicaba por el sistema de milpa, rozando las tierras de las suaves laderas de las sierras y aprovechando también los terrenos bajos del valle; habiéndose contado con el bastón plantador, hachas de piedra y tal vez azadas de madera para las faenas agrícolas. También han de haber sembrado en lugares terracados, y en los últimos tiempos pudo haber canales de riego y chinampas.

En el curso del tiempo llegaron a cultivar un gran número de plantas fundamentales para la alimentación, entre ellas el maíz, la calabaza, el frijol, el chile, el jitomate, etcétera; a la vez que por comercio se traía cacao de la costa, y posiblemente yuca. Además, los restos óseos de venado, conejo, guajolote, águila real, coyote, aves, tortuga y peces, lo mismo que las representaciones de jaguares, palomas, monos, etcétera, indican que practicaron la caza y la pesca como complemento de la dieta alimenticia; en tanto que por la recolección obtenían tunas, nopales, raíces, tubérculos, frutas silvestres, tule, biznagas, pencas de maguey, leña, etcétera, para usos comestibles y utilitarios.

La costumbre de incinerar los cadáveres, ha sido en buena parte la responsable de que no contemos con material óseo suficiente para la reconstrucción del tipo físico de los teotihuacanos; aunque se han encontrado algunos esqueletos con el cráneo deformado frontooccipitalmente y con tendencia a la braquicefalia, es decir, correspondientes a individuos de cráneos cortos. Por el contrario, en las figurillas y otras representaciones artísticas se ven tipos con características costeñas, como la estatura baja, cabeza deformada y una hendidura frontal que parece representar la mollera o fontanela bregmática de los recién nacidos, junto a tipos más esbeltos, con ojos oblicuos, y otras características más mongoloides.

Lo anterior indica que en Teotihuacán hubo cuando menos dos grupos raciales, uno de ascendencia costeña y otro propio de la Cuenca de México o del Altiplano Central; los cuales acostumbraban deformarse el cráneo, mutilarse los dientes, perforarse el lóbulo de las orejas y el tabique nasal; a la vez que se rapaban total o parcialmente la cabeza, todo ello con el fin de distinguirse de otros grupos, o simplemente como embellecimiento.

El conocimiento de la indumentaria y el adorno se basa principalmente en las evidencias arqueológicas obtenidas en varias exploraciones, entre ellas algunos fragmentos de textiles, malacates de barro, agujas y punzones de hueso, machacadores de corteza y fibras

vegetales, pinturas, cerámica, esculturas y figurillas; puede decirse que por lo general los hombres usaban bragueros o taparrabos, mantas y capas, camisas y sandalias con tiras de piel; en tanto que las mujeres llevaban faldillas o enaguas, fajas o ceñidores, huipiles, quechquémitl y cactlis o huaraches. Algunas gentes andaban desnudas, otras se pintaban la cara y el cuerpo, y también se practicó el tatuaje o escarificación sobre la cara.

La indumentaria de la clase superior era más suntuosa y de mejor calidad, ya que las telas lucían diseños policromos, a veces con aplicaciones de jade, concha y caracoles marinos; entre los hombres había la costumbre de raparse la cabeza, la cual era adornada con tocados de pluma de quetzal, con cascos o yelmos en forma de cabezas de jaguar, coyote, lechuza, águila y otros animales, así como especies de gorros cónicos.

Las mujeres se arreglaban el cabello en forma de trenzas, adornadas con listones entrelazados, y tal vez de colores, o se dejaban mechones de pelo que sobresalían de los tocados, generalmente en forma de bandas o turbantes, muchas veces escalonadas. Los ornamentos más usuales fueron orejeras, pectorales, collares, brazaletes, ajorcas, narigueras y pendientes, hechos de piedras verdes, concha, hueso, barro y turquesa; se usaron también espejos de hematita en forma de mosaico, máscaras y disfraces de animales como el jaguar, el coyote y el águila real, llevados por los sacerdotes y tal vez por danzantes.

Los teotihuacanos aprovecharon una gran variedad de materias primas, entre ellas, piedra basáltica y andesítica, serpentina, pizarra, alabastro, obsidiana, mica, pirita, hueso, madera, barro, concha, fibras vegetales, pinturas vegetales y minerales, cuarzo, etcétera, con las cuales hicieron las herramientas y artefactos necesarios para la producción de un gran número de objetos que acusan varias artesanías.

En el renglón de las herramientas pueden citarse cinceles, hachas, plomadas, pulidores de pisos y paredes, machacadores de corteza vegetal, taladros, espátulas, raederas, navajas, cuchillos, puntas de proyectil, metates, morteros, punzones, agujas, malacates, pinceles, sellos, alisadores de cerámica, lanzadardos, etcétera, los cuales determinan a su vez varias artesanías y ocupaciones, como la alfarería, el tejido y la cestería, la escultura, la pintura, la lapidaria, la albañilería, la carpintería, la caza, la cantería, etcétera.

Los tejedores aprovecharon el algodón silvestre, el maguey, la yuca, la corteza del amate, el tule y tal vez el zacate, para hacer hilo y confeccionar telas con ayuda del malacate y de telares colgados de los árboles, lo mismo que para la hechura de papel, cestas, petates, cuerdas y cordeles; listones, cortinas para las puertas, etcétera; había

cestería en espiral y trenzada, colorantes, y diseños geométricos y naturalistas.

Los alfareros desarrollaron la cerámica y figurillas, con la ayuda de moldes que permitieron el trabajo en serie para las demandas del culto y los intercambios comerciales; produjéronse sellos, malacates, braseros, candeleros, máscaras, sonajas, silbatos, almenas para los remates de los edificios, vasijas domésticas y funeraria, sahumerios, etcétera. Por su parte, los lapidarios y talladores de objetos suntuarios, hicieron vasos de tecali, pectorales, placas, orejeras, espejos, cuentas para collares, figuras, hachuelas de pizarra, figurillas recortadas en obsidiana, máscaras y varios objetos más.

Los escultores tallaron figuras de deidades, cabezas de serpiente, lápidas con relieves, almenas, estelas-marcadoras para el juego de pelota con varias piezas ensambladas, pilastras con bajorrelieves, etcétera; mientras que los talladores del hueso, concha y madera hacían punzones, agujas, instrumentos musicales, lanzadardos, cerbatanas, ornamentos y otros objetos más. Los albañiles y canteros se dedicaban a la extracción y corte de la piedra, utilizando cuñas de madera, cinceles y mazos de piedra, lo mismo que a la construcción; en tanto que los pintores pusieron su arte al servicio de la religión y la arquitectura.

La sociedad teotihuacana estuvo gobernada por una casta sacerdotal, integrada posiblemente por nobles y jefes de elevada alcurnia, los cuales no solamente tenían funciones religiosas, sino también políticas, administrativas y comerciales; a la vez que poseían y enseñaban los conocimientos de la época. Por abajo de esta casta superior estaban los artesanos, dedicados a la alfarería, construcción, tallado de la piedra, pintura, escultura, cestería, tejido, etcétera, y en un mismo plano quedaban los mercaderes, bailarines, músicos, jugadores de pelota, etcétera; todos ellos contribuyendo directamente al bienestar y funcionamiento del gran centro ceremonial.

En un estamento inferior quedaban los campesinos, sirvientes de los nobles y sacerdotes, cargadores, pescadores, cazadores e individuos dedicados a otros menesteres más sencillos; de tal modo que la estructura social era compleja y estratificada, de tipo teocrático monopolista. En Teotihuacán no hay evidencias de guerras de conquista, aunque en tiempos de su apogeo logró extenderse e influir sobre otros grupos; parece que el comercio, la difusión de las ideas, el éxodo de artesanos, la atracción que ejercía el centro ceremonial y algunos otros factores, contribuyeron a que en su tiempo Teotihuacán fuera como el centro de un gran Estado, que unía a muchas poblaciones vecinas por los lazos religiosos, principalmente.

Así, durante el apogeo de Teotihuacán, se multiplican las pequeñas poblaciones rurales-semiurbanas que ayudan al sostenimiento de la gran metrópoli; se divulgan las ideas religiosas y arquitectónicas;

se intensifica el comercio con todas las otras regiones de México; se colonizan nuevos lugares con grupos salidos del centro, y el patrón cultural teotihuacano se difunde en todas direcciones; se producen la cerámica anaranjada delgada, los vasos con tapa decorados al champlév y al fresco, figurillas moldeadas, candeleros, etcétera, que se encuentran en Monte Albán, Tikal, Kaminaljuyú, Uaxactún, El Cóporo, Colima, Cholula, Cerro de las Mesas, etcétera, o sea, en sitios de Oaxaca, Guatemala, Chiapas, Veracruz, Puebla, Guanajuato, Guerrero y Colima.

En cambio, hacia Teotihuacán venían los yugos labrados o lisos del centro de Veracruz; conchas y caracoles marinos de la costa del Golfo y de la del Pacífico; plumas de quetzal de las tierras altas de Chiapas y Guatemala; serpentina, jade, algodón, cacao, hule, alabastro y muchas otras materias primas y objetos manufacturados de Morelos, Guerrero y otras regiones; puede decirse que estas relaciones comerciales se hacían principalmente a pie, por medio de mercaderes intermediarios, especializados y controlados por la casta gobernante. En Teotihuacán estos comerciantes se agrupaban en barrios, y había un gran mercado al frente de la Ciudadela, donde se celebraba el día de tianguis, y al cual concurrían las gentes de las poblaciones vecinas.

En Teotihuacán, Tláloc fue la deidad principal, ya que en la cerámica, pintura, escultura y otras artes, aparece representado repetidamente; habiendo sido dios de la lluvia, del líquido precioso que fecundaba la tierra, y el que daba el alimento y la vida. Por lo general está representado con el rostro bajo una máscara, con anteojeras, colmillos salientes y bigotera; tenía su morada o residencia en el Tlalocan o paraíso de Tláloc, en donde era ayudado por los tlaques o nubes que arrojaban sobre la tierra las gotas de agua tan preciosas como el jade. Por eso en Teotihuacán el agua se representaba como un chalchihuite precioso, en forma de círculo a veces pintado de azul turquesa o verde.

En uno de los murales de Tepantitla, correspondiente a la decoración de un antiguo palacio, está representado el Tlalocan o morada del dios de la lluvia; obsérvase en primer término una montaña, a cuyo pie se forma una laguna, y de ella salen en direcciones opuestas dos grandes ríos en los que nadan peces. Las aguas de estos ríos están representadas por fajas de tres colores decoradas con ojos, y los ríos van serpenteando por entre campos de labor, en los que se ven árboles de zapote, cacao, maíz, maguey y arbustos con flores.¹⁵

Figurillas pintadas en rosa, amarillo y azul se bañan en el lago y retozan en el agua; a la orilla del río otros hombres descansan

¹⁵ Caso, 1942.

debajo de los árboles, cortan flores, o comen cañas de maíz; en tanto que otros juegan con las manos agarradas y pasadas por entre las piernas, y algunos más se dedican al juego de la pelota, en varias formas, y a cazar mariposas y libélulas. Según Caso, estas personas son los muertos que han llegado a la mansión de Tláloc, al lugar ideal de descanso, y están representadas por figurillas tipo “retrato”, sólo que pintadas.

En el mismo fresco del Tlalocan aparece el dios con el rostro cubierto por una máscara, ojos en forma de rombos y con una placa sobre el labio, del cual salen cinco colmillos y la lengua bífida de serpiente, descorada con estrellas de mar; a la vez que sobre la cabeza lleva un penacho o tocado compuesto de un quetzal o lechuza, con las alas desplegadas y la cola enhiesta; y sus manos se abren pródigas, donando el agua que fructificará la semilla en la tierra. También hay representaciones de los tlaloque o ayudantes de Tláloc, quienes arrojan a la tierra la lluvia y semillas de todas las plantas útiles de ese tiempo.

Otras deidades del panteón teotihuacano fueron Huehuetéotl, el dios viejo o del fuego, al que regularmente se representaba como un anciano jorobado y con un brasero sobre la cabeza; Chalchiuhtlicue o diosa de las aguas terrestres, representada por su enagua de chalchihuites, quechquémitl, orejeras y sandalias; Xipe o dios de los mantenimientos y cosechas, relacionado con la primavera o renovación de la vegetación, por lo cual se le vestía con la piel de un sacrificado; y también hay el antecedente de un dios Descendente, con garras en las manos; un dios Gordo de fuerte ascendencia costeña; representación de Xólotl o hermano gemelo de Quetzalcóatl; y se inicia el culto a este dios, el cual es adoptado después por los toltecas.

En el interior del templo conocido como La Agricultura, se ha encontrado un fresco que muestra los preparativos de una gran festividad religiosa, con los templos adornados y las gentes preparando las ofrendas de aves, semillas, frutas, panes, plumas, etcétera; puede decirse que estas fiestas se celebraban en las grandes plazas del centro ceremonial, en las que había altares y templos sobre basamentos escalonados.

A su vez, la presencia de sonajas, silbatos, flautas, huesos con muescas, caracoles marinos, etcétera, nos indica que esas festividades se acompañaban con música, danzas y juegos; hay en las pinturas representaciones de bailarines y sacerdotes disfrazados de jaguares, águilas y coyotes; lo mismo que jugadores de pelota, y representaciones del juego llamado patolli. El juego de la pelota se ha de haber celebrado a lo largo de la Calle de los Muertos, aprovechando los basamentos escalonados como gradas para los espectadores, y limitando el espacio o cancha del juego por medio de estelas-marca-

- doras de piedra, talladas en varias piezas, como el ejemplar encontrado en La Ventilla; y habían varias modalidades en ese deporte, pues en el Tlalocan se ve a individuos que llevan mazos de madera para pegar a la pelota, como especie de *jockey*; pelotas colocadas sobre bases de madera y otras variantes. En el patolli hay también algunas variantes en los diseños, pero fundamentalmente son cuadretes como en la oca, y los jugadores llevaban la cuenta por medio de rayas.

Lo anterior nos muestra que esas festividades tenían un gran colorido y solemnidad, a las cuales concurrían millares de gentes en fechas determinadas por el calendario religioso; y las fuentes históricas mencionan que allí se celebró el Quinto Sol, cuando la tierra se detuvo y todo fue oscuridad; tocando a Nanahuatzin arrojarse a la hoguera divina, para salir convertido en el nuevo Sol que hoy nos alumbra.

En estrecha relación con la religión estaba el culto a los muertos, basado en el concepto de que las gentes tendrían después de muertos una nueva vida; siguióse la costumbre de enterrar los cadáveres por debajo del piso de las habitaciones, y a veces sobre lechos de conchas fragmentadas, sobre capas de mica y aun sobre tarimas de troncos o madera; siendo común la práctica de incinerar los cadáveres, envueltos en telas o petates y amarrados con cordeles, o sea que prácticamente se quemaba un bulto atado o bulto del muerto. En todos los casos se ponían alimentos, cerámica y objetos personales en calidad de ofrendas, las cuales, en los casos de incineración también se quemaban.

Y el cronista Sahagún nos dice que el lugar “se llamó Teotihuacán, el pueblo de téotl, que se dice, porque los señores que allí se enterraban, después de muertos los canonizaban por dioses, y que no morían sino que despertaban de un sueño en que habían vivido . . . y unos se volvían en sol, y otros en luna, y otros en otros planetas”; o sea que Teotihuacán era el lugar de los dioses, en donde se creaban y residían, y por ello pudieron reunirse en ese lugar para la celebración del Quinto Sol, del cual se hablará más adelante.

Como decíamos al principio, el centro ceremonial de Teotihuacán tuvo varias épocas constructivas, es decir, pasó por una larga evolución hasta alcanzar la grandiosidad que hoy observamos; puede decirse en forma general que durante su apogeo hubo basamentos para templos, palacios y habitaciones para los sacerdotes y principales, manzanas de cuartos con patios interiores y una sola entrada, plazas, altares, patios hundidos, barrios de artesanos, mercado, red de drenaje, etcétera; lo mismo que sencillas chozas de materiales precederos, de tipo rural, donde vivía el pueblo.



El eje central del centro urbano era la Calle de los Muertos, a cuyo largo se alinearon los basamentos escalonados para templos y los principales palacios y residencias; y había grandes plazas como la de la Luna y del Sol, conjuntos aledaños resueltos por la repetición de la traza principal pero en menor escala, y con los edificios orientados a los puntos cardinales, con una ligera desviación respecto al norte magnético.

La mayoría de las construcciones se componen de cuerpos formados por un talud y un tablero, más bajo el primero que el segundo, y con muros de lodo revestidos de piedra y cubiertos con una capa de estuco, a menudo pintado; hay pilares o columnas de piedra, ensamblados por el sistema de caja y espiga, a veces con motivos labrados en bajo relieve, estucados o pintados directamente. En algunos muros se utilizaron apoyos de vigas o troncos de madera, empujados en el núcleo para darles solidez.

Los templos y habitaciones tienen generalmente un vestíbulo y un cuarto interior, se distribuyen al frente de patios hundidos, con techos de morillos sostenidos por pilastras y con un entarimado de varas que soportan un relleno de tezontle y el aplanado del techo propiamente dicho; en tanto que los pisos son de cal y tezontle molido, alisados y pintados de rojo.

La escultura jugó un papel importante en la ornamentación de los edificios, y tuvo más bien un carácter simbólico; y así, en el templo de la Serpiente Emplumada, los bloques de piedra perfectamente ensamblados forman un mosaico profundamente religioso, ya que en los taludes de los cuerpos hay serpientes con plumas, ondulando en un medio acuático simbolizado por las conchas y caracoles marinos, representando al agua terrestre; mientras que en los tableros la serpiente proyecta su cabeza rodeada de plumas, y de su cuerpo salen grandes mascarones de Tláloc, como símbolo del agua celeste o lluvia.

Las esculturas de Huehuetéotl o dios del fuego están concebidas como masas de piedra rectangulares, en las que el brasero, el torso y las piernas cruzadas dan idea de rectángulos menores sobrepuestos; en tanto que la Chalchiuhtlicue, diosa del agua, es la realización máxima del ideal estético de los escultores teotihuacanos, de la abstracción geométrica, ya que ese monolito está concebido como un gran rectángulo vertical, subdividido en otros tantos horizontales, ocupados por el tocado, rostro y orejeras, brazos, falda, piernas y una base en que descansa.¹⁶

En realidad esta misma geométricidad se advierte en las estelas marcadoras de los juegos de pelota, en las almenas que coronaban el

¹⁶ Flores Guerrero, 1962.

techo de los edificios, en las pilastras decoradas con bajo relieves, en las cabezas de serpiente y en las máscaras funerarias; obsérvase cierta minuciosidad en la ornamentación, que tendía a embellecer las esculturas, pero con el carácter simbólico dictado por la religión.

Al igual que la escultura, el dibujo y la pintura estuvieron al servicio de la arquitectura y la religión, es decir, que hubo una colaboración estrecha entre esas artes; habiendo alcanzado la pintura su máxima expresión en la decoración de templos y habitaciones sacerdotales, como se observa en los frescos de Atetelco, Tepantitla, Zacuala, Tetitla, La Agricultura, etcétera, lo mismo que en la cerámica.

Las pinturas murales de los teotihuacanos poseen una gran sensibilidad en el dibujo decorativo, combinando la experiencia real con la interpretación de los valores y el simbolismo; obsérvanse representaciones de dioses, sacerdotes, animales, plantas, serpientes emplumadas, ojos de Tláloc, símbolos de Venus, volutas de la palabra y el canto, jeroglíficos, caracoles, estrellas de mar, flores petaloides, montañas, ríos, etcétera, relacionados con temas religiosos de esos tiempos.

Estas pinturas se hacían sobre el aplanado húmedo de los cuartos, generalmente por tareas, y los colores se aplicaban diluidos en agua, delineándose los motivos con tonos más oscuros. También pintaban sobre superficies secas, añadiendo a los colores algún pegamento, y en este caso los diseños se contorneaban de negro. Carecieron del concepto de la perspectiva, pero las figuras colocadas a distintas alturas dan idea de profundidad; y se utilizaron pinceles, paletas y colores minerales y vegetales, entre ellos rojo, azul, verde amarillo, negro y blanco.

La alfarería y manufactura de figurillas fue otra de las artesanías más desarrolladas, y ha servido para trazar la evolución de la cultura teotihuacana; puede decirse, de acuerdo con las cinco etapas enunciadas anteriormente, que en un principio la cerámica era semejante a la del Preclásico Superior. En esta etapa hay cerámica negra pulida, café pulida, blanco sobre rojo, rojo sobre café amarillento, decoración negativa en varias tonalidades y figurillas casi planas, con exagerado prognatismo, similares al tipo E de la Cuenca de México.

La segunda etapa se caracteriza más bien por cierto cambio en las formas, las cuales comienzan a mostrar lo que será la típica cerámica teotihuacana; y en la tercera etapa aparece plenamente formada la cerámica negra, café o chocolate bruñida con palillos, el tipo rojo sobre café y el inicio de la anaranjada delgada. Las formas principales son cuencos y platos de base plana, trípodes y con soportes de botón; floreros, tazas con base anular, ollas con efigie de Tláloc, vasos de base plana y ollas con soportes de botón; en tanto que las figurillas

son más delicadas, con caras triangulares y tocados de bandas, antecedentes del llamado “tipo retrato”.

En la cuarta etapa, correspondiente al apogeo de Teotihuacán, aparecen la alfarería y las figurillas moldeadas, con gran variedad de formas y tipos; hay cerámica naranja delgada en forma de tazas con base anular, cuencos sencillos, vasijas zoomorfas y antropomorfas, vasos con tapas, etcétera, algunas de ellas con decoración incisa, punzonada, raspada o champlévé, en relieve, sellada o pintadas al fresco.

También hay cerámica rojo sobre café o crema, en forma de platos trípodes con decoración raspada o incisa; cerámica roja pulida; café brillante en forma de ollas fitomorfas, a veces con vertederas sencillas o dobles; lo mismo que vasijas decoradas al fresco o en estuco seco, comúnmente en forma de vasos con tapas y con soportes de varias clases. Las figurillas son del “tipo retrato”, a veces grandes y con los miembros móviles como “úteres”; comienzan las figurillas con grandes tocados, representando deidades, que alcanzan su desarrollo por los finales de Teotihuacán. La última etapa marca la decadencia del centro, y en ella hay cerámica y figurillas derivadas del periodo anterior, junto con una transformación de ciertos tipos.

Y en relación con los conocimientos de la época teotihuacana, ya hemos visto cómo hay un marcado simbolismo en la pintura, la cerámica y la escultura; de modo que las representaciones de volutas del canto y la palabra, flores petaloideas, conchas, huellas de pies, serpientes, cabezas de mono, jaguar, templos, ojos de Tláloc, lechuzas, bandas entrelazadas, chalchihuites, etcétera, indican no sólo un principio de escritura pictográfica, sino también un lenguaje simbólico.

A lo anterior pueden agregarse el símbolo del año, formado por un rectángulo y un triángulo entrelazados; numerales de puntos y barras; glifos de origen maya; jeroglíficos característicos como el “ojo de ave”, “7 ojo de reptil”, “turquesa”, etcétera, que implican el conocimiento del calendario, la numeración y la escritura;¹⁷ lo mismo que la orientación de los edificios, representación de plantas, arquitectura, escultura, representación de extracciones de dientes, etcétera, que implican otros tantos conocimientos.

Por ello puede decirse que los teotihuacanos conocieron el calendario, la numeración y la escritura jeroglífica; realizaron observaciones astronómicas; desarrollaron el aspecto de la astrología; tuvieron claros conceptos de la planeación, urbanización e ingeniería; conocieron las propiedades de varias plantas que aplicaron a la medicina herbolaria; y florecieron en las artes y artesanías, creando un estilo que otros pueblos adoptaron y heredaron.

¹⁷ Caso, 1940.

EL NACIMIENTO DE LA TOLTEQUIDAD

El último periodo de Teotihuacán, o de su decadencia, es una etapa de suma importancia, porque durante él ocurren algunos acontecimientos que se consignan en las fuentes históricas y que tienen que ver con la cultura tolteca; esta cultura fue el tema de una Mesa Redonda celebrada por la Sociedad Mexicana de Antropología, en la que se concluyó que la Tula de las fuentes históricas fue la del Estado de Hidalgo. Sin embargo, algunos investigadores consideran a Teotihuacán como la “Tollan” de las fuentes, señalando algunas razones de peso; de tal modo que no está por demás revisar dicho problema, ya que ambas soluciones son factibles al mismo tiempo.

Por esta época Teotihuacán declina en todos sus aspectos culturales, deja de ser el gran centro que había influido sobre casi todo el territorio mexicano, cesa el espíritu creador de los teotihuacanos, como si sobre la gran ciudad hubiera caído una gran desgracia; y en su lugar se observan huellas de incendios, pobres construcciones de lodo y adobes, profanación de tumbas, desmantelamiento de escalinatas y fachadas de piedra cortada, pisos de lodo, cerámica de menor calidad, y otras evidencias que indican un cambio en la forma de vida de ese gran centro, lo mismo que en la organización social y la religión.

Aunque las fuentes históricas no aclaran específicamente lo que sucedió entre 650 y 900 d.c., en la Cuenca de México, ni lo que en especial aconteció en Teotihuacán durante ese periodo, sí contribuyen al planteamiento de hipótesis que la arqueología puede verificar, como la que se presenta a continuación.

En los Anales de Cuauhtitlán se dice que “en el año 1 Tochtli (726) tuvieron principio los toltecas; en 13 Ácatl (751) nació el Quinto Sol en Teotihuacán; en 1 Técpatl (752) subió al trono Mixcoamazatzin, quien inauguró el señorío tolteca; en 1 Calli (817) muere Mixcoamazatzin y sube Huetzin en Tollan; en 6 Ácatl (834) se entroniza Ihuitímal en Tollan; en 1 Ácatl (843) nace Topiltzin Quetzalcóatl; y en 2 Tochtli (870) llega Quetzalcóatl a Tulancingo, donde permanece cuatro años, y en 5 Calli (873) fueron los toltecas a traer a Quetzalcóatl para hacerlo rey de Tollan”.

Si las fechas y los acontecimientos que narran los Anales de Cuauhtitlán son correctos, lo anterior plantea un problema de interpretación, pues, ¿en qué Tollan reinaron Mixcoamazatzin, Huetzin e Ihuitímal, en dónde nació Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl, ya que luego este personaje fue a Tulancingo y de allí pasó a Tula, Hidalgo, todo ello en un periodo que va de 752 a 873 d.c.?

La respuesta, desde luego, es que esto no ocurrió en Tula, Hidalgo, y si en 726 d.c., tuvieron principio los toltecas, y en 751 d.c., ocurrió el Quinto Sol en Teotihuacán, la fuente parece dar más importancia a este lugar, como veremos a continuación. Los Anales dicen que los dioses se reunieron en Teotihuacán, con objeto de ver quién alumbraría al mundo, pues el Cuarto Sol había dejado de existir, y todo era oscuridad; y se ofrecieron Tecuciztécatl y Nanahuatzin, un dios noble y rico, el otro pobre y enfermo. Tecuciztécatl se acobarda al momento de arrojarse a la hoguera, en tanto que Nanahuatzin lo hace, y sale convertido en sol; y "... el nombre de este sol es Nahui Ollin (4 Movimiento), es el que hoy vivimos ... porque cayó en el fuego el Sol, en el horno divino de Teotihuacán ... (y) fue el mismo sol de Topiltzin de Tollan, de Quetzalcóatl. Antes de ser este sol, fue su nombre Nanáhuatl que era de Tamoanchan".

Como entre los mexicas cada sol significaba una etapa histórica, es indudable que el Quinto Sol marca el nacimiento de los toltecas; y como éste ocurre en Teotihuacán, es el mismo sol de Quetzalcóatl de Tollan, y en ello intervino Nanáhuatl de Tamoanchan, es lógico pensar que Teotihuacán estaba ocupada cuando suceden estos acontecimientos.

Sahagún refiere que las gentes de Tamoanchan (que puede ser Xochicalco, Morelos) pasaron a Xomiltépec (Jumiltepec, Morelos), "... donde estando los que eran señores y ancianos y sacerdotes de ídolos, se hablaron unos a otros, diciendo, que su dios les había dicho que ... habían de ir más adelante para descubrir más tierras ... y fuéronse poco a poco hasta que llegaron al pueblo de Teotihuacán, donde se eligieron los que habían de regir y gobernar a los demás".

"Y hecha elección de los señores luego se partieron todos de allí, yendo cada señor con la gente que era de su lenguaje, y guiando a cada cuadrilla su dios. Iban siempre delante los toltecas, y luego los otomíes, los cuales llegando a Coatépec no fueron más adelante con los demás ... y las demás gentes, como los toltecas y mexicanos o nahuas ... prosiguieron su camino por los llanos o páramos para descubrir tierras ..."

Los dos párrafos anteriores indican que Tamoanchan (lugar del pájaro-serpiente) pudo haber sido Xochicalco, máxime que un Jumiltepec queda intermedio entre este lugar y Teotihuacán; que de allí salió un grupo de gente más bien de habla nahua, que llegó a Teotihuacán y que ligaría a Nanáhuatl que era de Tamoanchan; que allí se eligieron los señores que debían gobernarlos; y que un poco más tarde, tal vez después de la creación del Quinto Sol, estos grupos abandonaron el gran centro ceremonial y ya salieron algunos convertidos en toltecas (nahuas-teotihuacanzados, o teotihuacanos-nahua-

tizados), junto con el remanente de los nahuas llegados, entre ellos los otomíes.

Lo anterior explicaría también el origen de la palabra tolteca, que sin duda alguna nació en Teotihuacán, pues Sahagún nos dice que “estos toltecas todos se nombraban chichimecas, y no tenían otro nombre particular, sino el que tomaron de la curiosidad y primor de las obras que hacían, que se llamaban toltecas, que es tanto como si dijésemos oficiales pulidos y curiosos...”

Y “en lo que toca a la antigüedad de esta gente, tiénese por averiguado que ha más de dos mil años que habitan en esta tierra que ahora se llama la Nueva España; porque por sus pinturas antiguas hay noticia que aquella famosa ciudad que se llamó Tula, ha ya mil años o muy cerca de ellos que fue destruida... y en lo que duró en su prosperidad antes que fuese destruida, es consono a verdad que pasaron más de mil años, de lo cual resulta que por lo menos quinientos años antes de la encarnación de Nuestro Redentor, esta tierra era poblada”.

De lo anterior se desprende que aquellos grupos que pasaron por Teotihuacán eran chichimecas, que el nombre de tolteca lo tomaron de las obras artesanales que hacían, que estos toltecas habitaban la Nueva España (México) desde unos 500 A.D., y que hubo una Tula que fue destruida hacia 500 D.C., o un poco después, pero que había tenido una gran prosperidad; todo lo cual nos lleva a considerar que esta Tula no pudo haber sido otra que Teotihuacán, que según la arqueología se inicia por 500 A.C., y termina su auge por 650 D.C., y que los toltecas o artífices que se consideraban como unos de los primeros pobladores, se relacionan también con ese gran centro ceremonial.

En apoyo de lo anterior podemos citar un documento de la Colección Boturini, en el cual se dice que “... en el pueblo que se nombra el Gran Teotihuacán y antiguamente se nombró Tolteca que le pusieron y nombraron Esperanza en los Dioses, porque allí idolatraban y convocaban a los dioses los toltecas...”;¹⁸ a la vez que en el Mapa Quinatzin hay un jeroglífico para Teotihuacán, en forma de un grupo de tules sobre un edificio, o sea una ciudad de pirámides que se llama Tula,¹⁹ todo lo cual coincide con la designación de Teotihuacán como una Tollan o metrópoli.

Y la hipótesis sobre todo lo apuntado ya, es que a Teotihuacán llegaron por los finales de su periodo de auge algunas gentes de más bajo nivel cultural, las cuales conquistaron el lugar y convivieron con el remanente de la población teotihuacana, principalmente entre 650

¹⁸ Guzmán, 1938.

¹⁹ Palacios, 1941.

y 850 d.c.; debiéndose a ellos la creación del Quinto Sol y cambios en la organización política y social, hasta que aculturados salen como toltecas (artífices), y posteriormente desarrollan la cultura de Tula, Hidalgo.

En otras palabras, durante el último periodo de Teotihuacán algunas gentes conquistan la ciudad, desarrollan una cultura más pobre, y toman las artes y los ideales teotihuacanos como patrón y origen; o sea que el término “toltécatl”, artesano o artista, se convierte en “toltecáyotl”, toltequidad o nacionalidad.²⁰ Estas gentes conquistadoras se adjudican los méritos de los teotihuacanos, se apropian la tradición cultural, la transforman en pasado mítico y legendario, ya que habían compartido los finales de esa gran cultura; y al pasar a Tulancingo y Tula ya son los artífices por excelencia o toltecas, tal como los conocieron los mexicas.²¹

En resumen, el origen de la palabra “tolteca” nació en Teotihuacán, por su gran tradición religiosa y cultural, por el apogeo de las artes y las artesanías que influyeron sobre casi todo el territorio de México; y la convivencia de teotihuacanos y chichimecas o nahuas, durante el último periodo de ocupación de ese centro, fue lo que permitió el posterior desarrollo de Tula, Hidalgo. Pero por las fuentes históricas sabemos que Tollan era sinónimo de “ciudad poblada o metrópoli”, como lo fueron Teotihuacán y Tula; que artífices y sabios se designaban como “toltecas”, y éstos los hubo en Teotihuacán y Tula; sólo que los mexicas convirtieron el término de “tolteca” en la base de su nacionalidad u origen, y lo aplicaron a sus más inmediatos antecesores, que fueron los de Tula, Hidalgo.

Así quizás se explique la llegada de gentes de Tamoanchan a Teotihuacán, el principio de los toltecas por 726 d.c., el nacimiento del Quinto Sol por 751 d.c., el inicio de los señores toltecas entre 752 y 843 d.c., el nacimiento de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl en el mismo año, y su salida hacia Tulancingo por 870 d.c.; todo lo cual se liga a una Tula que fue destruida por esos tiempos (Tollan-Teotihuacán), de donde salieron los grupos convertidos en toltecas para descubrir nuevas tierras, tal como se relata en las fuentes históricas ya apuntadas.

Todos estos acontecimientos ocurren en Teotihuacán durante su último periodo de ocupación; es decir, entre 650 y 900 d.c., y tienen un carácter más bien legendario o mítico, porque los informantes mexicanos no recordaban bien lo que había sucedido en aquellos tempranos tiempos; habiendo venido de allí la confusión de los términos “tolteca” y “tollan”, que significaban artífices o artesanos es-

²⁰ Garibay, 1945.

²¹ Florescano, 1963.

pecializados y metrópoli o ciudad densamente poblada, los cuales fueron aplicados a varios grupos y lugares.

A partir de allí las fuentes son bien claras respecto a los toltecas de Tula, Hidalgo, pues Sahagún nos dice que “primeramente los toltecas, que en romance se pueden llamar oficiales primos... fueron los primeros pobladores de esta tierra, y los primeros que vinieron a estas partes, que llaman tierras de México... y vivieron primero muchos años en el pueblo de Tulantzinco, en testimonio de lo cual dejaron... un Cú, que llamaban en mexicano, Upalcalli...”; a la vez que de Tulancingo “fueron a poblar a la ribera de un río junto al pueblo de Xicotitlan, el cual ahora tiene el nombre de Tullan o Tula... (habiendo) señales de las muchas obras que hicieron, entre las cuales dejaron una que está allí... aunque no la acabaron, que llaman Coatlaquetzalli, que son unos pilares de la hechura de culebra, que tienen la cabeza en el suelo por pie, y la cola y los cascabeles de ella tienen arriba”.

Como decíamos anteriormente, de 650 a 900 d.c. ocurre el último periodo de Teotihuacán, con una marcada decadencia de la cultura, pero con evidencias de la ocupación de otras gentes de más bajo nivel cultural; correspondiendo a este momento la destrucción de algunos edificios, el incendio de otros, el asentamiento en los barrios alejados, el desmantelamiento de estructuras y escalinatas de piedra cortada para ser utilizadas en pobres plataformas y pavimentos, construcciones de lodo y adobe, el uso de cocinas en el exterior, adosadas a cuartos pequeños; lo mismo que la partición de patios y palacios para construir cuartos de lodo y adobe, profanación de tumbas y ofrendas, y enterramientos por debajo de los pisos de lodo, a veces con objetos del periodo de auge teotihuacano, producto de las profanaciones.

Los chichimecas conquistadores ocupan el centro ceremonial y conviven con un remanente de población teotihuacana; desarrollan un tipo de poblamiento más bien rural, con casas o cuartos de lodo y adobe situadas en las cercanías del centro, y especialmente en los antiguos barrios; reocupan antiguos palacios modificándolos en parte; hacen plataformas con adosamientos de cuartos; construyen habitaciones aprovechando como cimientos los muros de las antiguas construcciones, completando las paredes con adobes y pisos de lodo; construyen pequeños cuartos a lo largo de la Calle de los Muertos, aprovechando la altura de los primeros cuerpos de los basamentos; aprovechan esculturas de la época de auge para colocar al centro de los altares de lodo; hacen enterramientos colocándoles como ofrenda algunas urnas con profusión de adornos al pastillaje o moldeados; y siguen haciendo braseros con la efigie de Huehuetéotl, sólo que en barro sin cocer.

Durante esta época aparece la cerámica Coyotlatelco, de color rojo sobre café y derivada de la cerámica teotihuacana rojo sobre café amarillento brillante de la época de auge del gran centro; continuándose ciertas formas como tazas, cuencos sencillos, soportes de botón, decoración negativa, etcétera, asociadas a vasijas tipo floreros, platos con soportes de botón, tazas grandes de color naranja y otras modalidades.

La cerámica Coyotlatelco —encontrada por Tozzer en las exploraciones de un montículo conocido como Cerro del Coyote en las cercanías de Santiago Ahuizotla, Azcapotzalco— se caracteriza por su apariencia rojo sobre amarillo, el cual varía hasta un tono crema; habiendo cuencos con o sin soportes sólidos, bien pulidos, y con diseños en el interior o exterior, pero casi nunca en ambos lados. En los diseños interiores hay curvas ondulantes en sentido horizontal o vertical encerradas dentro de bandas decoradas; motivos en S o Z colocados zonalmente; diseños en S formando líneas continuas como cenefas; cuadrícula como tablero de ajedrez; cuadros escalonados; semicírculos y triángulos; mientras que en los diseños exteriores, sobre un fondo cremoso, regularmente, hay medios círculos, cruces, volutas sencillas, grecas continuas, ganchos en forma de S, huellas de pies humanos, pirámide escalonada, flores, motivos en forma de S rodeados de puntos (xonecuilli), espirales y algunos más.²²

En Coyoacán, D. F., se encontró dentro de una oquedad natural incluida en la lava del Pedregal, una gran cantidad de material cerámico del complejo Coyotlatelco, el cual muestra claramente la evolución de este tipo de cerámica; habiendo primero un tipo café negruzco oscuro con pulimento de palillos, en forma de cuencos de silueta compuesta con pronunciado ángulo basal y a veces con incisión exterior; un tipo café claro o cremoso con pulimento de palillos y superficie brillante, en forma de cuencos sencillos y a veces con tres soportes de botón y decoración negativa; lo mismo que un tipo rojo sobre cremoso exterior, en forma de cuencos sencillos pulidos con palillos, a veces con soportes de botón, o tazas con anillo basal de tamaño medio sin pulimento en la base, las cuales tienen motivos de líneas verticales pintadas de rojo, arrancando de una banda situada sobre el borde, combinado a veces con negativo.

A continuación viene un tipo rojo sobre café rojizo o naranja en forma de tazas sin pulimento en la base y parte del cuerpo, o en forma de cuencos sencillos con pulimento de palillos; teniendo en la decoración exterior motivos de líneas paralelas verticales, diseños en cuadrícula colocados zonalmente y en sentido vertical, motivos de ganchos o en S encerrados dentro de bandas horizontales, volutas y

²² Tozzer, 1921.

otros motivos ondulantes combinados, hechos con pincel y con gran libertad y seguridad en el trazo.

De allí se pasa a un tipo rojo sobre café rojizo en forma de platos trípodes con soportes cilíndricos rectos huecos, cuya decoración se hacía solamente en el interior, combinando líneas y bandas horizontales con ganchos en S, volutas, cuadros escalonados, cuadretes como ajedrez, semicírculos, pirámide escalonada, motivos en S contorneados de puntos, etcétera; y hay también un tipo rojo sobre café amarillento en forma de platos trípodes con el interior rojo guinda pulido, y una banda estampada o sellada sobre el cuerpo exterior; un tipo rojo sobre blanco con motivos naturalistas en el exterior; un tipo de ollas con decoración rojo sobre café amarillento o cremoso, en forma de anchas bandas o motivos en cuadrícula sobre el cuerpo; lo mismo que un tipo café cremoso en forma de comales con ángulo basal y sin pulimento en la base; un tipo anaranjada pulida en forma de cucharones con largos mangos; y un tipo de cazuelas en color café cremoso, a veces con dos asas pequeñas.

En el rancho La Ventilla, Teotihuacán, se ha visto que la cerámica Coyotlatelco aparece por debajo de los pisos de lodo de la última época, en el interior de los cuartos de adobe, en edificios teotihuacanos usados de nuevo por los últimos ocupantes del lugar, como ofrendas de entierros de esas gentes y como relleno de algunas estructuras de esa época; asociada a vasijas tipo florero con base anular, vasijas con fileteado, incisión o punzonado, incensarios calados y con mangos, braseros con tapas de asa, sahumerios o incensarios con tres protuberancias sobre el borde, a veces en forma de cabezas humanas esquematizadas, ollas con pulimento de palillo y con especie de holán almenado sobre el cuello, candeleros, copitas o jarras pequeñas con pico vertedera; lo mismo que comales, figurillas con grandes tocados hechas en molde, vasijas miniatura, urnas con profusión de adornos hechos en moldes, vasijas anaranjado delgado, grandes tazas de color naranja con desgrasante de arena gruesa, cucharones y otras modalidades.

Todo lo anterior permite decir que el complejo Coyotlatelco marca la aparición de nuevas gentes en Teotihuacán, y que se desarrolló partiendo de la tradición alfarera de ese lugar; habiendo una época temprana en que predominan las formas y técnicas decorativas teotihuacanas y otra época tardía en que se modifica, para dar lugar al estilo Mazapan y Azteca 1. Así, en lugares cercanos a Teotihuacán aparece la cerámica Coyotlatelco asociada a elementos como los observados en La Ventilla (Oztotícpac, Maquixco, El Portezuelo), que acusan un periodo temprano; mientras que en lugares más alejados la cerámica Coyotlatelco evoluciona más (Santiago Ahuizotla, Cerro Tenayo, El Risco, El Gavilán, Coyoacán, Cerro de La Estrella, Cul-

huacán) hasta dar lugar al estilo Mazapan y Azteca 1, como se advierte en muchas de las formas y decoración de esos complejos.

El estilo Mazapan es de color rojo sobre crema, en forma de platos y cuencos sencillos decorados en el interior por medio de líneas ondulantes paralelas, hechas tal vez con varios pinceles al mismo tiempo; mientras que en el complejo Azteca 1 hay una continuación de los braseros o incensarios, cerámica rojo sobre café, figurillas aplanadas hechas en molde, comales con el borde engrosado y ángulo basal, cucharones, decoración negativa, y cerámica negro sobre naranja en forma de platos trípodes o cajetes trípodes, con motivos florales o naturalísticos, círculos, puntos, ganchos en S o Z, grecas, líneas ondulantes, etcétera, que se derivan de Coyotlatelco.

De todo lo expuesto hasta aquí se infiere que el complejo Coyotlatelco marca la convivencia de grupos teotihuacanos con gentes nahuas que llegan a la Cuenca de México y que se convierten en toltecas (650 a 900 d.c.); mientras que los complejos Mazapan y Azteca 1 marcan la continuación de los grupos toltecas que se quedaron en la Cuenca de México (900 a 1200 d.c.).

La ocupación de Teotihuacán por grupos chichimecas o nahuas es evidente también en los cambios sociales y religiosos que operan en este último periodo, pues se abandona el culto a los dioses relacionados con la agricultura y surgen los cultos al fuego, al Sol y a la guerra, más a tono con el carácter del grupo conquistador; nace el Quinto Sol, en el cual se simboliza la victoria de los señores nahuas (Nanahuatzin) sobre los nobles de Teotihuacán (Tecuciztécatl), como apuntaba Chavero, y también los conceptos de Quetzalcóatl y Tlahuizcalpantecuhtli, o sean aspectos relacionados con el sol, la luna y Venus.

A su vez, la organización teocrática adquiere un carácter más militarista o guerrero, se inician las dinastías con jefes-sacerdotes que llevan el título de la deidad, y el complejo Coyotlatelco se extiende por toda la Cuenca de México; llenándose así el periodo transicional entre la decadencia de Teotihuacán y el advenimiento de la cultura tolteca de Tula, Hidalgo.

LA CULTURA TOLTECA

Herederos de la civilización teotihuacana, y enriquecidos por las aportaciones culturales de los mayas, los toltecas emigrados de la Cuenca de México se asientan por las cercanías del Río de Tula, y construyen la Tollan-Xicocotitlan o la metrópoli junto a Xicuco; extendiéndose ésta desde el Cerro de la Malínche, del Tesoro y del Cielito, hasta el Cerro del Xicuco, en el Estado de Hidalgo.²³

²³ Jiménez Moreno, 1941.

Ubicada en un fértil valle y a la orilla de un río que proporcionaba el agua necesaria para la subsistencia, esta “ciudad de muchos vecinos”, o Mamenhí como la llamaban los otomíes, creció rápidamente; estando estratégicamente protegida en tres de sus lados por una serie de bancos escalonados o cantiles, por cuya base corría el Río Tula.²⁴

Como otras muchas ciudades arqueológicas de México, Tula tiene una gran plaza central en su lado sur, con un adoratorio o altar compuesto de talud y tablero y con una escalinata en cada lado; cerrado el lado oriente por un basamento piramidal denominado Montículo “c”, o Templo del Sol, y el lado norte por el Montículo “a”, o Templo de Tlahuizcalpantecuhtli, el cual se prolonga por medio de una larga columnata hasta el Palacio Quemado. A continuación viene otra plaza en la cual se incluye un juego de pelota y edificios para la clase gobernante; hay otras estructuras alejadas, como la denominada El Corral, en la cual hay un basamento que combina la planta circular con la rectangular, y un altar decorado con cráneos y tibias humanas, correspondiente al último periodo de ocupación.

En Tula, el edificio más importante es el Templo de Tlahuizcalpantecuhtli, o Señor del Alba, dedicado tal vez al planeta Venus como estrella matutina; siendo este edificio un basamento piramidal de cinco cuerpos, formados de talud y tablero con doble friso, los cuales están decorados con lápidas en bajorrelieve, representando jaguares y coyotes que recuerdan las pinturas de Teotihuacán. Otros tableros tienen águilas y zopilotes reales devorando corazones humanos, los cuales se alternan con lápidas que tienen un rostro saliendo de las fauces de una serpiente, relacionadas tal vez con Quetzalcóatl.

El basamento tenía en la parte superior un templo, con puerta formada por dos columnas serpentinadas que sostenían el dintel de entrada, y en el interior hay cuatro cariátides monumentales o colosos de piedra, y otros pilares decorados con guerreros y plumas, todos los cuales sostenían el techo del edificio. Este templo es el que describe Sahagún, diciendo que había un templo llamado Coatlaquetzalli, “que son unos pilares de la hechura de culebra, que tienen la cabeza en el suelo por pie, y la cola y los cascabeles de ella tienen arriba . . .”

Las exploraciones realizadas en Tula han mostrado que este basamento pasó por tres épocas principales de construcción; primero los tableros fueron lisos, y luego se le agregaron algunas lápidas de revestimiento con representaciones de flechas cruzadas; la segunda época se caracterizó por el revestimiento de lápidas con jaguares y coyotes caminando en una misma dirección, y lápidas con representaciones del hombre-pájaro-serpiente, tal vez simbolizando a Quetzalcóatl; y por último los frisos se decoraron con coyotes y jaguares con collar,

²⁴ Ruz, 1945.

caminando en dirección opuesta, lo mismo que con lápidas de águilas y zopilotes reales devorando corazones humanos.²⁵

A esta última época debe de corresponder la columnata del lado sur, cuyo techo almenado se adosaba en parte a la escalinata del basamento; lo mismo que el muro rematado en almenas con forma de caracol cortado, el cual tiene frisos decorados con serpientes devorando esqueletos o cráneos humanos, y que rodeaba en parte al basamento principal. El llamado Palacio Quemado tal vez fue también construido en esta época, y se compone de varias habitaciones distribuidas alrededor de patios, hechos de lodo o adobe, y con banquetas y altares en su interior. Al frente de uno de esos altares se encontró la escultura de un “chacmol”; y al desescombrar parte del edificio, en la sección correspondiente al lado sur de la columnata, se halló una serie de tamborcillos de piedra, como los que decoran las fachadas de los edificios del periodo Puuc de Yucatán.

La existencia de tamborcillos de piedra, el concepto de las esculturas conocidas como atlantes, el uso de columnatas o salas hipóstilas al frente de los basamentos, la decoración de jaguares y coyotes, del hombre-pájaro-serpiente, de esculturas llamadas “chacmoles”, de columnas serpentina, de pilares decorados con guerreros, de altares de cráneos y otros rasgos más, han sido tomados como característicos de Tula, los cuales pasaron a Chichen Itzá, Yucatán; aunque hay algunos investigadores que piensan en forma contraria, o sea que vendrían de la región maya hacia Tula, Hidalgo.

Aunque este problema necesita investigarse más, hay desde luego el aspecto importante de la antigüedad o temporalidad de algunos elementos que aparecen tempranamente en la región maya; pudiendo citarse el concepto de los atlantes que ocurre en el estilo Chenes de Campeche por los fines del Clásico; la decoración de tamborcillos de piedra que es común en los edificios de los Chenes y el Puuc, también por los fines del Clásico; las representaciones de guerreros en estelas, jambas y columnas, que ocurren en los finales del periodo Puuc; el uso de la columna que es un elemento arquitectónico típico del estilo Puuc; el juego de pelota con tableros decorados con jugadores decapitados y sacerdotes o jugadores con grandes cuchillos, algunos de los cuales parecen llevar yugos en las manos, tal como se ve en Chichén Itzá; lo mismo que pinturas al fresco con representaciones de sacerdotes que llevan cetros de madera curvos y con un extremo en forma de cabeza de serpiente, como se ve en Mul Chic; caras de Tláloc semejantes a las de Teotihuacán que aparecen en la cerámica, estelas y dinteles de varios lugares clásicos de la región maya; cerámica plumbate del tipo San Marcos, que aparece en contextos de los fines del Puuc; y aun conceptos de columnatas que apa-

²⁵ Dutton, 1955.

recen en la subestructura del Templo de Los Guerreros de Chichén Itzá.

Puesto que estos elementos ocurren principalmente en el periodo Puuc de Yucatán, entre 650 y 1000 d.c., y las gentes que dieron lugar a él recibieron influencias de la Costa del Golfo, del centro de México, y de Guatemala, desarrollando el estilo que se impuso en buena parte de Yucatán; es lógico pensar que esos rasgos no pudieron venir de los toltecas de Tula, Hidalgo, ya que por esa época estos grupos todavía se estaban aculturando e iniciaban la construcción de su centro ceremonial.

Por eso decíamos que los toltecas de Tula, Hidalgo, tomaron rasgos culturales de los teotihuacanos y mayas para crear la cultura de ese lugar; modificando el estilo de talud y tablero teotihuacano, adoptando el concepto del hombre-pájaro-serpiente, que se inicia en Teotihuacán, llevando la cerámica Coyotlatelco, tomando el concepto de los tamborcillos de piedra para la decoración del Palacio Quemado, o Columnata Sur, el concepto de los atlantes, el uso de la columna de piedra o pilares de mampostería, y posiblemente el concepto del juego de pelota, que pudo ser llevado por los mayas a Xochicalco, y pasar de allí a Tula.

La adopción de estos elementos más otros que aportaron los grupos del Bajío de Guanajuato, que habían ido penetrando hacia el Altiplano Central y que se avecindaron en Tula, entre ellos la cerámica “blanco levantado”, el *cloisonné* pintado, la decoración negativa, el uso de columnas de lodo o de lajas, y tal vez las pipas, permitieron el desarrollo de una cultura que por tener rasgos de otras regiones, durante el auge de Tula, parecen ser de origen tolteca y que se difundieron ampliamente; aunque a la cultura tolteca propiamente dicha habría que reconocerle el concepto de las esculturas de tipo “chacmol”, las columnas serpentinas, los altares de cráneos, los frisos decorados con jaguares, coyotes, águilas y otros motivos, las banquetas decoradas con guerreros y los colosos o cariátides de piedra, algunos de los cuales pasaron a Chichén Itzá, cuando más a partir de 1100 d.c., pero que sorprendentemente no aparecen asociados en otros lugares del Altiplano Central.

En general las construcciones de Tula fueron pobres, pues se utilizaron núcleos de grandes piedras sin mortero y débiles muros de adobe; todo lo cual restaba solidez a los edificios y basamentos, ponían en peligro su estabilidad, y frecuentemente tenían que estar reparando las estructuras.²⁶ De hecho, estas construcciones fueron realizadas más para impresionar que para durar, y por ello la arquitectura tolteca tiene una tendencia a la suntuosidad decorativa y poca espiritualidad; obsérvase cierto estilo pictográfico y falta de movi-

²⁶ Acosta, 1956-57.

miento, especialmente en las lápidas con representaciones de animales, calaveras y guerreros.

Los palacios de los sacerdotes y jefes principales se componían regularmente de una serie de habitaciones distribuidas alrededor de un patio rectangular o cuadrado, hundido en parte o a un nivel más bajo que los cuartos; había algunos que tenían corredores techados con columnas o pilastras, otros que tenían banquetas adosadas al exterior y pintadas o decoradas con bajorrelieves; a la vez que en los patios podía haber altares, y al frente de ellos, esculturas conocidas como “chacmoles”.

Los amplios pórticos o vestíbulos formados por columnatas, que rodeaban el lado sur del Templo de Tlahuizcalpantecuhtli y el Palacio Quemado; los juegos de pelota con su corredor o cancha en forma de I; los altares, plazas y esculturas, hacen de Tula una ciudad espectacular y no carente de majestuosidad; hay otras esculturas, como las de El Corral y del Cielito, que indican la gran extensión del centro tolteca.

En El Corral, pequeño centro aledaño, hay un basamento piramidal de dos cuerpos, que combina la planta rectangular con la circular, de manera semejante a las yácatas de Michoacán, y que estuvo dedicado al dios del viento o Quetzalcóatl; hay también un altar decorado con calaveras, tibias humanas y serpientes emplumadas, que debe de corresponder a los finales de Tula.

Desde el punto de vista estético, la urbe tolteca se caracteriza por el predominio de la escultura, tanto en bajorrelieve como en bulto, y este arte lapidario se complace en representar a la casta guerrera o a una teocracia-militarista, importándole más el conjunto de la obra que el preciosismo en el detalle.

Las cariátides o colosos de Tula, hieráticos y majestuosos, alcanzan unos cinco metros de altura, y están formados por cuatro secciones de piedra unidas o ensambladas por el sistema de caja y espiga; representan guerreros con un lanzadardo en la mano derecha y un haz de dardos en la otra, a la vez que muestran su atuendo consistente en una faldilla sujeta con un cinturón que lleva un broche por detrás, sandalias, pectoral de mariposa y un turbante que sujeta a un tocado de plumas.

Al parecer estas esculturas están relacionadas con el culto al Sol, pues el pectoral de mariposa y el broche con la cara de la deidad son símbolos solares; puede decirse que los guerreros, después de muertos, acompañaban al Sol en su recorrido por el firmamento, y los mismos chacmoles se relacionan con el culto al Sol, junto con el juego de pelota.²⁷

²⁷ Flores Guerrero, 1962.

Los chacmoles son figuras humanas recostadas sobre la espalda, con las rodillas y la cabeza algo levantadas, y sostienen sobre su vientre un plato o recipiente para la colocación de las ofrendas rituales; las cuales consistían principalmente en corazones de los sacrificados, el alimento divino del Sol, de modo que los chacmoles son como guerreros o mensajeros que llevaban la ofrenda del corazón al dios solar, y por eso portan a veces un brazaletes que sujeta a un cuchillo de obsidiana.

Otros ejemplos de la escultura tolteca son los atlantes, que tenían la función de sostener lápidas de piedra a manera de altares en el interior de los santuarios; frisos de águilas, jaguares, coyotes y zopilotes reales devorando corazones humanos; lápidas con la representación de Quetzalcóatl, concebido como un hombre-pájaro-serpiente; portaestandartes en forma de figuras humanas; pilastras con guerreros esculpidos; banquetas con procesiones de guerreros y serpientes emplumadas; columnas serpentina, y lápidas con representación del disco solar, símbolos de Venus, flechas cruzadas y otros motivos.

Dentro del arte escultórico, las representaciones de animales y pájaros son más realistas en su tratamiento que las grandes esculturas o frisos de guerreros, las cuales están más tratadas como pictografías o francamente esquematizadas; pero todas ellas estaban subordinadas a la arquitectura, o sea que escultores y arquitectos colaboraron estrechamente, junto con los pintores, para exaltar a la clase militarista que tenía el poder.

De la pintura tolteca pocos ejemplos han quedado, puesto que ésta más bien se utilizaba sobre las esculturas y banquetas, aplicando los colores sobre una delgadísima capa de estuco o cal; obsérvese sin embargo el uso de colores rojo, azul, amarillo y blanco, en algunas esculturas, muros y banquetas.

En sus obras escultóricas los toltecas dejaron evidencias del tipo físico y de algunas costumbres de su tiempo, especialmente en relación con la casta guerrera, los sacerdotes y nobles o caciques; obsérvese el uso de prendas como bragueros o máxtlatl, faldillas, cinturones, broches, sandalias, tocados de plumas, vendas frontales o turbantes, y cascos o tocados con cabezas de animales; lo mismo que ornamentos como orejeras circulares con tapón, collares de cuentas, pectorales de mariposa, brazaletes, ajorcas y narigueras tubulares.

Los guerreros llevaban por lo regular un braguero, y a veces un faldellín, cinturones con broches, sandalias, escudos circulares con adornos de pluma, lanzadardos y manojos de flechas, muñequeras y cascos protectores; mientras que algunos señores usaban bastones o varas de mando, a veces adornados con plumas, y tal vez los comerciantes llevaban abanicos como símbolo de su profesión. Y en el aspecto del comercio, es indudable que traían conchas y caracoles marinos, pieles de jaguar, pectorales de jade en forma de placas,

cerámica plumbate o plomiza, plumas de quetzal y de otros pájaros preciosos, y también algunos objetos de cobre, principalmente.

En el aspecto de la organización social y política, el énfasis en la representación de guerreros indica que la sociedad estaba regida por una clase o casta netamente militarista, como se dice también en las fuentes históricas; había igualmente un sacerdocio organizado, comerciantes, artesanos, artistas y un *substratum* de gentes en escala inferior que producía para el sostenimiento del centro. Dentro de este sistema teocrático-militarista, o propiamente militarista, han de haber existido la guerra como factor económico, los tributos, y el monopolio de las artesanías y del comercio; siendo una organización estratificada y jerarquizada, con los jefes militares a la cabeza.

La cerámica de Tula revela una época temprana caracterizada por la cerámica Coyotlatelco rojo sobre café que pasó de Teotihuacán, cerámica tipo blanco levantado, vasijas con decoración negativa, vasijas con decoración *cloisonné* pintado, y otras modalidades que vinieron de la zona de Guanajuato; lo mismo que una época tardía con cerámica naranja a brochazos, incensarios con perforaciones y largos mangos, malacates, maquetas de templos, pipas de barro, incensarios con protuberancias o con efigies del dios Tláloc, comales, cerámica Mazapan y figurillas aplanadas de ese mismo complejo, lo mismo que cerámica negro sobre naranja o Azteca I.

Desde el punto de vista religioso los toltecas rendían culto a Quetzalcóatl como estrella vespertina, como dios del viento y como estrella matutina, y por ello se le conocía como Quetzalcóatl, Ehécatl y Tlahuicalpantecuhtli, a la vez que los sacerdotes de la deidad llevaban también el nombre de Quetzalcóatl. Se adoraba también a Tláloc, dios de la lluvia y de la vegetación; a Centéotl o dios del maíz maduro; a Izpapálotl o Mariposa de Obsidiana; a Tlalchitonatíuh o dios solar; y posiblemente a Huehuetéotl o dios del fuego, y a Tezcatlipoca.

Además, por Sahagún sabemos que los toltecas tenían el “mismo mantenimiento que ahora se usa del maíz... así el blanco como el de más colores... y compraban y trataban en ello por moneda...”; a la vez que “su vestir era manta o ropa que tenían alcranes pintados de azul; su calzado eran cotaras también pintadas de azul, y de lo mismo eran sus correas”. “Eran también buenos cantores, y mientras cantaban o danzaban, usaban tambores y sonajas de palo que llaman ayacachtli... eran muy devotos y grandes oradores... (y) conocían las calidades y virtudes de las yerbas, y sabían las que eran de provecho, las que eran dañosas y mortíferas... porque también eran médicos.”

“Tan curiosos eran los dichos toltecas, que sabían todos los oficios mecánicos, y en todos ellos eran los únicos primos oficiales, porque eran pintores, lapidarios, carpinteros, albañiles, encaladores, oficiales,

de pluma, de loza, hilanderos y tejedores...”; y “eran tan hábiles en la astrología natural que ellos fueron los primeros que tuvieron cuenta, o la compusieron de los días que tiene el año...”

Lo anterior nos indica que eran agricultores, que tenían relaciones comerciales y algunos objetos que servían como moneda, que eran tejedores y conocían las fibras vegetales como el algodón, que en la sociedad había músicos y danzantes, que conocían las propiedades de las plantas medicinales; y que también fueron buenos artesanos y conocieron el calendario y la numeración. Sin embargo, en este último aspecto no hay muchas evidencias, pues en Tula sólo se han observado algunos jeroglíficos, numerales de puntos y barras, y el símbolo del año a la manera mixteca.

Y en cuanto a los acontecimientos históricos que ocurrieron en Tula, Hidalgo, los Anales de Cuauhtitlán y la Historia Tolteca-Chichimeca coinciden en los últimos hechos, pero no en las fechas; por lo cual se ha propuesto una corrección que consiste en aumentar 104 años a las fechas de los Anales de Cuauhtitlán, cosa que por otra parte permite correlacionarlas con la arqueología.

Sin embargo, como esto amerita una explicación, puesto que hemos venido tomando las fechas iniciales de los Anales de Cuauhtitlán, relacionados con los hechos que tienen un carácter más legendario que histórico, revisaremos brevemente los acontecimientos más importantes para fundar la base de dicho cambio.

Según los Anales de Cuauhtitlán, en el año 2 Tochtli (870) llegó Quetzalcóatl a Tulancingo, donde duró cuatro años y fabricó su tienda de tablas verdes, que era su casa de ayunos; en el año 5 Calli (873) fueron los toltecas a traer a Quetzalcóatl para constituirlo rey de Tollan; en el año 1 Ácatl (883), según la Relación de Texcoco, murió Quetzalcóatl Topiltzin de Tollan Colhuacan; y en el año 1 Ácatl (895) murió Quetzalcóatl y se entronizó Matlaxóchitl en Tollan. De Quetzalcóatl se dice que se fue al oriente, hacia Tlillan Tlapallan, y allí se prendió fuego y se quemó, y según sabían fue al cielo, y se convirtió en la estrella que al alba sale; habiendo nacido en 1 Ácatl y muerto en 1 Acatl, o sea que vivió 52 años.

De lo anterior se pueden sacar varias conclusiones como la de que el Quetzalcóatl que fue a Tulancingo y luego a Tula era de la Cuenca de México; que hubo varios Quetzalcóatl o sacerdotes de la deidad; que uno de ellos llamado Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl fue el que sobresalió de todos los demás, y se le confunde con la deidad; y que la misma fuente confunde el nacimiento de la deidad Quetzalcóatl con la muerte de otros sacerdotes, y por eso hay una fecha para la muerte de Quetzalcóatl Topiltzin de Tollan Colhuacan (883), y luego otra fecha para la muerte del mismo Topiltzin Quetzalcóatl de Tula (895), lo cual implica ya un error de 52 años, pues no pudo

repetirse la fecha 1 Ācatl dos veces con unos cuantos años de diferencia.

Lo que parece haber sucedido es que el nacimiento de la deidad Quetzalcoatl fue elaborado por los mexicas metafóricamente, pero basándose en el conocimiento astronómico que se poseía, y así Quetzalcóatl o el planeta Venus nace en el oriente como estrella matutina, y desaparece en el poniente como estrella vespertina (ciclo venusino de 584 días); desapareciendo en el lugar del negro y del rojo, o por donde se pone el sol. Los mexicas aplicaron esto a un sacerdote distinguido que se llamó Ce Ācatl Topiltzin Quetzalcóatl, tal vez más mítico que real, el cual se fue al oriente, hacia Tlillan Tlapallan, el lugar del negro y del rojo, y allí se quemó para salir convertido en el lucero de la mañana; siendo imposible que este Quetzalcóatl que muere quemado, sea el mismo que fue a Yucatán en persona, como refieren las crónicas de esa región.

Por todos estos aspectos, más bien míticos o legendarios que históricos, es posible hacer concordar las fuentes considerando que hubo varios sacerdotes de la deidad, uno de los cuales estuvo en Tulancingo cierto tiempo, y después pasó a Tula, tal como refiere Sahagún respecto a los toltecas; pero esto debió de haber sucedido muchos años más tarde de su salida de la Cuenca de México, por lo cual la corrección que ha propuesto Jiménez Moreno parece correcta, sólo que a partir de los acontecimientos que comienzan en Tula, Hidalgo.

Así, los acontecimientos quedarían de la siguiente manera: en el año 5 Calli (977) un sacerdote o Quetzalcóatl subió al trono en Tollan o Tula, Hidalgo, ya que en el Cerro de La Malinche hay un grabado representando a Quetzalcóatl con la fecha 8 Técpatl (980) tal vez relacionada con su entronización; en el año 1 Ācatl (999) murió Quetzalcóatl y subió al trono Matlaxóchitl; en 10 Tochtli (1034) subió al trono Nauhyotzin; en 12 Calli (1049) se entronizó Matlacoatzin; en 1 Calli (1077) subió al trono Tlicohuatzin; y en 9 Tochtli (1098) se entronizó Huémac, en cuya época llegó otro grupo de toltecas-chichimecas, los cuales entran en conflicto con ese gobernante.

En la Historia Tolteca-Chichimeca o Anales de Quauhtinchan se dice: “Aquí está la historia de los tolteca-chichimecas desde que vinieron de Colhuacatépec y llegaron a Tollan con sus colonos los nonoualcas. Allá los abandonaron y se separaron de Tollan los colonos del Tolteca... Los tolteca-chichimecas se quedaron todavía quince años en Tollan.” “Entonces dijeron: Qué haremos. Los nonoualcas nos han abandonado y se han ido. Salgamos también nosotros. Y en seguida, por esta causa, partió entonces el sacerdote Couenan para hacer el servicio religioso en el Tlachiualtépec que estaba en Cholollan con el fin de conseguir tierras para su pueblo.”

Después el sacerdote regresó a Tollan, reunió a los jefes de los toltecas y les dijo: “Vi a los habitantes del país, los olmeca-xicalancas y a sus señores que viven en gran abundancia. Y me ordenó el querido príncipe Quetzalcóatl... (que allí) estará nuestra morada y hemos de disputar su poblado a los naturales. Pero que no se les oprima.” “Y luego, en consecuencia, emigraron los tolteca-chichimecas... siguieron para Nextepehualco. Xallachtli... y Olman. Allí destruyeron a los naturales del país, que eran los olmecas...” En el año 1 Técpatl (1168) “llegaron los toltecas al Tlachiualtépec (de Cholollan)”.

En resumen, la Historia Tolteca-Chichimeca narra la salida de un grupo de gentes que se había asentado en Culhuacán, en la Cuenca de México, y que va a Tula, Hidalgo, en compañía de otro grupo denominado “nonoualca-chichimeca”; habiendo llegado a Tula en el año 1 Técpatl (1116) por tiempo de Huémac, con el cual se enemistan, y por ello abandonan el lugar para dirigirse a Cholula.

Después de quince años en Tula, los nonoualcas se separan de los tolteca-chichimecas, y éstos a su vez abandonan a Tula para dispersarse por Puebla y Tlaxcala, peleando contra grupos de olmecas-xicalancas que ocupaban ese territorio. En 1 Técpatl (1168) llegan a Cholula, y después de algunos años conquistan el lugar, desalojando a los olmecas-xicalancas, que emigran hacia el oriente, convirtiéndose en los olmeca-uixtotin y anahuaca-mixtecas de la Costa del Golfo.

Por 1168 d.c. Tula había entrado en franca decadencia, tanto por las rivalidades internas como por la llegada de los toltecas-chichimecas; y por ese tiempo llegan los guerreros de Xólotl, otro conquistador que avanzaba hacia la Cuenca de México, el cual incendia y destruye Tula, dando fin a la hegemonía de los toltecas.

LOS CHICHIMECAS DE LA CUENCA DE MÉXICO

Por los finales del imperio Tolteca, la Cuenca de México contaba con grupos toltequizados que habían desarrollado el complejo Coyotlatelco, y que habían iniciado el estilo Mazapan y Azteca 1, especialmente por la zona de Culhuacán de donde salieron los tolteca-chichimecas que parecen haber llevado esa cerámica a Tula; siendo éste el momento en que la gente de Xólotl penetra en Tula y acaba con el poderío tolteca. Los chichimecas de Xólotl venían de la región del Mezquital, y posiblemente eran pame-otomíes; habiendo fundado su primera capital en Xóloc, lugar cercano a Tizayuca; pero después se asentaron en Tenayuca, por sus condiciones más favorables de subsistencia.²⁸

²⁸ Jiménez Moreno, 1956.

Según los mapas Tlotzin y Quinatzin, estas gentes se vestían con pieles, usaban el arco y la flecha, vivían en cuevas o en sencillas chozas de paja, su tecnología estaba poco desarrollada, y hablaban una lengua muy parecida al náhuatl; pero por la convivencia con otros grupos de la Cuenca de México, pronto se aculturaron, adoptando hábitos de vida más adelantados.

Estando los chichimecas de Xólotl en Tenayuca, llegaron a la Cuenca de México los tepanecas, los acolhuas y los otomíes, cada uno de esos grupos mandados por sus respectivos jefes; los cuales solicitaron permiso para ocupar tierras por las cercanías de los dominios de Xólotl. Al parecer este jefe casó a dos de sus hijas con los señores de los tepanecas y otomíes, establecieron los primeros en Azcapotzalco, los segundos en Xaltocan, y los acolhuas en Coatlinchan.

Después de Xólotl (1244 a 1304) le sucedió en el trono de Tenayuca su hijo Nopaltzin (1304 a 1335) y a éste le siguió Tlotzin. Para esas fechas Quinatzin, hijo de Tlotzin, ya había fundado un señorío en Texcoco o Texcotzingo, y con la llegada de los tlailotlaques o “regresados”, que venían de la Mixteca, y con los chimalpanecas de Cuauhtinchan, se inicia el desarrollo de Texcoco, el cual se convierte en cabeza de señorío.

Por los finales del rey Quinatzin (1337) se comienza a extender el dominio texcocano; en tanto que Azcapotzalco adquiere una gran fuerza bajo el dominio de Tezozómoc, el cual había concertado una serie de alianzas entre Azcapotzalco, Coatlinchan, Cuauhnáhuac, Huejotzingo y Amaquemecan.

Como habíamos dicho, la segunda capital de Xólotl fue Tenayuca o “lugar amurallado”, el cual se representa en los códices por el jeroglífico de un cerro y un muro almenado en la parte superior. Al principio los chichimecas de Xólotl aprovecharon las cuevas del Cerro Tenayo para vivir, y el lugar se llamaba Oztopolco o “en la cueva grande”; pero después comenzaron a edificar en la parte baja y plana, utilizando como relleno materiales de los grupos anteriores, que tenían cerámica Coyotlatelco, principalmente.

Así, las exploraciones realizadas en la pirámide de Tenayuca han mostrado que ésta pasó por varias épocas de construcción; habiéndose construido primero una plataforma, sobre la cual se levantó una sencilla pirámide o basamento escalonado de cuatro cuerpos, con muros en talud casi verticales y con una escalinata con doble alfarda central. El relleno de esta primera época contiene materiales toltecas, y marca la llegada del grupo de Xólotl a ese lugar.

En la segunda época se construyó otro basamento de mayores proporciones que cubrió la primera estructura, todavía con muros verticales; pero luego se levantó otro basamento más grande que el anterior, el cual tiene a los cuerpos con muros inclinados. En la

cuarta época se construyó otro basamento igual que el anterior, pero aun de mayores proporciones, y los materiales de relleno acusan la permanencia de los grupos chichimecas, principalmente cerámica conocida como Azteca II.

La quinta construcción tiene ya estilo mexica, patente en la escalinata que tiene peldaños decorados con serpientes, orejeras, nari-gueras, broches de cinturón, signos del año, banderas, escudos; etcétera; y la sexta y séptima construcción son también mexicas, lo cual marca la dominación cultural, política y militar de ese grupo.

Aunque los templos han desaparecido, parece que éstos eran gemelos y semejantes a los del Templo Mayor de Tenochtitlán, o a los de Santa Cecilia; estando dedicados tal vez a Huitzilopochtli y Tláloc, que eran las deidades principales. En su última época la pirámide de Tenayuca se alzaba sobre una larga plataforma de 68 por 76 metros, tenía en tres de sus lados un muro de serpientes que estaban pintadas de verde, rojo y negro; y al parecer estas serpientes y sus colores simbolizaban las regiones del universo, lo mismo que el día y la noche, o sea que estaban asociadas a los dioses cuyo culto se celebraba en los templos superiores.

A los lados de la pirámide se levantaban pequeños altares de planta cuadrada, frente a los cuales había serpientes enrolladas con crestas sobre la cabeza, a manera de volutas estrelladas; supónese que estas serpientes de fuego (xiuhcōatl) estaban relacionadas con el culto solar y con la renovación del fuego nuevo que se hacía cada 52 años, a la vez que estaban orientadas indicando los solsticios de invierno y de verano, al norte y al sur respectivamente.

Por razones económicas y políticas, Tenayuca dejó de ser la ciudad principal de los chichimecas, cambiándose el gobierno a Texcoco cuando murió Xólotl; aunque el grupo permaneció en el lugar hasta que fue conquistado por los mexicas, los cuales han de haber tomado de allí el estilo arquitectónico que luego desarrollaron en Tenochtitlán.

LOS MEXICAS

La llegada de los mexicas a la Cuenca de México marca una etapa de grandes disensiones y rivalidades entre los señoríos establecidos, y especialmente la tiranía de Azcapotzalco; prevaleciendo en los grupos el deseo de rebelarse contra Tezozómoc, señor de ese lugar, cosa que se logra con la ayuda de ese nuevo grupo, nómada y guerrero.

Según la Tira de la Peregrinación, los mexicas salieron de un lugar llamado Aztlan o “lugar de garzas”, sitio que Kirchlhoff sitúa en el Bajío de Guanajuato, hacia el rumbo de los lagos de Cuitzeo y Yuriria; y después de atravesar la laguna se dirigieron hacia Col-

huacan o “cerro ganchudo”, en donde su dios tribal, Huitzilopochtli, les da instrucciones.

La migración se realiza junto con otros grupos, entre ellos los matlatzincas, tepanecas, tlahuicas, malinalcas, cuitlahuacas, xochimilcas, chalcas y huejotzincas; saliendo guiados por cuatro teomamas o “cargadores del dios”, que se nombraban Chimalma, Apanécatl, Cuauhcoatl y Tezcacoatl, último que encabeza a los peregrinos, llevando cargado al dios Huitzilopochtli.

En Cuahuitzintlan o “pequeño bosque” se separan los grupos, estableciéndose sólo los mexicas en el lugar, donde construyen un templo a su dios; para después continuar por terrenos inhóspitos y llegar a Coatlicamac o “en la boca de la serpiente”. Allí se dice que estuvieron 28 años, celebrando el primer Fuego Nuevo, y de allí partieron a Tula, en donde permanecieron 19 años.

De allí partieron a Atitalacan (hoy Atitalaquia, Hidalgo), en donde estuvieron 10 años; luego pasaron a Tlemaco, donde pararon 5 años; y de allí fueron a Atotonilco, donde permanecieron otros 5 años; luego fueron a Apazco donde estuvieron 12 años; y de allí pasaron a Huitztépec, donde celebraron el segundo Fuego Nuevo. A continuación se dirigieron a Tzompanco donde permanecieron 4 años; luego a Xaltocan donde estuvieron otros 4 años; y de allí pasaron a Acalhuacan, a Ehecatépec, a Tulpétlac, a Coatitlan, a Chalco, a Huixachtitlan y a Tecpacoyan, en donde encendieron el tercer Fuego Nuevo.

La peregrinación continúa a Pantitlan, Amalinalpan, Acolnáhuac, Popotlan, Techcaltitlan, Atlacuihuayan y a Chapultepec, en donde vivieron 20 años y celebraron el cuarto Fuego Nuevo. En Chapultepec fueron dominados por los de Acocolco y hechos prisioneros junto con Huitzilíhuitl “el viejo”, quien era el señor principal de los mexicas; en tanto que Cóccox, señor de Colhuacán, junto al Cerro de la Estrella, los tuvo como vasallos durante 4 años.

Para obtener su libertad los mexicas combaten a favor de Culhuacán contra los xochimilcas, llevando a Cóccox costales de orejas y narices como prueba de haber vencido a ese grupo; y de nuevo van de un lado a otro de la Cuenca de México, buscando donde asentarse, hasta llegar al islote en donde por mandato de Huitzilopochtli debían fundar su capital, cosa que ocurre en 1325 d.c.

Los comienzos de la ciudad fueron modestos, pues siendo el islote pantanoso, tuvieron que acarrear piedra, madera, cal y otros materiales para sus construcciones; dedicáronse a la vida lacustre, a la caza de aves acuáticas y a la pesca, y un poco a la agricultura, pero sometidos a Azcapotzalco, que era el señorío que dominaba a toda la Cuenca de México por esos tiempos.

Como guerreros y hábiles políticos que eran, los mexicas eligieron como primer rey a tlatoani a Acamapichtli, descendiente de reyes

toltecas que aún quedaban en Culhuacán; e iniciaron la nobleza azteca con dar en matrimonio sus hijas a los jefes de los cuatro barrios o calpullis en que se dividió la ciudad; pero todavía sometidos a Azcapotzalco, tanto Acamapichtli (1376 a 1396) como el siguiente rey, que fue Huitzilíhuítl (1396 a 1417), y Chimalpopoca (1417 a 1427).

Itzcóatl (1427 a 1440) que fue un gran político y organizador, decidió independizar a Tenochtitlan del yugo de Azcapotzalco, y combinando sus fuerzas con las de Nezahualcóyotl, señor de Texcoco, logró derrotar a los de Azcapotzalco; pero considerando que el señorío de Texcoco podría acaparar más tarde la situación política, estableció una triple alianza o equilibrio de poderes entre Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan o Tacuba, es decir, entre mexicas, texcocanos y tepanecas.

Con Itzcóatl se inició también la estratificación social, se organizó la ciudad, se establecieron los cargos administrativos y judiciales, se crearon las órdenes militares, y se repartieron las tierras entre los nobles y calpullis; o sea que Tenochtitlan adquirió la capacidad para convertirse en el centro y señorío principal de la Cuenca de México.

Tlacaélel, hermano de Moctezuma Ilhuicamina, ejerció una decidida influencia militar y política durante el reinado de Itzcóatl, y fue también consejero de Moctezuma Ilhuicamina (1440 a 1469), de Axayácatl (1469 a 1481), de Tízoc (1481 a 1486) y aun de Ahuítzotl (1486 a 1502); ocurriendo durante este tiempo el mayor auge y expansión de los mexicas. Luego reinaron Moctezuma II o Xocoyotzín (1502 a 1520), Cuitláhuac (1520) y Cuauhtémoc (1521 a 1525), último rey, con el cual termina el poderío mexica, que opone una tenaz resistencia a los conquistadores españoles.

LA CULTURA MEXICA

Como decíamos con anterioridad, los mexicas estuvieron un corto tiempo en Tula, Hidalgo, luego penetraron a la Cuenca de México, se asentaron en la parte oriental del gran lago, y luego en la parte occidental; llegaron a Chapultepec y se establecieron allí por poco tiempo. Expulsados de allí, vagan por otros sitios del valle, hasta dar en un islote rodeado de tules y carrizales, bajo el mando del sacerdote Ténoch; y allí vieron al águila posada sobre las pencas de un nopal o tenochtli, devorando una serpiente, tal como les había dicho su dios Huitzilopochtli. En 1325 d.c., fundaron su ciudad, y levantaron un humilde templo a su dios; ciudad que más tarde sería la gran Tenochtitlan.

Los mexicas tuvieron una economía agrícola fundamentalmente, pero aprovecharon también la pesca, la caza, y la recolección de pro-

ductos lacustres; a la vez que el comercio, la guerra y la imposición de tributos, contribuyeron al sostenimiento de una población siempre en aumento. Como la creciente población de Tenochtitlan hacía que se extendiesen los límites de los barrios, se tuvo que recurrir a ganarle tierras al lago para la práctica de la agricultura; construyéndose las chinampas o jardines flotantes, hechos a base de lodo y amontonamiento de tierra, afianzadas con estacas y trabazones de troncos, junto a los bordes pantanosos del gran lago.

Así, grandes secciones de los pantanos improductivos se convertían en una verdadera red de canales y de campos de cultivo extremadamente fértiles; y tanto en estos jardines artificiales como en la tierra firme, los mexicas cultivaban maíz, frijol, calabaza, melón, chíá, camotes, chile, jitomate, maguey, tabaco y otras plantas alimenticias, útiles y medicinales.

Del maguey obtenían pulque; fibra para tejer sus mantas, bolsas, telas y sandalias; puntas o púas para el autosacrificio religioso; y las mismas hojas servían para techar las chozas de la gente pobre, y como combustible para cocer los alimentos. La cochinilla del nopal, valiosa por el tinte carmesí que producía, era recolectada y cuidada con esmero; a la vez que se recogían gusanos de maguey, larvas de moscos o ahuaactli, tunas, nopales tiernos, bledo o alegría, y otros productos silvestres. De la chíá obtenían un aceite para la hechura de las lacas, y también se utilizaba para preparar bebidas.

Además de la agricultura y recolección, los mexicas cazaban pavos o guajolotes silvestres, patos, gansos, perdices, venados, conejos, iguanas y otros animales menores; al mismo tiempo que engordaban una especie de perro domesticado, y atrapaban peces, tortugas y patos, por medio de redes, o arponeándolos con átlatl y fisgas.

Las tierras de cultivo se repartían entre los clanes, barrios o calpullis, y éstas eran entregadas por el cacique o señor de cada uno de ellos al pueblo, reteniendo una parte para el sostenimiento del jefe, para el templo, para sufragar la guerra y aun para pagar el tributo; y todas ellas eran cultivadas por los plebeyos y esclavos.

A la muerte de un usufructuario la tierra pasaba a manos de sus hijos, pero si moría sin descendencia, la tierra volvía al calpulli para ser repartida de nuevo. Para protección de las tierras se establecía que el que no las cultivara durante dos años seguidos debía entregarlas para dárselas a otros; y en los territorios o pueblos conquistados los vencedores mexicas recibían concesiones de tierras que trabajaban los vencidos, mismas que producían tributos para sostener la guerra y para sostenimiento de la clase militar.

El tributo fue otro aspecto importante de la economía mexicana, ya que se cobraba en productos alimenticios, materias primas, objetos de lujo, armas, vestidos, joyas, etcétera; ingresaban por ese concepto a Tenochtitlan especies como cacao, vainilla, plumas de garza y quet-

zal, oro, turquesa, mantas tejidas de algodón, maíz, frijol, copal, tabaco, hule, sal, miel y una gran cantidad de productos más.

Generalmente, tras la conquista de un lugar venía el cambio de cacique y la exigencia de un pago o contribución; y este tributo era sumamente variado, pues se recogían mantillas de algodón, camisas, armaduras, plumas de aves preciosas, cuentas de jade, turquesa para los mosaicos, cochinilla o grana, pieles de jaguar, etcétera. Muchos de estos tributos se iban acumulando, y servían para pagar los gastos públicos y para los gastos reales. En ocasiones el rey regalaba a los nobles, y a veces a todo el pueblo, algunos artículos como armaduras, camisas, huipiles, bragueros y otras prendas; mandaba guisar y regalar comida: guajolotes, tortillas, carne de conejo, frijoles y otras viandas.

Otro factor económico de importancia lo constituía el comercio, organizado a través del mercado o tianguis y de los Pochtecas o comerciantes. En el mercado se vendían o intercambiaban los productos locales y los traídos de lejanos lugares por los comerciantes; habiendo mercados famosos a los que concurrían miles de gentes, como el de Tlatelolco, Tacuba, Azcapotzalco y Tenochtitlan.

Sahagún refiere que “el señor también cuidaba del tiánquez, y de todas las cosas que en él se vendían, por amor de la gente popular y de toda la gente forastera que allí venía, para que nadie les hiciese fraude o sin razón en el tiánquez. Por esta razón ponían por orden todas las cosas que se vendían, cada cosa en su lugar, y elegían por esta causa oficiales, que se llamaban tianquizpan tlayacaque . . . (y) tenía uno de éstos cargo para poner los precios de las cosas que se vendían y para que no hubiese fraudes entre los que vendían y compraban”.

“Estaban en una parte del tiánquez los que vendían oro y plata y piedras preciosas, y plumas ricas de todo género, de las cuales se hacían las divisas o armas para la guerra, y también las rodelas. En otra parte se ordenaban los que vendían cacao y especies aromáticas que ellos llaman ueinacaztli, tlilxóchitl, mecaxóchitl. En otra parte se ordenaban los que vendían mantas grandes, blancas o labradas, y maxtles que entonces usaban unos blancos, y otros labrados, y otros ricos; y también allí mismo se vendían las vestiduras femeniles labradas y por labrar, medianas y ricas, y también las mantas comunes que ellos llaman quachtli áyatl.”

“En otra parte estaban por su orden los que vendían las cosas de comer, como son maíz blanco y maíz azul oscuro, o negro, y colorado y amarillo, y frijoles amarillos y blancos, y negros, y colorados y jaspeados, y unos frijoles negros, grandes como habas; y semilla de bledos pardos o cenicientos . . . y chía blanca y negra, y otra que llaman chiantzótzotl; en este mismo lugar se ordenaban los que vendían sal, y gallinas, y gallos, y codornices, y conejos, y liebres, y

carne de venado, y aves de diversas maneras, como son ánades y labancos, y otras aves del agua; también los que vendían miel de maguey y de abejas; de esta orden eran los que vendían chile de diversas maneras, los mismos vendían tomates que llaman miltómatl y chiltómatl.”

La variedad de productos que se vendían en los mercados, la con-signa Sahagún por el orden en que se colocaban los vendedores, citando en general: frutas como cerezas, aguacates, ciruelas, batatas, zapotes, etcétera; turrone de chíá, castañas de raíces de yerba, pepitas de calabaza, peces, ranas, papel, incienso, hule, cal, leña, madera y rollizos para las casas, coas, remos, henequén, pieles, cotaras, hachas de cobre, punzones, cebollas, elotes cocidos, pan de maíz, platos, vasos, ollas, etcétera.

“Y los que tenían cargo de las cosas del tiánquez si no hacían fielmente sus oficios privábanlos de ellos, y desterrábanlos de los pueblos; y los que vendían algunas cosas hurtadas, como mantas ricas o piedras preciosas . . . prendíanle y sentenciábanle a muerte los jueces y señores, y con esto se ponía temor a la gente, para que nadie osase comprar cosa hurtada.”

En realidad, en los mercados cada mercancía tenía su lugar fijo, y formaban los puestos especies de hileras o calles, vendiéndose joyas de oro, piedras preciosas, plumas multicolores, mantas, faldas de algodón, hilos y cuerdas, comidas, frutas y aun esclavos. A su vez el mercado se regía por una organización administrativa, con sus funcionarios y reglamentos; habiendo un palacio especial con un juez que calificaba los conflictos y decidía sobre los problemas suscitados en el intercambio de los productos, lo mismo que funcionarios y oficiales que cuidaban del orden interno, ponían los precios e impartían justicia.

Los Pochtecas o comerciantes formaban una clase especial, y eran muy estimados por los servicios que prestaban al rey, ya que fungían como espías en los territorios que frecuentaban; y por eso a los jefes de los comerciantes o traficantes, “a los que andan recatados por cuevas comerciando, los que acechan a la gente, los que entran en plan de guerra, principalmente los honraron: les pusieron en los labios bezotes de oro, con que se dieron a conocer que ellos eran correos y espías reales . . .”²⁹

Estos comerciantes organizaban sus expediciones a lugares distantes, llevando cargadores y por lo regular una escolta de protección, “y el día anterior al de la partida se enjabonaban, se cortaban el pelo aquí en México, de una vez por todas”; juntándose los de Tlatelolco, Tenochtitlan, Tuitzilopochco, Azcapotzalco y Cuauhtitlán. Al llegar a Tochtepec los comerciantes se dividían en dos bandos o grupos, y

²⁹ Garibay, 1961.

unos iban a la costa de Ayotla y otros a Xicalango; o sea que había dos rutas principales: Anahuac-Xicalango y Anahuac-Ayotla. La primera seguía la costa del Golfo hasta Xicalango, de donde se comerciaba con Campeche y Yucatán; en tanto que la otra penetraba a Oaxaca por Tehuantepec y de allí seguía a la región del Soconusco, Guatemala y América Central.

A Xicalango llevaban: “mantas, bragueros, faldas finas bordadas, camisas, cintas de oro para la frente, collares y orejeras de oro, escudillas de oro para hilar, orejeras de obsidiana y cristal de roca, punzones, agujas, grana, alumbre, piel de conejo con pelo, drogas, medicinas y aun esclavos; trayendo a su vez: jades redondos muy verdes y de gran tamaño, jades acanalados, escudos de turquesas, esmeraldas pulidas, coral rojo, conchas multicolores, conchas de tortuga amarilla o atigrada, pieles de guacamaya, cueros de tigre y otros productos”.

Los Pochtecas tenían como insignias un bastón y un abanico; tenían a un dios especial llamado Yacatecuhtli, al cual le hacían ofrendas de guajolotes y codornices cuando iban a salir de expedición; utilizaban para las operaciones mercantiles ciertos productos que servían de moneda, entre ellas una especie de mantilla llamada cuachtli, cuyo múltiplo era la carga de veinte piezas; lo mismo que pequeñas hachuelas de cobre laminado, canutillos o cañones de plumas llenos de oro en polvo, plumas finas y granos de cacao. Un tencuachtli valía cien granos de cacao, un xiquipilli era una bolsa que contenía ocho mil granos, o sea que este producto funcionó como una verdadera moneda fraccionaria; costando una canoa llena de agua potable que se llevaba a la casa del comprador la suma de cien, sesenta u ochenta bayas de cacao.

En el aspecto tecnológico los mexicas contaron con un gran número de artesanías, para las cuales hicieron herramientas especializadas; había metates y manos para la molienda del maíz, hachas y cinceles, telares y malacates, cuchillos y navajas de obsidiana, puntas de proyectil, lanzadardos, arco y flecha, aplanadores, martillos, raspadores, punzones, agujas, etcétera; lo mismo que cuchillos de pedernal para los sacrificios, molcajetes, cajas de piedra para guardar los corazones de los sacrificados, y muchos objetos más, que acusan las ocupaciones de ese pueblo.

Había talladores de obsidiana y de piritita que hacían espejos; gentes que fabricaban los mosaicos de turquesa, coral, concha y obsidiana, recubriendo a veces mangos de cuchillos y cráneos humanos; tejedores y cesteros, que hacían capas y mantas adornadas con pelo de conejo, esteras, abanicos y una gran variedad de mantas y vestidos; lo mismo que oficiales plumarios que producían mantas, rodelas, abanicos, penachos y otros objetos de adorno.

Los lapidarios utilizaban cristal de roca, obsidiana, jade, turquesa, alabastro, serpentina, etcétera, para hacer bezotes, pectorales, collares, broches de cinturones, cuchillos, vasijas, máscaras y otros objetos; mientras que los escultores tallaban figuras de coyotes, chapulines, pulgas, ranas, serpientes, cargadores, seres de la vida cotidiana, deidades y vasos o jícaras de piedra para los sacrificios, lápidas, altares, monumentos conmemorativos y otras más.

La madera se trabajó admirablemente, pues hacían tronos o icpallis para la clase noble; cunas y tarimas para dormir; tambores musicales; canoas y remos; mangos de lanzadardos, arcos, esculturas, máscaras y otros objetos; a la vez que desarrollaron la metalurgia, ya que trabajaron el cobre en frío o martillado, el dorado del cobre, el fundido en molde, el laminado y la filigrana de oro; contando con hornos de fundición que se calentaban con carbón vegetal y que se alimentaban haciendo pasar el aire por medio de tubos o sopletes.

Por último, podemos mencionar la alfarería, la cual ha servido para determinar dos periodos principales de desarrollo; y así, hay el periodo Azteca III, que arranca de la cerámica producida en Tenayuca (Azteca II), de color negro sobre anaranjado tipo Texcoco, caracterizada por sus motivos geométricos muy finos y trazados con gran precisión. El periodo conocido por Azteca IV presenta también cerámica negra sobre naranja, pero es común también la cerámica policroma, a base de rojo guinda, café oscuro, blanco y negro, en forma de copas pulqueras, jarras, cajetes, pipas y malacates.

Otra cerámica de los mexicas es el tipo “mixteca”, producido por gentes de esa región que se acercó en Tenochtitlan; hay incensarios con mangos terminados en efígie de animales, braseros bicónicos con dibujos semejantes a los códices de ese grupo, cajetes, platos trípodes, jarras y otras formas, pintadas con colores firmes como el naranja, blanco, negro, rojo y crema por lo regular.

Entre los mexicas la indumentaria refleja la clase social. Los macehuales y plebeyos usaban generalmente un taparrabo o máxtlatl, a veces un manto o tilma que se anudaba sobre el hombro, y se calzaban con sandalias de fibra de maguey y llevaban el cabello largo. Las mujeres se enrollaban a la cintura una tela que hacía las veces de falda, y usaban ceñidores o fajas, huipiles o camisas largas, quechquémitl y mantas o capas; se trenzaban el cabello y lo entretejían con listones de colores.

La indumentaria de la clase superior era prácticamente la misma, pero la materia prima y el acabado era de mejor calidad; había varios tipos de mantas que podían ser usadas sólo por determinadas personas, con dibujos especiales y adornos de pluma y de pelo de conejo. Los guerreros llevaban arreos de mimbre y vistosos tocados de plumas, pieles de jaguar, disfraces de águila y jaguar, cinturones, bragues-

ros, mantas y algunas otras prendas; acostumbraban la pintura corporal y facial para parecer más fieros.

El atuendo personal se completaba con ornamentos de oro, plata, concha, ámbar, turquesa, cristal de roca y otros materiales preciosos; entre ellos, orejeras, narigueras, bezotes, collares, pectorales, brazaletes, cascabeles y ajorcas. Tuvieron también espejos de obsidiana y de pirita, bastones de mando, abanicos, y discos con mosaico de turquesa; a la vez que aprovecharon colores vegetales y minerales, de preferencia azul, rojo, amarillo y negro, para pintarse el cabello y el cuerpo.

Alrededor de un islote firme y con la ayuda de estacas, tierra y piedra acarreadas de lugares cercanos, se fue levantando la que sería la gran Tenochtitlan, la cual pronto extendió su centro ceremonial hacia los cuatro puntos cardinales; estableciendo sus barrios o calpullis y comunicándolos por tres grandes calzadas, la de Tepeyac al norte, la de Ixtapalapa al sur, y la de Tlacopan o Tacuba al oeste.

Sus calles eran de tres clases: de agua las más, de tierras las menos, y mixtas, o sea canales para el tráfico de las canoas, calzadas de pie, y camellones sólidos adosados a los edificios; y era de admirar el acueducto que surtía de agua dulce a la ciudad, que venía de Chapultepec, lo mismo que el “albarradón” o muro de represa, de 12 kilómetros de largo y 7 metros de ancho, que evitaba las inundaciones e impedía que el agua salada de Texcoco se mezclara con la dulce de Xochimilco y Chalco.

La población de Tenochtitlan se calcula por esos tiempos en medio millón de habitantes, y Cortés describe la ciudad, diciendo que en aquellas calzadas se veían “las puentes que tenían hechas de trecho en trecho, por donde salía y entraba el agua de la laguna de una parte a otra; y veíamos en aquella gran laguna tanto multitud de canoas, unas que venían con bastimentos e otras que volvían con cargas y mercaderías... y veíamos en aquellas ciudades cúes y adoratorios a manera de torres y fortalezas... y las casas de azoteas...”

El núcleo central o recinto ceremonial medía más de 300 metros por lado, y lo resguardaba una muralla almenada sólo abierta hacia las tres calzadas que de allí partían. Al centro quedaba una gran plaza hundida, con su adoratorio central para las ceremonias; y al fondo se levantaba el gran Teocalli o basamento piramidal, con sus dos templos gemelos, uno dedicado a Tláloc, pintado de blanco y azul, y el otro dedicado a Huitzilopochtli, ornamentado con cráneos esculpidos y coloreado de blanco y rojo.

El templo de Huitzilopochtli era el más suntuoso, pues estaba protegido por un muro de serpientes o coatepantli, y tenía varios portaestandartes en forma de guerreros, que sostenían las banderas del día de su fiesta. Frente a la pirámide mayor quedaba el templo de Quetzalcóatl como dios del viento o Ehécatl, de forma circular y tam-



bién pintado; y a continuación venía el juego de pelota, y más allá desembocaba el acueducto que venía de Chapultepec.

Dentro del centro ceremonial quedaba también el Tzompantli o muro de calaveras en hilera de estacas; cerca se hallaba el templo dedicado al Sol, y el Temalácatl donde se efectuaba el sacrificio gladiatorio; hacia la esquina noroeste del recinto se hallaba el Coateocalli o templo de los dioses menores; y en el patio del Templo Mayor se levantaba la pirámide de Tezcatlipoca.

Fuera del recinto ceremonial estaban los palacios de los nobles, entre ellos el de Axayácatl, vecino a la calzada de Tlacopan, y el de Moctezuma, hacia la calzada de Ixtapalapa; lo mismo que el Tlacochcalli o casa de los dardos, o arsenal; el Cuicacalli o casa de los cantos, escuela de música y danza; y el Calmécac o colegio para los jóvenes nobles, en donde aprendían la estrategia militar y el sacerdocio.

El aprovechamiento del agua de los manantiales que abastecían a la ciudad, se hizo construyendo canales y acueductos que llegaban hasta el centro ceremonial; y el de Chapultepec era uno de los principales. Este acueducto estaba hecho de piedra y argamasa, con dos conductos o canales que permitían su limpieza o conservación; y los aguadores tomaban de aquí el agua y la llevaban a vender por toda la ciudad. También había algunas fuentes públicas donde las mujeres llenaban sus cántaros.

Durante el reinado de Ahuítzotl el acueducto de Chapultepec llegó a ser insuficiente; construyóse entonces el Acuecuécatl que llevaba el agua de Coyoacán y bordeaba la calzada de Ixtapalapa. Sin embargo, este acueducto no funcionó mucho tiempo, pues una inundación que causó al desbordarse hizo que fuera sellada la fuente de aprovisionamiento.

La base de la religión mexicana tenía un concepto dual, un principio creador masculino y femenino, del cual se habían creado los demás dioses. Ometecuhli (señor dos) y Omecíhuatl (señora dos) que residían en Omeyocan (lugar dos), fueron el origen de la creación y señores de la vida y de los alimentos. Esta pareja, llamada también Tonacatecuhli y Tonacacíhuatl (el señor y señora de nuestra carne y nuestro sustento), dieron nacimiento a cuatro hijos o Tezcatlipocas: el Tezcatlipoca rojo llamado también Xipe y Camaxtli; el Tezcatlipoca negro, llamado comúnmente Tezcatlipoca; el Tezcatlipoca azul o Huitzilopochtli; y el Tezcatlipoca blanco o Quetzalcóatl.³⁰

Estos cuatro dioses regían los puntos cardinales, las cuatro direcciones, inclusive el eje central de abajo arriba, cielo y tierra; asociábanse sus colores a cada uno de los puntos: rojo para el este, negro para el norte, azul para el sur y blanco para el oeste. Los colores, los

³⁰ Caso, 1953.

dioses, animales, árboles, hombres, etcétera, quedaban agrupados en las cuatro direcciones, y aun el recién nacido, de acuerdo con el día de su nacimiento, correspondía a alguna de esas cuatro direcciones.

En la llamada Piedra de los Soles se representan las cuatro etapas por las que atravesó la humanidad; y la creación del mundo, según la religión mexicana, fue posible por el combate de los dioses Quetzalcóatl, el dios benéfico, héroe descubridor de la agricultura y las industrias, y el negro Tezcatlipoca, dios nocturno y patrón de los hechiceros y los malvados. Cada combate de estos dioses y sus triunfos alternativos, dieron lugar a una nueva creación del universo.

Así, el Primer Sol o universo, terminó cuando Tezcatlipoca, convertido en un gran tigre, se comió a los gigantes que poblaban la tierra (Nahui Océlotl); el Segundo Sol terminó cuando Quetzalcóatl destruyó a los hombres convirtiéndolos en monos (Nahui Ehécatl); el tercero finalizó cuando Tezcatlipoca lanzó una lluvia de fuego (Nahui Quiáhuatl); y el Cuarto Sol terminó con grandes inundaciones provocadas por Chalchiuhtlicue, quedando sólo peces (Nahui Atl). Después los dioses se juntaron en Teotihuacán y crearon el Quinto Sol que hoy vivimos (Nahui Ollin).

En el Calendario Azteca o Piedra del Sol se expresan los conceptos citados, respecto a la creación de los soles o distintas etapas por las que atravesó el mundo; hallándose representados en él no sólo los cuatro soles cosmogónicos anteriores; sino también el Quinto Sol o Tonatiuh, ocupando el centro. La figura de Tonatiuh está rodeada de una faja con los signos de los días, o veintena del calendario mexicana (tonalli), y éstos, a su vez, están circundados por una banda con representaciones del jade y la turquesa, dando idea de preciosidad y simbolizando el color del cielo.

Otra orla exterior muestra signos estelares, con rayos del sol; y dos inmensas serpientes de fuego (xiuhcoatl) simbolizan el año y el tiempo; o sea que todo el monumento es una concepción grandiosa de la majestad del universo. De hecho, el Sol fue uno de los dioses estelares más importantes, por sus implicaciones con la vida y la existencia en general; habiendo sido llamado Tonatiuh y representado generalmente como un personaje sentado al centro del disco solar, del cual salen rayos o símbolos del elemento generador de la vida.

Tezcatlipoca representaba al cielo nocturno y estaba relacionado con la muerte y la destrucción. Se asociaba a Huitzilopochtli como guerrero del norte; era patrono de los guerreros o Yáotl; y también se le conocía como Ixtlacoliuhqui o espejo curvo de obsidiana, y era patrón de los hechiceros y salteadores.

Huehueteótl era el dios viejo o del fuego, ocupaba el centro de los puntos cardinales, y también era conocido como Xiuhtecuhltli o señor del año. Este dios calentaba y quitaba el frío, era temido y reverenciado por sus efectos candentes, presidía los temazcales o baños de

vapor; y se le representaba con un tocado en forma de pájaro de fuego (xiuhtótl) y con una serpiente por detrás o a un lado, conocida como Xiuhcóatl, y con un disco de turquesa, símbolo del año.

Todos los planetas y estrellas que los mexicas conocieron fueron deificados. La Luna, llamada Meztli, fue conocida también como Coyolxauhqui o la de los cascabeles en la cara; y como era hermana de Huitzilopochtli (el Sol), luchaba diariamente contra él en compañía de sus hermanos los Centzonhuiznahuaque o cuatrocientos surianos, nombre dado a las estrellas. La Luna y las estrellas eran siempre derrotadas, ya que el Sol salía triunfante todas las mañanas.

El maíz fue la base de la alimentación de los pueblos mesoamericanos, y los mexicas lo deificaron llamándolo hijo de Tlazoltéotl, diosa de la fecundidad, el cual fue marido de Xochiquétzal, diosa de las flores. Su nombre fue Centéotl, y se le representaba sentado en su icpalli o trono, con punzones de hueso en las manos para autosacrificarse. Además de ser maíz maduro, había su aspecto como maíz tierno, el cual correspondía ya a la diosa Xilonen, representada con su tocado de papel y penacho de plumas de quetzal, collar de cuentas de jade, camisa y falda pintada de flores acuáticas, y un centro de serpientes y una sonaja en las manos.

Xipe Tótec, nuestro señor desollado, fue un dios relacionado con el ciclo agrícola y patrón de la primavera; presidía la renovación de la corteza terrestre durante esa estación; y en su ritual se simbolizaba ese reverdecimiento, desollando a un prisionero para que el sacerdote de la deidad se vistiera con la piel. El sacerdote representaba la tierra seca del invierno y la piel, la corteza verde, cubierta de vegetación. Por ello se representaba a este dios con una piel humana. También fue dios de los joyeros.

Chalchiuhtlicue, la de la falda de turquesa, era la diosa del agua y hermana de Tláloc. Se le representaba con un sencillo tocado de papel azul, manchado con puntos negros o goteado de hule; y llevaba una falda y quechquémitl con una orla de caracoles. Otra diosa llamada Chicomecóatl también estaba relacionada con el agua y representaba a la agricultura, a la vez era diosa de los mantenimientos, de las comidas y bebidas; estando representada con un complicado tocado de papel, con su camisa adornada con flores acuáticas, collar de jade, y portando en la mano derecha un escudo y en la otra unas mazorcas de maíz.

Xochipilli, el príncipe de las flores, fue dios de los chinampanecas o cultivadores de flores de las chinampas; era reverenciado por los músicos, danzantes y jugadores de pelota; pero fundamentalmente fue dios de la alegría, y se le representaba con una máscara. También fue dios del amor. Otro dios llamado Huehucóyotl, fue patrón de los cantores, y se le representaba como un coyote sentado y tocando un tambor.

El dios de los Pochtecas o comerciantes era Yacatecuhtli, al cual se le representaba con una pintura facial en forma de greca, el pelo sostenido con un par de penachos de plumas de quetzal, un manto de color azul, ricas sandalias y un bastón de peregrino, distintivo de los mercaderes. El dios Macuilxóchitl fue una variante de Xochipilli, y era el patrón de los músicos; estando disfrazado de tortuga o saliendo del carapacho de una tortuga.

La vida de los mexicas estuvo ligada también al maguey, esa planta que les proporcionó el pulque u octli, y de cuyas fibras tejían cuerdas, mecates, telas y otros objetos de la vida cotidiana; habiéndose deificado la planta, bajo la forma de la diosa Mayahuel que sale de un agave, y también dioses del pulque como Papáztac, Toltécatl, Tepoztécatl y Ometochtli, el dios del Conejo, que fue el más importante.

Y así como hubo dioses de la vida y de las cosas, de las fuerzas naturales y de las artesanías, también hubo dioses de la muerte, y de la vida y la muerte, como la diosa Coatlicue, la de la falda de serpientes, la cual era diosa de la tierra y madre de los dioses. En el gran monolito que dejaron los mexicas, se la representa decapitada, con dos serpientes que le salen del cuello como chorros de sangre, con garras de tigre y pies de águila, y con un collar de corazones humanos, del cual pende un pectoral con máscara de la muerte, y vestida con una falda de serpientes. Era diosa de la vida, por ser madre de los dioses y dueña de los corazones que lleva en su collar, y por haber dado su sangre al ser decapitada; pero era también de la muerte, por su pectoral con cara de muerto o calavera.

Las Cihuateteo y Mictlancíhuatl eran diosas femeninas de la muerte; habitaban el infierno o Chicnauhmicltan, el lugar de la muerte eterna donde reinaba Mictlantecuhtli, señor de los muertos, y allá iban los que no se habían distinguido en la tierra. Los dioses de la muerte se representaban por lo regular con cráneos descarnados, tibias y otros huesos del esqueleto.

El ritual en honor de los dioses tuvo variadas manifestaciones en la religión mexica, pues se celebraban fiestas acompañadas de cantos, bailes, juegos, pantomimas, ofrendas y sacrificios. El sacrificio humano lo verificaban en los templos o santuarios erigidos en lo alto de las plataformas piramidales, durante la festividad del dios en turno; y para ello sujetaban a un prisionero de guerra sobre el téchcatl o piedra del sacrificio y un sacerdote se encargaba de extraerle el corazón de un certero tajo con un cuchillo de sílex. El corazón era depositado en un cuauhxicalli o vaso de piedra, como ofrenda al dios.

El fuego y la sangre fueron dos elementos de gran aplicación ritual. En braseros o sahumeros se mantenía el fuego durante 52 años, lo mismo en los templos que en algunos edificios principales y hogares; en tanto que la ofrenda de sangre del autosacrificio, se obtenía

con púas de maguey, punzándose la lengua, las orejas, los labios y los miembros, la cual era recogida en algodones para ofrecerlos al dios de su devoción. El autosacrificio lo practicaban los sacerdotes, militares, civiles y gente común.

Durante las festividades se ofrecían también ofrendas de comida, animales, flores y frutos; cítase, por ejemplo, que en la fiesta de Panquetzaliztli, en honor de Huitzilopochtli, el pueblo ofrendaba en el recinto del Templo Mayor, gran cantidad de mazorcas de maíz.

Las fiestas y ceremonias se celebraban de acuerdo con el calendario religioso y en fechas fijas; Sahagún nos ha dejado una lista de ellas: en el mes Atlacuallo habían ceremonias dedicadas a Tláloc y Chalchiuhtlicue; en el mes de Tlacaxipehualiztli se efectuaban sacrificios gladiatorios y desollamientos en honor de Xipe; en el mes Tozontotli se hacían danzas a la lluvia, especialmente a Tláloc; en el mes Hueytozotli habían autosacrificios; en el mes Tóxcatl se sacrificaban esclavos y niños a honra de Tezcatlipoca y Huitzilopochtli; habiendo también danzas y ritos de fertilidad, fiestas de los mercados en el mes Tlaxochimaco, danzas fálicas a la diosa Tlazoltéotl, cacerías, ceremoniales, etcétera.

El juego de pelota o tlachtli se llevaba a efecto en una cancha en forma de doble T, entre dos muros inclinados o verticales que tenían anillos de piedra en la parte central; siendo la pelota de hule macizo, la cual no podía ser tocada con las manos sino solamente con la cadera, muslos y brazos. Durante los partidos se corrían apuestas, y por lo general era un deporte practicado por los nobles, que a veces competían contra sus vecinos de igual rango.

Para cruzar apuestas, uno de los juegos favoritos era el “patolli”, cuya antigüedad se remonta a los tiempos de Teotihuacán, y éste se jugaba sobre una estera o en el piso, con un diseño en forma de cruz y dividido en varios cuadretes; utilizándose unas especies de habas o frijoles, o nudos de cañas, pintadas de blanco y con marcas negras. En cierto sentido este juego guarda semejanzas con la oca o el *parcheesi* hindú.

Las festividades se acompañaban con música, danza, canto, poesía, oratoria, adivinanzas, representaciones teatrales, adivinación, etcétera. La música era más bien hierática y rígida, ya que los instrumentos musicales sólo producían una corta escala de sonidos, conociéndose los teponaxtles y huéhuetl, tambores de madera ricamente labrados; flautas con cuatro o cinco agujeros, a veces con dos tubos y una sola cavidad de resonancia; sonajas; carapachos de tortuga; omechichahuaztlis o huesos con ranuras; ocarinas; silbatos, etcétera.

La danza, por lo regular, era practicada en grupos. Numerosos danzantes, ataviados con disfraces, bailaban largas horas alrededor de un conjunto de músicos; había desde luego bailarines y músicos profesionales que desde temprana edad se entrenaban en la escuela, bajo

la dirección de instructores sacerdotales. De hecho había compositores de cantos y bailes para los festivales y ocasiones especiales; montábanse a veces grandes bailables en los que participaba gran parte del pueblo.

La poesía mexicana muestra una gran delicadeza en su composición, bellas metáforas y profundos conceptos filosóficos, ya que los poetas encontraban su inspiración en la naturaleza, en la guerra, la muerte, la vida pasajera, los dioses, la amistad y otros temas que daban sentido a su vida, expresados en un gran plano intelectual; pudiendo transcribirse algunos trozos poéticos traducidos por Garibay y Portilla, quienes han sido los que más se han interesado por este aspecto de la cultura mexicana:

Canto del Atamalcaloyan

Mi corazón está brotando flores en la mitad de la noche.
Llegó nuestra madre, llegó la diosa Tlazoltéotl.
Nació el dios del maíz en Tamoanchan,
en la región de las flores, una flor.
Nació el dios del maíz en la región de la lluvia y la niebla,
donde se hacen los hijos de los hombres,
donde se adquieren los peces preciosos.

Canto de Huexotzinco acerca de la conquista

Sólo tristes flores y tristes cantares
restan aquí en México Tlatelolco:
y sin embargo, es allí donde el valor se demuestra.
Bien sabido tenemos que hemos de perecer
nosotros los hombres: tú dador de la vida nos lo aseguras.
Hemos errado y sufrimos nosotros los hombres:
como que hemos visto bien dolor que arde
allí donde el valor se demuestra.

Principio de los Cantos

Aquí sin duda viven: ya oigo su canto florido,
cual si estuviera dialogando la montaña;
aquí, junto a donde mana el agua verdecente,
y el venero de turquesa canta entre guijas,
y cantando le responde el sensonte, le responde el
pájaro-cascabel,
y es un persistente rumor de sonajas, el de las diversas
aves canoras:
allí alaban al dueño del mundo, bien adornadas de ricos
joyeles.



La amistad efímera

Amigo mío, amigo mío, sin duda verdadero amigo,
por mandato del dios nos amamos:
ojalá pereciéramos embriagados por nuestras flores.

En un día nos vamos, en una noche baja uno a la
región del misterio:
aquí sólo venimos a conocernos, sólo estamos de paso
en la tierra.

Vida efímera

Sólo venimos a dormir, sólo venimos a soñar:
no es verdad, no es verdad que venimos a vivir en la
tierra.

En yerba de primavera venimos a convertirnos:
llegan a reverdecir, llegan a abrir sus corolas nuestros
corazones,
es una flor nuestro cuerpo: da algunas flores y se seca.

Dejar un recuerdo

¿Conque he de irme, cual flores que fenecen?
¿Nada será mi nombre alguna vez?
¿Nada dejaré en pos de mí en la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos!
¿Cómo ha de obrar mi corazón?
¿Acaso en vano venimos a vivir, a brotar en la tierra?

Gloria de Tenochtitlan

Cual nenúfares al viento los escudos giran,
humeante sube el polvo, el silbo de las manos repercute;
aquí es México Tenochtitlan:
Es la casa de los escudos, el sitio de los dardos,
la orden de los Águilas se extiende, es la mansión de los tigres.

El Artista

El verdadero artista todo lo saca de su corazón;
obra con deleite, hace las cosas con calma, con tiento,
obra como un tolteca, compone cosas, obra hábilmente, crea;
arregla las cosas, las hace atildadas, hace que se ajusten.

Sitio de Tenochtitlan

En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre.
Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.

Los ejemplos anteriores muestran en buena parte el pensamiento de los mexicas, la conciencia de su mundo, de sus dioses, del destino del hombre, de las cosas bellas y, en suma, de una problemática o filosofía; la cual fue expresada por los poetas, sabios, escultores, pintores, músicos, arquitectos, etcétera, en sus obras de arte.

Por el arte, es decir, por la “flor y el canto” los mexicas expresaron la transitoriedad y fragilidad de todo cuanto existe, se plantearon el problema de la duda, de la verdad, del destino del hombre, de la dualidad, de la amistad y muchos otros aspectos; encontrando que sólo por la “flor y el canto” podía el hombre acercarse a la verdad, puesto que por el arte, por lo bello, Dios penetra en el corazón del hombre y lo hace verdadero.³¹

La falta de un alfabeto fonético no privó al pueblo mexica de expresar en poemas su emoción —religiosa, épica o lírica— ni impidió su transmisión oral; habiéndose conservado numerosos testimonios de esa rica producción poética, dotada de métrica y con caracteres peculiares como el paralelismo de ideas, la artificiosa disposición de los sonidos por medio de alteraciones y ritornelos constantes, así como por la belleza de las imágenes y metáforas basadas en las flores, aves, plantas, campos y otros temas.

Dentro del aspecto literario los mexicas practicaron la prosa en sus narraciones míticas (los cuatro soles, el diluvio, etcétera); relatos épicos de sus héroes (éxodo de Quetzalcóatl); leyendas, cuentos y discursos. Un ejemplo de esto último lo encontramos en Sahagún, refiriéndose a los consejos que da un padre a su hijo adolescente:

“Nota hijo mío, lo que te digo, mira que el mundo ya tiene su estilo de engendrar y multiplicar, y para esta generación y multipli-

³¹ León-Portilla, 1956.

cación, ordenó Dios que una mujer usase de un varón, y un varón de una mujer; pero esto conviene se haga con templanza y discreción.”

Las adivinanzas y juegos de palabras eran otras formas de diversión. El padre Sahagún nos ha dejado ejemplo de ello, anotando las siguientes:

¿Qué cosa y cosa es una jícara azul, sembrada de maíces tostados? Este es el cielo que está sembrado de estrellas. ¿Qué cosa va dando palmadas con la mano como la mujer que hace pan? Es la mariposa que va volando.

El drama también floreció en la sociedad mexicana. Las crónicas mencionan “Teatros” en Tlatelolco, en donde se usaban verdaderos tabladitos y se representaban farsas y comedias. Por lo general había actores que imitaban el habla y los gestos, los movimientos de los animales, los andares de los enfermos, etcétera, con tanta habilidad y exageración, que producían la risa de los espectadores.

Como dice León-Portilla, el concepto de los Soles cosmogónicos; el principio dual de la creación; la concepción del universo en planos superpuestos; los rumbos cósmicos; la subsistencia de los seres; las ideas sobre la muerte y la amistad; el papel del hombre sobre la tierra, etcétera, son aspectos que implican una inquietud por preguntar y responder, una problemática filosófica, de tal manera que los mexicanos tuvieron un pensamiento filosófico que se advierte en sus mitos, poesías, discursos, cantos, etcétera.

Entre otros conocimientos de importancia están el calendario y la numeración. Los mexicanos tenían dos calendarios: el tonalpohualli, compuesto de veinte signos o días, que se asociaban a trece numerales para dar 260 días, y el año solar compuesto de 365 días. El tonalpohualli, o cuenta de los días, se llevaba registrado en el tonalámatl o libro de los días, y su carácter era religioso.³²

Los días se llamaban: cipactli (lagarto), ehécatl (viento), calli (casa), cuetzpallin (lagartija), cóatl (serpiente), miquiztli (muerte), mázatl (venado), tochtli (conejo), atl (agua), itzcuintli (perro), ozomatli (mono), malinalli (yerba), ácatl (caña), océlotl (jaguar), cuauhtli (águila), cozcacuauhtli (zopilote real) ollin (movimiento), técpatl (pedernal), quiáhuitl (lluvia) y xóchitl (flor).

Estos días se combinaban con los numerales del 1 al 13, de modo que una fecha sólo podía repetirse después de 260 días ($13 \times (14 \times 5) = 260$ días). Los numerales 13, 4 y 5 eran mágicos para los mexicanos (4 direcciones, 4 dioses Tezcatlipocas, 13 cielos, etcétera).

Este calendario era llevado por los sacerdotes adivinos o Tonalpouhques, siendo su carácter sagrado, ritual y adivinatorio, ya que servía

³² Vaillant, 1944.

como santoral de las gentes y daba un destino fasto o nefasto a los nacidos en días determinados.³³

Las fiestas y ceremonias religiosas se regían por el calendario anual o solar que estaba dividido en 18 meses de 20 días cada uno, más cinco días adicionales que se llamaban “nemontemi”, inútiles, o sobrantes, considerados también como aciagos o de mala suerte.

Los nombres de los meses eran: atlacuallo (carencia de agua), tlacaxipehualiztli (desollamiento de gente), tozoztontli (ayuno corto), hueytozotzli (ayuno prolongado), tóxcatl (cosa seca), etzalcualiztli (potaje de frijol), tecuilhuitontli (pequeña fiesta de los señores), hueytecuilhuitl (gran fiesta de los gobernantes), tlaxochimaco (nacimiento de las flores), xocotlhuetzi (caída de las frutas), ochpaniztli (barrer con escobas), teotleco (llegada de los dioses), tepéilhuitl (fiesta de los cerros), quecholli (ave llamada flamenco), panquetzaliztli (enarbolamiento de banderas), atemoztli (caída de las aguas), títitl (el arrugado), izcalli (resurrección) y los cinco días o nemontemi que caían de febrero 7 al 11.

La combinación de estos dos calendarios daba el siglo mexica, llamado “xiuhmolpilli” (atadura o reunión de los años), mismo que estaba formado por 4 tlalpillis, o sean 52 años de 365 días. Numéricamente el siglo se componía de 18 980 días (52×365 ; $3 \times 13 \times 365$; 73×260); de tal modo que una fecha cualquiera, por ejemplo el día ome tochtli del mes Izcalli, sólo podía volver a ocurrir después de ese lapso de tiempo.

El calendario estaba muy unido al sistema de escritura; habiendo pasado ésta por tres etapas: iconomástica o pictográfica (ideas expresadas por el objeto mismo; venado, perro, casa, etcétera); ideográfica o jeroglífica (representación simbólica del objeto), y fonética (sonidos para nombrar al objeto), aunque esta última forma no se usó del todo, sino que era la escritura una combinación de las tres.³⁴

Así por ejemplo, Pantépec (sobre el cerro de la bandera) se le representaba por una bandera sobre un cerro, leyéndose: pantli-tépetlco o sea pantli (bandera), tépetl (cerro) y co (lugar). Un conejo (tochtli) y un diente (tlantli) daban el significado fonémico de tochtlan o tuxtlan, lugar donde abundan los conejos.

La numeración mexica era de tipo vigesimal: 20×1 , 20×20 , 20×400 , etcétera. La unidad de segundo orden se dividía en cuatro quintos: 5×1 , 5×2 , 5×3 y 5×4 , o sea que la verdadera base era el cinco. En la escritura los numerales del 1 al 13 se representaban por puntos o círculos; el veinte se escribía como una bandera; cuarenta se representaba por una pluma o cabello; ocho mil, o “xiquipilli”, se escribía por medio de una bolsa de copal.

³³ Caso, 1953.

³⁴ Caso, 1953.

Los conocimientos de las yerbas medicinales permitieron a algunos curanderos profesionales convertirse en médicos herbolarios, conocimientos que en parte se han de haber enseñado por la casta sacerdotal, y que causaron admiración a los primeros cronistas y españoles que llegaron a la Nueva España. Sahagún afirma que los médicos aztecas no sólo eran buenos conocedores de yerbas, sino que sabían también "... concertar los huesos, purgar, sangrar, sajar al enfermo, dar puntos..."

El amor por las plantas y las flores se refleja en los jardines que los nobles mexicas tenían en sus residencias. Los jardines botánicos se cuidaban y enriquecían con ejemplares traídos de otras comarcas; habiéndose dado el caso de que los españoles, al contemplar los jardines de Ixtapalapa, dijeran haber llegado al paraíso.

En iguales circunstancias estaban los parques zoológicos, con su gran variedad de pájaros y otros animales que se guardaban y cuidaban con todo esmero; testifica Bernal Díaz que más de trescientos guardianes cuidaban los estanques de los pájaros, y que solamente las aves acuáticas consumían más de cien kilos de pescado diariamente.

En un principio los mexicas tuvieron una organización tribal, basada tal vez en los clanes totémicos; pero más tarde llegaron a contar con organismos permanentes o *calpullis*, que eran especies de clanes ambilaterales con tendencia a la endogamia, fuertemente estratificados, y también con división del trabajo, división territorial de la población y formas de propiedad de la tierra.³⁵

Dentro de las tierras del *calpulli* había una parte que era repartida entre los jefes de familia o *calpullali*; pero éstos no eran propietarios de ella, sino sólo usufructuarios. Había también cierta clase de tierra llamada *pillali*, tierra de los nobles, que sí eran propiedad individual, y que se integraba con las tierras conquistadas o tomadas a otros pueblos. También, y para sostener los gastos reales y públicos, se contaban con las tierras del rey o *Tlacatecuhtli*, las cuales se denominaban *tlatecatlalli*; lo mismo que tierras para los sacerdotes y los templos (*teopantlalli*), para los gastos de guerra (*milchimalli*), etcétera.

En la sociedad mexicana había un Consejo de Estado, formado por nobles de la misma sangre; es decir, compuesto por individuos de la familia reinante; y a la muerte del *tlacatecuhtli* o señor principal, este Consejo decidía quién había de sustituirlo, pero siempre cuidando que el sucesor tuviera sangre tolteca, y por sucesión colateral.

El *tlacatecuhtli* o *tlatoani* tenía que ser militar de primer orden, ya que se convertía en jefe de los ejércitos de la capital y de la confederación o alianzas; estando por encima del *Cihuacóatl* o general

³⁵ Monzón, 1949.

de las fuerzas militares. Era al mismo tiempo la más alta autoridad sacerdotal, puesto que representaba a la divinidad, o sea que era de hecho un rey por derecho divino.

Este tlacatecuhtli era así el jefe de Estado, el poder ejecutivo, el que dictaba la última palabra en caso de justicia, al representante de la deidad, el jefe de los ejércitos, etcétera; o sea un dictador absoluto, y su Estado, una teocracia militar imperialista.

El segundo en categoría lo era el Cihuacóatl, que también tenía carácter militar y religioso; siendo el juez y sacerdote mayor; el jefe o general del ejército, etcétera. Por debajo de esta realeza quedaban los pillis o nobles, y en grados inferiores los macehuales, mayeques, tamemes, etcétera.

Los pillis o nobles tenían a su cargo los deberes administrativos, y desempeñaban los cargos de jueces, magistrados, sacerdotes, comerciantes, recolectores de tributos, caciques, etcétera, a la vez que formaban las órdenes de los caballeros águilas y tigres, por ser militares de rango. Según su empleo recibían distintos nombres, entre ellos tlatoque o gobernadores de provincia; teúles o señores distinguidos en las hazañas de guerra; calpulleque o señores de los barrios; etcétera.

El macehual, hombre libre plebeyo, formaba la base de la sociedad, ya que éstos se dedicaban a las artesanías (pintores, albañiles, canteros, escultores, carpinteros, orfebres, lapidarios, curtidores, alfareros, etcétera), a la agricultura, la caza, la pesca, etcétera; mientras que los mayeques eran gentes de pueblos conquistados, que trabajaban para la nobleza en calidad de siervos; pasando a formar parte de la herencia que éstos recibían y legaban.

Los tamemes eran prácticamente los esclavos, los desheredados que servían como cargadores a los comerciantes, y que podían ser sacrificados. La esclavitud se obtenía en varias formas; por pena, es decir, el que robaba una cosa y no podía devolverla, quedaba convertido en esclavo; por contrato que se celebraba en tiempos de hambre; y por guerra, o sea cuando se tomaban prisioneros a los pueblos conquistados. En este último caso los guerreros eran, por lo general, sacrificados, mientras que las mujeres y el resto de la población, quedaba en calidad de esclavos.

La casta sacerdotal tenía en sus manos la ciencia; el estudio de los astros, el calendario, la aritmética y la numeración, la predicción del futuro, la historia y la mitología, la escritura, etcétera; materias de las cuales muchas se enseñaban en escuelas especiales. La escuela más importante era el Calmécac, en donde se preparaban los hijos de la nobleza; pero los plebeyos tenían también colegios, como el Telpochcalli, o casa de los jóvenes. Desde las escuelas “comenzaban

⁸⁶ Caso, 1945.

a enseñarles a los futuros ciudadanos cómo habían de vivir, cómo respetar a las personas, cómo huir de la maldad, de la perversión y la avidez”; o sea que se inculcaba el hábito de obrar bien para beneficio de la colectividad.

En menos de tres siglos los mexicas lograron consolidar un Estado imperialista que se imponía en todas direcciones; conquistaron e impusieron tributo a numerosos pueblos; inculcaron al pueblo una profunda religiosidad que sirvió de freno al espíritu creador del individuo; impusieron su lengua, costumbres y gobierno; coartaron la libertad de autogobernarse; esclavizaron a no pocas gentes creándose ellos mismos un ambiente de descontento que culminó y ayudó a los conquistadores españoles.

La conquista de México realizada por Cortés (1519-1521) es un dramático ejemplo que se ha repetido en otros tiempos y en otros lugares, con mayores o menores variantes; pero siempre como ejemplo histórico de cómo sucumbe una civilización bajo el impacto del conquistador.

En el caso de México, la cultura desapareció ante el proselitismo emergido del catolicismo, y la tecnología superior del Renacimiento europeo. El pensamiento cristiano suplantó a la filosofía y la teología de los mexicas, justamente como las armas de hierro dominaron a las macanas y proyectiles de obsidiana; destruyéndose primero la escultura y arquitectura monumental, las imágenes de los dioses y cualquier otro aspecto que olierá a idolatría.³⁷

Desde los primeros cazadores nómadas que llegaron a la Cuenca de México, hasta la sociedad mexicana —con sus grandezas y debilidades, con sus ideales y sus crueldades—, hay todo un esfuerzo de los hombres por levantarse del salvajismo a la civilización, un afán de progreso que anima a toda la humanidad; siendo siempre condenable todo intento de conquista o sojuzgamiento de una cultura por otra.

Como dice Soustelle, “de tarde en tarde, en lo infinito del tiempo y en medio de la enorme indiferencia del mundo, algunos hombres reunidos en sociedad dan origen a algo que los sobrepasa: a una civilización. Son los creadores de culturas. Y los indios del Anáhuac, al pie de sus volcanes, a orillas de sus lagunas, pueden ser contados entre esos hombres”.³⁸

LA ZONA POBLANA

Preclásico Inferior y Medio

Las recientes investigaciones realizadas en algunos sitios de la zona de Tehuacán, Puebla, han permitido establecer una fase denominada

³⁷ Robertson, 1959.

³⁸ Soustelle, 1956.

Ajalpan, la cual se fecha de 1 500 a 900 a.c.; correspondiendo a ella poblaciones que cultivaban maíz, frijol, calabaza, guajes, amaranto, chile, aguacate, zapote y algodón, agrupadas en pequeñas aldeas rurales, y viviendo en chozas de bajareque.³⁹

En la cerámica predominan los tecomates, decorados en zonas bruñidas, con punzonado en los cuellos, y aun con un baño rojo y bordes frotados con hematita o cinabrio; hay también platos de base plana con bordes hacia afuera, de pasta fina y delgada, con hematita especular en el exterior y sobre el borde interno. Otro tipo es de color negro, cocido en atmósfera reductora y con el exterior pulido, en forma de vasijas de base plana; y hay tiestos que presentan la decoración de mecedora o *rocker-stamp*, liso o dentado, parecidos a los del Trapiche, Veracruz.⁴⁰

Las figurillas son de tres tipos: hay uno con ojos punzonados y cuerpos algo burdos; otro más grande y sólido, con rasgos faciales más realistas; y un tercero, tal vez tardío dentro de la fase, en forma de figuras huecas rojo pulido, semejantes a las de Gualupita y Tlatilco, asociadas a materiales olmecas. Un entierro flexionado, encontrado dentro de una formación en forma de campana o tronco-cónica, refuerza la relación con Tlatilco, ocurriendo en esos momentos la influencia olmeca.

Al parecer, grupos de esta misma época ocurren en sitios como Aljojuca, Totomihuacán, Cholula, San Martín Texmelucan, Izúcar de Matamoros, Las Bocas, etcétera; pero no han sido explorados convenientemente; parece que, como sucedió en Morelos, había gentes con tradición cultural del Altiplano, algunas de las cuales recibieron la influencia olmeca de la Costa del Golfo, y otros lugares fueron colonizados por los olmecas arqueológicos.

Preclásico Superior

La falta de exploraciones en Puebla no permite tener por ahora una idea del desarrollo cultural del Estado, por lo cual sólo consignamos los pocos datos conocidos para cada horizonte, y en este sentido sólo tenemos para el Preclásico Superior noticias obtenidas en algunos reconocimientos superficiales; de modo que hay montículos, cerámica y figurillas en sitios como Cholula, Totomihuacán, Aljojuca, Izúcar, Jalapazco, Suchitla, etcétera, lo cual nos indica la existencia de centros ceremoniales que han de haberse iniciado por esta época.

En la zona de Tehuacán, Mac Neish ha encontrado una fase que ha llamado Santa María, la cual se coloca de 900 a 200 a.c.; corres-

³⁹ Mac Neish, 1964.

⁴⁰ Mac Neish, 1962.

pondiendo a ella poblaciones que vivían en chozas de bajareque, agrupadas en pueblos, algunos de los cuales llegaron a contar estructuras ceremoniales. Estas gentes eran agricultores, tejían el algodón y se dedicaban fundamentalmente a la alfarería; predominan las vasijas en forma de ollas, botellones y cuencos de silueta compuesta, a veces con decoración incisa, de mecedora y negativo.

En Aljojuca, Linné encontró algunos entierros, en posición flexionada y extendidos, con ofrendas consistentes en orejeras sólidas de tipo Ticomán, puntas de proyectil, cerámica doméstica de color café, ollas con decoración negativa, cerámica rojo sobre blanco, y figurillas del tipo H o de Chupícuaro, Guanajuato; hay algunos montículos de tierra, y tepalcates con los bordes incisos, semejantes a los de La Venta.⁴¹

Y de Cholula se conoce una estructura relacionada con Teotihuacán I, la cual se compone de un cuarto o cámara asentado sobre un basamento con muro en talud y rematado en una cornisa poco saliente; nótese también que los muros tienen núcleos de adobe y revestimiento de lodo tal vez pintado. En el relleno se encontró cerámica rojiza en forma de cuencos sencillos y ollas; café oscuro; blanca pulida en forma de platos, y cuencos con los bordes incisos; lo mismo que cerámica negra pulida con decoración incisa, y gris pulida. Las figurillas predominantes son del tipo CIO, pero hay también algunas del tipo CI que muestran la transición al tipo E.⁴²

Periodo Clásico

Durante este periodo cultural varios lugares de Puebla muestran el impacto de la cultura teotihuacana, como se observa en Tepetitlán, Cholula, Chignautla, Jalapazco, etcétera; en tanto que otros, como Yohualichan, Xiuhtetelco, Zacapoaxtla, etcétera, en la sierra, parecen tener rasgos de los antiguos totonacos que avanzaban hacia la Costa del Golfo.

En la zona de Tehuacán, Mac Neish ha establecido la fase Palo Blanco, fechable de 200 A.C. a 700 D.C., la cual se caracteriza por el inicio del riego artificial, por la introducción de nuevas plantas como el tomate, el cacahuete, el frijol, la lima y la guayaba; hay también centros ceremoniales construidos en lugares altos, con basamentos piramidales, plazas, juego de pelota y otras construcciones; lo mismo que cerámica anaranjada y gris fina pulida.

En Cholula, por debajo de la gran pirámide, hay varias estructuras que presentan el típico talud y tablero teotihuacano; estando los tableros decorados con pinturas al fresco, algunos con motivos de

⁴¹ Linné, 1934.

⁴² Noguera, 1956.

insectos o chapulines, y otros con rectángulos de color oscuro, que dan la apariencia de nichos, como en El Tajín, Veracruz.

Dentro de la cerámica hay platos de base plana con tres pequeños soportes de botón; cajetes o cuencos de color café claro con una banda roja sobre el borde interno; vasos cilíndricos con decoración pintada; vasos con tapas, y algunas vasijas con decoración *cloisonné* pintado; a la vez que las figurillas pueden ser del tipo “retrato”, o con tocados anchos o muy elaborados, todo de influencia teotihuacana.

Periodo Postclásico

La población teotihuacana residente en Cholula ha de haber recibido la aportación de otras gentes, pues a la caída de Tula, Hidalgo, las fuentes mencionan que allí estaban los olmecas; y así, la Historia Tolteca-Chichimeca dice que los toltecas “. . . llegaron al Tlachialtépetl de Cholollan, la tierra de los olmeca-xicalancas, cuyos señores eran: el Tlalchíach Tizacoque y el Aquíach Amapané”, a los cuales vencen y desalojan de Cholula.

A esta época corresponderían los rasgos de la llamada “cultura cholulteca”, con su imponente pirámide que tapó las estructuras teotihuacanas; edificios y habitaciones, templo circular, etcétera; predominante cerámica policroma, firme o caediza tipo laca, cuyos motivos similares a los de los códices se asemejan al estilo mixteca.

La gran pirámide de Cholula es un basamento-plataforma de 400 metros por lado, con cuerpos escalonados en talud, sobre la cual se levantaba otro basamento piramidal de unos 200 metros por lado, alcanzando todo el conjunto la altura de 62 metros. Sobre los ángulos del basamento-plataforma había habitaciones tal vez destinadas a los sacerdotes, y también se ha encontrado una especie de altar, decorado con cráneos humanos.

En la cerámica cholulteca hay tres modalidades principales: una policroma firme en colores naranja, negro y rojo sobre fondo blanco, con motivos geométricos en forma de líneas, círculos, grecas, espirales, etcétera, o con representaciones de serpientes, púas para el sacrificio, conchas, etcétera; otra policroma mate, menos decorada que la anterior, y sin brillo; y una policroma laca, con decoración geométrica naturalista, pero con la particularidad de que la pintura se desprende con facilidad.⁴³

En la zona de Tehuacán, Mac Neish ha establecido una última fase denominada Venta Salada, fechable entre 700 y 1540 d.c., en la cual se continúa el riego y se forman pequeños señoríos con centros ceremoniales y pueblos aledaños tributarios; hay lugares como Te-

⁴³ Noguera, 1954.

tela, Tepeaca, Tepeji el Viejo, Atlixco, Cantona, Huejotzingo, Huachinango, etcétera, que si fueran conocidos arqueológicamente podrían contribuir al conocimiento del desarrollo cultural del Estado.

LA ZONA MORELENSE

Preclásico Inferior y Medio

Al igual que el Estado de Puebla, la zona morelense es prácticamente desconocida, aunque hay algunos datos sueltos que acusan la existencia de grupos desde el Preclásico hasta el Postclásico. Así, hay sitios como Chalcatzingo, Atlahuacán, Olinstepec, Gualupita, El Cortés, Yautepec, Tlayacapan, Tlaltzapán, etcétera, que acusan rasgos de los grupos Preclásicos, mostrando algunos la tradición del Altiplano Central, y otros, la influencia olmeca.

En Chalcatzingo, sobre una población que tenía cerámica rojo sobre blanco, blanco sobre rojo, roja pulida, blanca pulida, café rojiza, etcétera, se asentó un grupo de olmecas, que en su desplazamiento de la Costa del Golfo atravesó Puebla y Morelos para llegar a la Cuenca de México, dejando pequeñas colonias o núcleos de población en varias partes; y de ahí que en este lugar también aparezca la cerámica negra con motivos del jaguar, cerámica gris pulida, blanca incisa, negra con bordes o manchas blancas, etcétera, y figurillas olmecoides, *baby face* o “cara de niño”, D1, D2, huecas pintadas de rojo pulido y otras variantes.⁴⁴

En Atlahuacán, lugar cercano a Yautepec, se han encontrado vasijas de indudable procedencia olmeca, junto con figurillas de los tipos D1, D2, C9 y otras variantes; pero sobresale una figura hueca de color blanco pulido, con cara olmeca y una piel de jaguar sobre la espalda, en la que se observan las garras, encías, cejas, manchas, nariz, etcétera, en la forma abstracta en que luego se representaron en las vasijas de Tlatilco.⁴⁵

En Gualupita, a inmediaciones de la ciudad de Cuernavaca, se encontraron materiales que indudablemente son contemporáneos de Tlatilco y Chalcatzingo, entre ellos, platos con pico vertedera, botellones con gajos como de calabazas, cerámica color bayo o café rojizo, negra delgada incisa, blanca pulida, roja pulida, rojo sobre café, etcétera; lo mismo que figurillas de los tipos C3, D1, D2, K, A, y *baby face* o “cara de niño”; asociados a rasgos como mutilación dentaria, sellos de barro, silbatos, sonajas en forma de bolas de barro, y algunas modalidades más.⁴⁶

⁴⁴ Piña Chan, 1955, b.

⁴⁵ Piña Chan y López, 1952.

⁴⁶ Valliant y Valliant, 1934.

Numerosos hallazgos de esta misma naturaleza se han hecho en Yauatepec, Olintepec, Tlaltizapán, Tlayacapan, etcétera, que muestran cómo las influencias olmecas se hacen sentir en unos lugares, y en otros simplemente se sigue un patrón establecido después de la fusión de la cultura del Altiplano con la olmeca; pero el hecho indudable es que por esta época los olmecas han atravesado el Estado de Morelos, y han influido sobre grupos que estaban en proceso de desarrollar su cultura.

Preclásico Superior

Durante esta época lugares como Chalcatzingo, Yauatepec, Olintepec, Gualupita, etcétera, continúan la cultura del periodo anterior, pero agregan algunos nuevos rasgos; obsérvase el inicio de las construcciones, generalmente en pequeños centros, como sucede en todo el territorio mexicano.

En Chalcatzingo, amparados por el Cerro de La Cantera, las gentes que recibieron la influencia olmeca construyen dos basamentos, formando una especie de plaza abierta en dos lados; y estas estructuras se hicieron con relleno de tierra y con cuerpos en talud, revestidos de piedra y con recubrimiento de estuco.

Aprovechando algunas superficies lisas de las canteras del cerro, y grandes rocas desprendidas del mismo, estas gentes tallaron bajo-relieves con representaciones de animales, personas y símbolos de las nubes y lluvia; sobresale la representación de una ceremonia agrícola, en la cual se ve a tres personajes de pie, con máscaras, cascos, varas de maíz y útiles de labranza, frente a un cuarto personaje que está sentado y recostado sobre una especie de banco, en actitud tal vez de sacrificio.

En otro bajo-relieve se observa a un jefe o personaje principal saliendo de las fauces de un animal jaguar-serpiente, sentado sobre un tronco y con una barra de mando en las manos, y en la parte superior se ven gotas de lluvia, nubes y motivos vegetales; puede mencionarse también otro relieve que muestra a un jaguar devorando a un hombre. Tanto estos bajo-relieves como fragmentos de algunas esculturas encontradas en el lugar, acusan un estilo netamente olmeca; relaciónase así Chalcatzingo con La Venta, Viejón y Monte Albán I, lugares que contaron con lápidas semejantes.

Periodo Clásico

En los últimos años, y gracias a las exploraciones de Sáenz en Xochicalco, se ha descubierto una serie de evidencias que aclaran más la antigüedad de ese importante centro ceremonial; puede citarse

el hallazgo de yugos de piedra; hachas antropomorfas; figurillas de piedra verde tipo Mezcala y Teotihuacán; lápidas y estelas con glifos nahuas, zapotecas y mayas; numerales de puntos y barras; vasos de tecalli; conchas de la costa, etcétera, o sean objetos que indican influencias de varias partes y culturas.

Desde el punto de vista interpretativo, estas evidencias pueden ser tomadas para explicar el poblamiento de ese lugar; y así podemos decir que por los finales de la época de auge de Teotihuacán, por 500 d.c., Xochicalco se integra con una población de raigambre nahua, o tal vez con gentes nahuas mencionadas para el mítico Tamoanchan, las cuales comienzan a construir sencillas estructuras, ocupan las cuevas del lugar, y principian a desarrollar los conocimientos calendáricos.

Un poco más tarde, tal vez por 650 d.c., se convoca en ese lugar a un congreso para el ajuste de los calendarios de varias partes, y concurren a él zapotecas, mayas, y sabios de la Costa del Golfo; tállanse entonces las estelas y lápidas encontradas, las cuales tienen elementos de esas culturas, a la vez que se construye el basamento conocido como Templo de Quetzalcóatl. Y posiblemente también por esos tiempos, algún grupo abandona el lugar y pasa a la Cuenca de México, llevando algunos de los conocimientos a Teotihuacán, ligándose esto a la tradición que recogió Sahagún.

Según este cronista, unas gentes que llegaron a Pánuco fueron a poblar a un lugar llamado Tamoanchan (lugar del pájaro serpiente), “donde estuvieron mucho tiempo y nunca dejaron de tener sus sabios o adivinos... que se decían Oxomoco, Cipactónal, Tlaltetequín, Xochicauaca...”; y en Tamoanchan “inventaron la astrología judiciaria y el arte de interpretar los sueños, compusieron la cuenta de los días y de las noches y de las horas, y las diferencias de tiempos que se guardó mientras señorearon y gobernaron los señores de los toltecas, y de los mexicanos... por la cual cuenta no se puede saber qué tanto tiempo estuvieron en Tamoanchan”.

La relación entre este pasaje de la fuente histórica y las evidencias arqueológicas de Xochicalco, no parecen simples coincidencias, pues allí se ha encontrado cerámica de gentes relacionadas con el Preclásico Superior, materiales relacionados con Teotihuacán III o Clásico, y materiales contemporáneos de Coyotlatelco y Tula, o sea que el sitio tuvo una gran antigüedad y duración.

Sobre el piso de un cuarto, en Xochicalco, Sáenz descubrió una lápida con jeroglíficos nahuas, teotihuacanos y zapotecos, lo mismo que con numerales maya-zapotecas; junto con dos yugos de piedra lisos, provenientes del centro de Veracruz, y una hacha de piedra. Por debajo del piso del cuarto halló un entierro, correspondiente a un personaje de importancia, acompañado de algunas ofrendas; habiendo entre los objetos una figurilla antropomorfa de pie, con los

brazos cruzados sobre el pecho y semejante a las de Mezcala y Teotihuacán; otra figura sedente de piedra, también de estilo teotihuacano; un pendiente de jade procedente de la región maya; conchas de mar del tipo *spondylus*, puntas de flecha, valvas de moluscos, etcétera.⁴⁷

Posteriormente se exploró una estructura que ahora es conocida como Templo de las Estelas, porque dentro de una gran fosa construida especialmente se encontraron tres estelas que los moradores de Xochicalco quisieron esconder y preservar; y se encontraron también dentro de la fosa algunas figurillas de piedra verde semejantes a las de Mezcala y Teotihuacán, fragmentos de cuchillos excéntricos tallados en obsidiana, pedazos de vasijas de tecali, tiestos de cerámica anaranjada tipo z que se relacionan con el periodo Puuc de Yucatán, y otras evidencias.

Dos de las estelas tienen una altura promedio de 1.80 metros, y están labradas en sus cuatro lados; teniendo como motivo central la cara de un personaje que sale de las fauces de una serpiente con lengua bífida, a manera de casco, una de ellas con el jeroglífico 7 Ojo de Reptil en la parte superior, y la otra con el jeroglífico 4 Ollin, o movimiento; mientras que en la parte inferior hay bandas celestes con jeroglíficos del planeta Venus. Este personaje ha sido identificado como Tlahuizcalpantecuhtli, o sea como la advocación de Quetzalcóatl en su aspecto de estrella matutina.

La otra estela tiene en la parte central la cara del dios Tláloc, con anteojeras, colmillos y lengua colgante en forma de lirio acuático; obsérvase en la parte superior el jeroglífico 7 Atl, o agua, y en la parte inferior una especie de pectoral con bigotera, colmillos y lengua bífida, o sean atributos del dios de la lluvia. El estilo de este Tláloc acusa relaciones con Teotihuacán, pero también se asemeja a los que aparecen en los tableros del juego de pelota de El Tajín, Veracruz, y en general el estilo de las estelas recuerda el estilo de la lapidaria del centro de Veracruz.

En los otros lados de las estelas hay jeroglíficos y numerales que acusan tanto una influencia nahua como maya y zapoteca; pueden mencionarse entre ellos los glifos Ojo de Reptil, Ollin, Calli, Ácatl, Tochtlí, Atl, Miquiztli, Ozomatli, Kin o símbolo de Venus, Pop o estera, a la manera maya, glifos solares, plantas o huellas de pies humanos, y numerales de puntos y barras.⁴⁸

En resumen, las exploraciones recientes de Xochicalco muestran influencias del centro de Veracruz (yugos lisos, conchas marinas, cara de Tláloc y estilo lapidario); influencias mayas (pendientes de jade, numerales de puntos y barras, vasos de alabastro pintados al

⁴⁷ Sáenz, 1962.

⁴⁸ Sáenz, 1961.

fresco, glifos como el Kin y Pop, manos y cerámica anaranjada z); influencias nahuas (jeroglíficos como Tochtli, Calli, Ácatl, Ozomatli, etcétera), e influencias teotihuacanas (figurillas de piedra verde, concepto de Tláloc, taludes y tableros modificados, etcétera); rasgos todos que corresponden principalmente a los fines del Horizonte Clásico.

Como decíamos anteriormente, esto permite colocar el inicio del centro ceremonial de Xochicalco por 500 d.c., cuando menos, época en la que algunas gentes nahuas se asientan en el lugar, y comienzan a construir estructuras o basamentos con cuerpos inclinados y escalinatas limitadas por alfardas, hechos de cantos de río y con relleno de tierra; lo mismo que cuartos y habitaciones asentadas sobre bajas plataformas (con un talud bajo y tablero o cornisa pequeña), en algunas de las cuales se utilizaron pilastras de piedra para sostener los dinteles de entrada, y con muros inclinados altos, rematados en una cornisa saliente.

Estas gentes han de haber ocupado las cuevas naturales del cerro donde se asienta el centro ceremonial, y algunas de éstas fueron utilizadas para observaciones astronómicas, pues en algunos patios se observan agujeros forrados de piedra, a manera de tiros o chimeneas que conducen a cámaras subterráneas utilizadas como observatorios; y prosperaron en estos conocimientos hasta el grado de desarrollar el calendario y la escritura con jeroglíficos que luego se hicieron comunes a los toltecas y mexicas.

Y con toda probabilidad, entre 650 y 700 d.c., allí tuvo lugar un congreso para el ajuste de los calendarios de varias regiones de México, por lo cual se levantó un edificio conmemorativo que ahora se conoce como Templo de Quetzalcóatl, el cual tiene un alto cuerpo en talud, decorado con serpientes emplumadas, y figuras de personajes sentados a la manera maya, intercalados en las ondulaciones del cuerpo de dichas serpientes. También se observan jeroglíficos y numerales semejantes a los de las estelas y lápidas ya señaladas, lo cual indica contemporaneidad; habiendo entre esos jeroglíficos uno que indica el ajuste de calendarios, representado por parte de una figura humana que, colocada dentro del signo Calli, reúne con la mano derecha, abierta sobre el numeral 1, una fecha con otra, por medio de una cuerda, y con la izquierda tira del signo 11 Ozomatli.⁴⁹

El talud de dicho basamento termina en una cornisa saliente, rematada en una faja de caracoles cortados que simbolizan el viento, y en la parte superior se levanta el templo, el cual estaba también decorado con figuras representando guerreros. Para subir al templo, el basamento tiene una escalera en su parte central, limitada por alfardas.

⁴⁹ Noguera, 1945.

Así, la arqueología se puede ligar a la tradición recogida por Saha-gún, y Xochicalco sería el Tamoanchan buscado; siendo también el lugar en donde se desarrolló el concepto de Quetzalcóatl como estrella matutina que luego pasó a los toltecas, a través de las gentes que abandonaron el lugar y fueron a Teotihuacán; cosa que ocurrió en los fines del Horizonte Clásico, como ya lo hemos apuntado al discutir la decadencia de ese gran centro ceremonial.

Periodo Postclásico

En Xochicalco la cultura continúa desarrollándose, en parte con elementos nahuas o de la gente propia del lugar, y en parte con la influencia maya llegada durante el Clásico; obsérvase en la construcción del juego de pelota, que su talud, paramento, nichos y una escultura en forma de guacamaya, son semejantes a los que aparecen en algunas construcciones de la región maya.

También a esta época deben de corresponder la columna que va del juego de pelota al basamento conocido como La Malinche y algunos edificios aledaños; habiendo en Xochicalco cerámica relacionada con el complejo Coyotlatelco, Mazapan, Azteca 1, anaranjada fina, falso plumbate, etcétera, lo cual prueba la continuación de la ocupación del sitio.

Otro lugar importante de esta época es Teopanzolco, casi en la ciudad de Cuernavaca, el cual se inició con la llegada de los tlahuicas; caracterízase este grupo por su alfarería policroma, semejante a la choculteca y mixteca. Sin embargo, pronto el lugar fue conquistado por los mexicas, y a este periodo corresponden casi todas las construcciones del centro ceremonial; sobresale un basamento escalonado que pasó por varias etapas de construcción, pero que fundamentalmente tiene escalinata limitada por alfardas rematadas en dados, y en la parte superior dos templos gemelos, que es una característica mexicana.

Por el frente de este basamento se construyeron algunos altares circulares dedicados al dios del viento, y unas plataformas bajas con revestimiento de piedra; se han encontrado, en el interior de una de ellas, dos largas tumbas con paredes de piedra, las cuales contenían cientos de cráneos, pero una mínima parte de huesos largos, acompañados de vasijas, figurillas, malacates y otros objetos mexicas. Este hallazgo puede interpretarse como correspondiente a un sacrificio humano realizado en esos tiempos, y el consiguiente canibalismo religioso, tal como se menciona en varias fuentes históricas.

A la misma época de dominación mexicana en Morelos, corresponden las ruinas del Tepotzteco, ubicadas en un cerro desde donde se contempla el valle de Tepotztlán; hay un basamento asentado sobre



una plataforma, pero sobresale un templo que tiene vestíbulo y pilastras, banquetas y jambas, todas ellas decoradas con algunas lápidas en bajorrelieve, con motivos relacionados con la conquista del lugar.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, Jorge R.

- 1956-57 "Interpretación de algunos de los datos obtenidos en Tula, relativos a la época Tolteca." En *Rev. Mex. de Est. Antrop.* T.19. Segunda Parte. México.

BARBA DE PIÑA CHAN, Beatriz.

- 1956 "Tlapacoya: Un Sitio Preclásico de Transición." *Acta Antropológica*. Vol. 1. Época 2. Núm. 1. México.

CASO, Alfonso.

- 1940 "Tenían los Teotihuacanos conocimiento del Tonalpohualli." En *El México Antiguo*. iv. México.
- 1942 "El Paraíso Terrenal en Teotihuacán." En *Cuadernos Americanos*. Vol. 6. Núm. 6. México.
- 1945 *Arqueología de México y Centroamérica*. Apuntes de Clase. Esc. Nal. de Antropología. México.
- 1953 *El Pueblo del Sol*. Fondo de Cultura Económica. México.

DUTTON, Bertha P.

- 1955 "Tula of the Toltecs." En *El Palacio*. Vol. 62. Núm. 6-7. New Mexico.

FLORESCANO, Enrique.

- 1963 "Tula-Teotihuacán, Quetzalcóatl y la Toltecáyotl." En *Historia Mexicana*. Vol. 13. Núm. 2. México.

FLORES GUERRERO, Raúl.

- 1962 *Arte Prehispánico*. Dir. de Investigaciones Estéticas. UNAM. México.

GAMIO, Manuel.

- 1920 *Las Excavaciones del Pedregal de San Ángel y la Cultura Arcaica del Valle de México*. Re-edición de American Anthropologist. Vol. 22. Núm. 2. México.



- 1922 *La Población del Valle de Teotihuacán*. Sría. de Agricultura y Fomento. Vol. 1. Parte 1. México.

GARIBAY K., Ángel María.

- 1945 *Épica Náhuatl*. Universidad Nacional Autónoma de México. México.

GUZMÁN, Eulalia.

- 1938 "Un manuscrito de la Colección Boturini que trata de los antiguos señores de Teotihuacán." En *Rev. Ethnos*. III. México.

Historia Tolteca-Chichimeca.

- 1947 *Anales de Quauhtinchan*. Editorial Porrúa. México.

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto.

- 1941 "Tula y los Toltecas según las Fuentes Históricas." En *Rev. Mex. de Est. Antrop.* T.5. Núm. 2-3. México.
- 1956 *Apuntes de Historia Antigua de México*. Soc. de Alumnos de la ENAH. México.

KROEBER, A. L.

- 1925 *Archaic Culture Horizons in the Valley of Mexico*. Univ. of California Publications in Amer. Arch. and Ethnol. Vol. 17. Núm. 7. Berkeley, Calif.

LINNÉ, Sigvald.

- 1934 *Archaeological Researches at Teotihuacan, México*. Ethnographical Museum of Sweden. Núm. 1. Stockholm.

MAC NEISH, Richard S.

- 1962 *Second Annual Report of the Tehuacan Archaeological-Botanical Project*. Robert S. Peabody Foundation. Phillips Academy. Andover, Mass.
- 1964 *El Origen de la Civilización Mesoamericana visto desde Tehuacán*. Depto. de Prehistoria. Pub. 16. INAH. México.

MARQUINA, Ignacio.

- 1951 *Arquitectura Prehispánica*. Memorias del INAH. México.

MONZÓN, Arturo.

- 1949 *El Calpulli en la Organización Social de los Tenochca*. Pub. del Inst. de Historia. Núm. 14. UNAM. México.



NOGUERA, Eduardo.

- 1945 "Exploraciones en Xochicalco." En *Cuadernos Americanos*. Vol. 4. Núm. 1. México.
- 1954 *La Cerámica Arqueológica de Cholula*. México.
- 1956 "Un Edificio Preclásico en Cholula." En *Estudios Antropológicos publicados en homenaje al Dr. Manuel Gamio*. UNAM y Soc. Mex. de Antrop. México.
- 1962 "Nueva Clasificación de Figurillas del Horizonte Clásico". En *Cuadernos Americanos*. Núm. 5. México.

PALACIOS, Enrique J.

- 1941 "Actas de la Sociedad Mexicana de Antropología." En *Tula y los Toltecas*. Primera Reunión de Mesa Redonda. México.

PIÑA CHAN, Román.

- 1955 a *Las Culturas Preclásicas de la Cuenca de México*. Fondo de Cultura Económica. México.
- 1955 b *Chalcatzingo, Morelos*. Informes del INAH. Pub. 4. México.
- 1960 *Mesoamérica*. Memorias del INAH. Pub. 6. México.

PIÑA CHAN, Román, Arturo Romano y Eduardo Pareyón.

- 1952 "Tlatilco: Nuevo sitio Preclásico del Valle de México." En *Rev. Tlatoani*. Vol. 1. Núms. 3-4. México.

PIÑA CHAN, Román y Valentín López.

- 1952 "Excavaciones en Atlihuayán, Morelos." En *Rev. Tlatoani*. Vol. 1. Núm. 1. México.

ROBERTSON, Donald.

- 1959 *Mexican Manuscript Painting of the Early Colonial Period*. Yale University Press. New Haven.

RUZ LHUILLIER, Alberto.

- 1945 *Guía Arqueológica de Tula*. Ateneo Nacional de Ciencias y Artes. México.

SÁENZ, César A.

- 1961 "Tres Estelas de Xochicalco." En *Rev. Mex. de Est. Antrop.* T.17. México.
- 1962 *Xochicalco: Temporada 1960*. Informes del INAH. Pub. Núm. 11. México.



SAHAGÚN; Bernardino de.

1946 *Historia General de las Cosas de Nueva España*. México.

SOUSTELLE, Jacques.

1956 *La Vida Cotidiana de los Aztecas*. Fondo de Cultura Económica. México.

TOZZER, Alfred M.

1921 *Excavation of a site at Santiago Ahuitzotla, D. F., México*. Smithsonian Inst. Bur. of Amer. Ethnol. Bull. 74. Washington, D.C.

VAILLANT, George C.

1935 "Early Cultures of the Valley of México: Results of the Stratigraphical Project of the American Museum of Natural History in the Valley of Mexico, 1928-1933." *Anthrop. Papers of the Amer. Mus. of Nat. Hist.* Vol. 35. Part 3. New York.

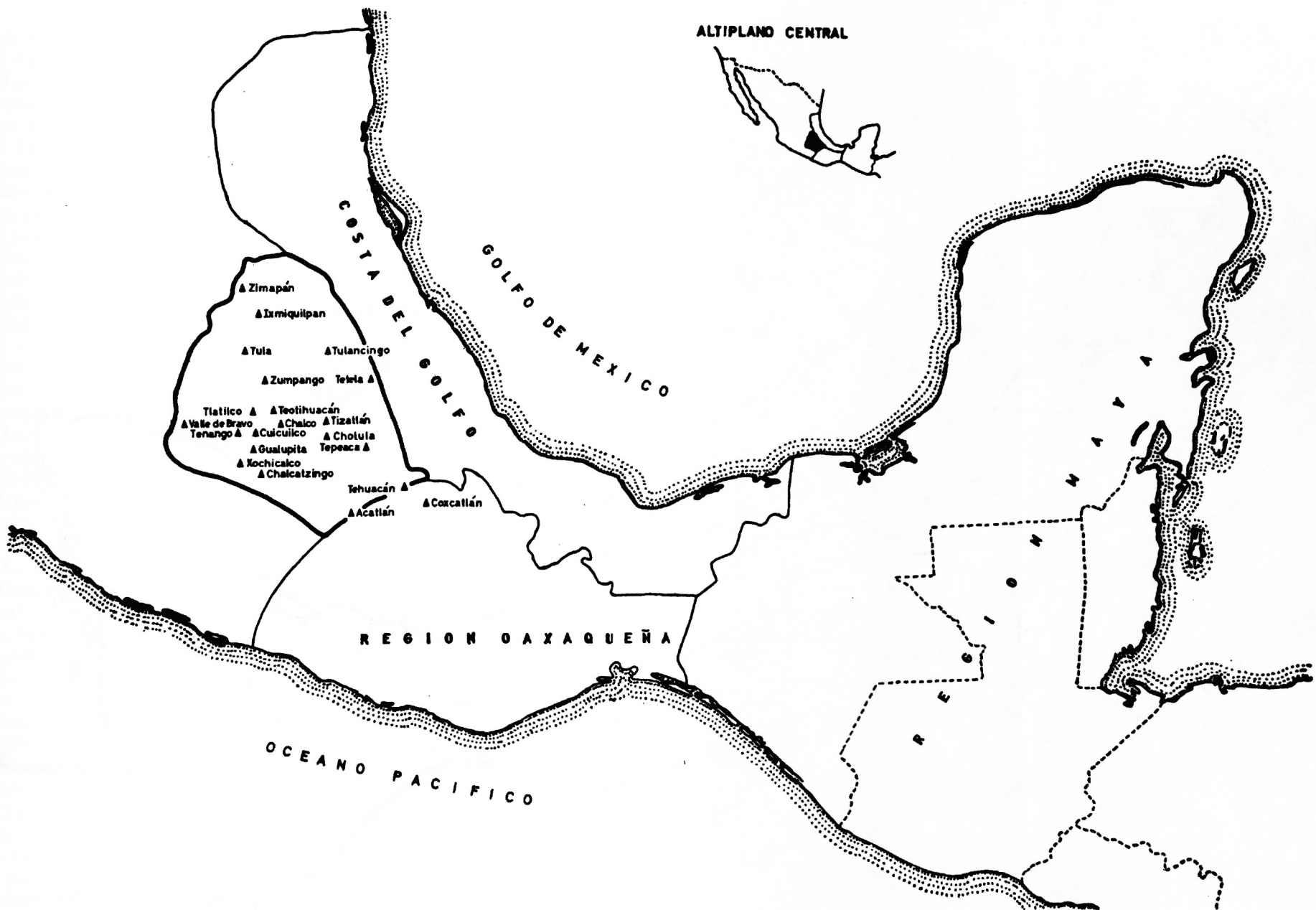
1944 *La Civilización Azteca*. Fondo de Cultura Económica. México.

VAILLANT, George C. and Susannah B. Vaillant.

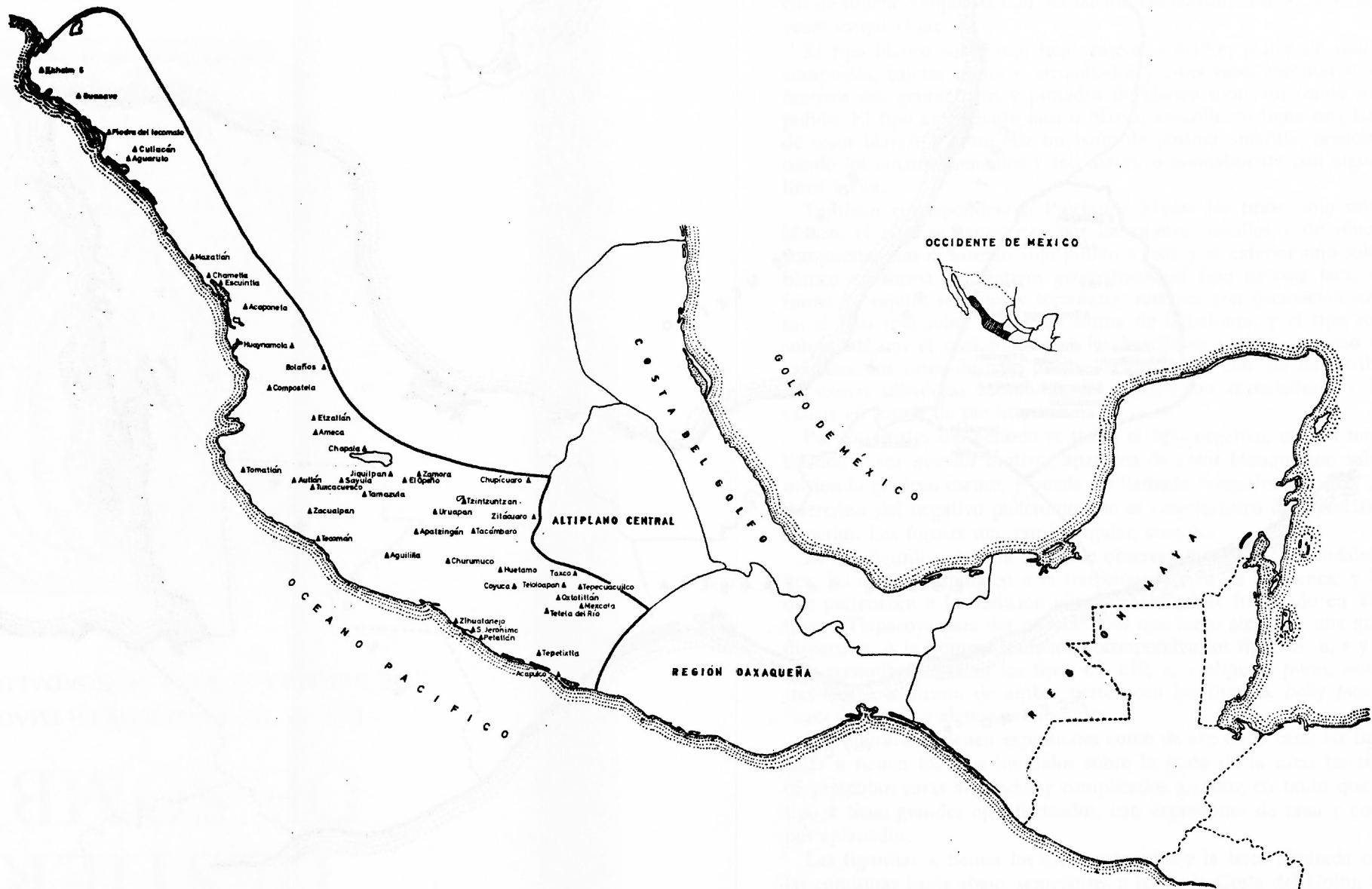
1943 "Excavations at Gualupita." *Amer. Mus. of Nat. Hist. Anthrop. Papers*. Pub. 35. New York.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



MAPA 5



MAPA 6